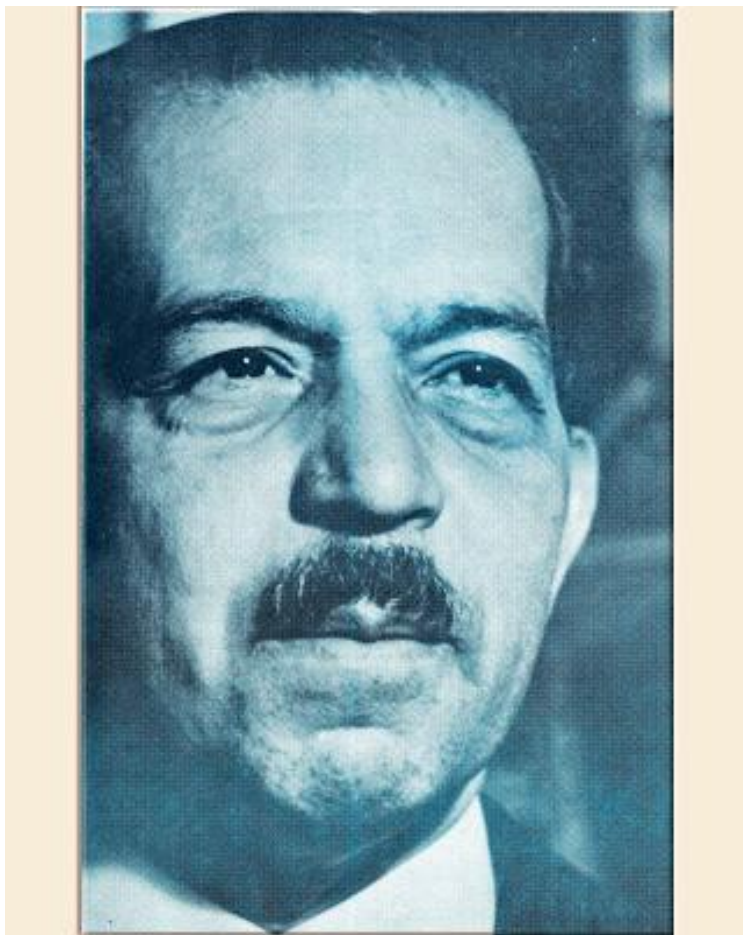


Pedro Henríquez Ureña

**CUENTOS DE LA NANA LUPE**



**BIBLIOTECA DIGITAL MINERD  
DOMINICANA LEE**

## EN LOS VOLCANES

Había una vez, en un pueblecito no lejos de México, un matrimonio que tenía dos niños. El papá se llamaba Don Nacho; la mamá se llamaba María. De los niños, uno era hombrecito, tenía nueve años, y se llamaba Nachito; le decían "El Pelón" porque el pelo se le caía sobre la frente y había que cortárselo a cada rato. La mujercita tenía ocho años, se llamaba como su mamá, y le decían Mariquita, y también "La Chachalaca", porque hablaba mucho y metía mucho ruido.

Los papás no eran ricos, pero tenían una buena huerta y vivían muy a gusto. En la huerta habían muchas cosas buenas para comer y para vender; pero a Nachito y Mariquita les gustaban los dulces que les traían de la capital más que las frutas de su huerta.

Hasta les gustaban más los dulces que hacían los indios del pueblecito. Los papás tenían que impedirles que comieran demasiados dulces, porque a veces se enfermaban del estómago y había que tenerlos tres días en cama y darles medicinas amargas; pero a ellos se les olvidaban las enfermedades antes de que pasara un mes.

También les gustaba irse a pasear lejos de la casa, aunque los papás les habían dicho que podían perderse y encontrarse con brujas. Ellos decían que nunca habían visto una bruja; pero los papás les contaban que las brujas eran unas viejecitas jorobadas, con la barba y la nariz muy grandes, que andaban a caballo en palos de escoba y se robaban a los niños para hacerlos trabajar.

En sus paseos, Nachito y Mariquita no habían encontrado a ninguna bruja; pero sí a otro ser extraño que no les hizo nada malo, sino que, al contrario, se hizo muy amigo de ellos. Un día que trataban de coger unas tunas sin espinarse, oyeron una carcajada que venía de adentro del nopal, y de pronto vieron caer a su lado dos tunas bien maduras. Nachito y Mariquita bien hubieran querido coger las tunas de una vez y comérselas, pero les entraron ganas de saber cómo había sucedido aquello. Se pusieron a mirar bien al nopal y de pronto vieron una cosa que nunca habían visto antes.

Nachito "El Pelón" y Mariquita "La Chachalaca" estaban azorados de ver que del nopal caían las tunas sin que ellos las hubieran tocado. Y lo que vieron fue la figura pequeñita de un duende que se movía entre el nopal sin espinarse.

Al ver a los hermanitos azorados, el duende saltó de entre el nopal riéndose con una risa que sonaba como cuando se toca un vaso de vidrio fino con el filo de un cuchillo. Era un hombrecito no más alto que un gallo; con una barba blanca que le llegaba hasta la cintura, pero con la cara rosada y fresca, los ojos azules, y todo él muy rápido de movimientos. Iba vestido de blanco, con un capuchón en la cabeza.

-¿No querían tunas? ¡Pues ahí tienen todas las que quieran!  
-les dijo a los niños clavados en el suelo por el azoramiento; con una varita tocó el nopal y cayeron como cincuenta tunas rojas. Era el mes de septiembre, y los nopales reventaban de tunas maduras; se veían la mitad verdes y la mitad rojos.

- ¿Quién es usted? -preguntó al fin "La Chachalaca".

- Yo soy yo.

- ¿y no tiene nombre?

-¿Yo? Me llamo Don Yo de Córdoba.

- Pero yo he oído a mi papá decir que él se llama así también. -

¡Cuentos! Tu papá se llama Don Nacho.

-¡Ay, es verdad! Así le dice la gente.

-Ya ves.

-Bueno, pero yo lo he oído responder: "Don Yo de Córdoba". -  
Haciéndose el chistoso, hijita. No hay más Don Yo de Córdoba que Don Yo de Córdoba.

- ¿Y por qué es usted tan chiquito y tan viejo?

- Porque quiero. Cuando quiero soy grande,

-¿De veras?

- Sí, de veras. Pero deja que hable "El Pelón"; no hables tanto tú; por eso te dicen "Chachalaca".

- ¿Y usted cómo lo sabe, si nunca nos había visto?

-¿Tú qué sabes? Pero no te azores: Don Yo de Córdoba lo sabe todo.

Entonces habló "El Pelón" y le preguntó:

- Si usted lo sabe todo ¿sabe cómo se va a la montaña de nieve, donde se puede tomar nieve sin pagar?

El duende se quiso morir de risa. Nachito y Mariquita no comprendían por qué.

Al fin les dijo:

- ¡Cómo no he de saber! Vamos allá.

El duendecito con cara fresca y barba de viejo, cuando Nachito y Mariquita le preguntaron por la montaña de nieve donde se toma nieve sin pagar, les dijo:

-Sígueme.

y echó a andar por la carretera amarilla; era tan pequeñito que se perdía en el suelo y a veces los dos niños no podían verlo.

Mientras iban andando, Mariquita no paraba de hacerle preguntas:

- ¿y cómo es que usted nos puede llevar a la montaña de nieve, y mi papá dice que está muy lejos y que para ir allá hay que tomar el tren, uno de los trenes que echan humo, y que después hay que andar a caballo y después a pie, y apenas entonces se llega a donde está la nieve?

- ¡Chachalaca tan habladora! Yaverás, ya veras...

- Pues la verdad es que así, andando a pie, yo no creo que lleguemos nunca, porque de aquí ni siquiera vemos la montaña. Y eso que son dos, que no es una sola la que tiene nieve, y de mi casa se ven cuando no hay muchas nubes, y unas veces tienen nieve de limón y otras veces tienen nieve de fresa, cuando ya va a ser de noche.

El duendecito se rió con tanta fuerza y de manera tan extraña que parecía como si se cayeran y se rompieran una docena de vasos.

Nachito dijo:

- Yo creo que esta Chachalaca se equivoca, y que la nieve de las montañas no es de limón ni de fresa, y que no se come. Eso me dijo mi papá, Y él sabe lo que dice.

- ¡Cállate, Pelón! - {jijo Mariquita enojada- o Eso lo dice mi papá porque quiere que nos vayamos tan lejos; cree que nos perderíamos. Y de que es lejos, es lejos; yo no sé cómo vamos a llegar. Este Don Yo de Córdoba...

- De Córdoba, de Córdoba, hijita.

- Pues como sea; yo digo...

- Oye -le interrumpió el duendecito-- ¿tú no quisieras tener que caminar mucho?

- Claro que no; figúrese no más que...

- Bueno, bueno, aquí tienen ustedes estos anillitos con ópalos; cada uno de ustedes se pone uno, así como yo (y él tenía otro anillo chiquito), y ciérralos ojos y piensa en que quiere llegar a donde se toma nieve sin pagar.

Así lo hicieron, y no abrieron los ojos hasta que Don Yo de Córdoba, les dijo:

- ¡Ya!

Y entonces vieron delante de sí dos montañitas de nieve de muchos colores, parecidas a los dos volcanes que se ven de México, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl; sólo que, con el asombro que tuvieron, sólo se dieron cuenta de que éstas que tenían delante eran muy pequeñas, y no como los volcanes. Le preguntaron al duendecito, muy contentos, si podían comer de aquella nieve, y él contestó:

- Vamos a ver.

Nachito y Mariquita estaban encantados frente a las montañitas de nieve a donde los había llevado el duendecito.

-Mira, mira -gritaba Mariquita- hay nieve de fresa. Yo voy a tomar... Pero ¿con qué? No tenemos cucharas, ni barquillos, y si la cojo con los dedos se me enfrían demasiado, y además mi mamá dice que no se debe comer nada con los dedos.

-Vamos a ver si encontramos barquillos siquiera -dijo Don Yo el duende.

-¿Qué te parecen los de este arbolito?

Nachito y Mariquita se volvieron hacia donde les indicaba el duende, y vieron un arbolito verde, parecido a los de Nochebuena, que tenía barquillos en las puntas de las ramas. Los hermanitos se pusieron a palmoear y a bailar de gusto, y Mariquita fue la primera que cogió barquillos y se acercó a la nieve para llenarlos.

- ¡Mira nieve azul! ¿De qué será? -gritó Nachito.

- ¡Ay, qué bonita, Pelón! -dijo "La Chachalaca".

-Tú sabes, mi papá dice que él ha comido nieve azul en la tierra de los gringos ...

- Sí, pero acuérdate que mi papá dice que no debemos decirles así, que es feo y ellos se enojan.

-Bueno, pues los americanos. Dicen que hacen nieve azul y que sabe a almendra.

- ¡Ay, qué bueno! Vamos a probarla.

-De pistacho le llaman a ésa -les dijo el duende.

- ¡Está rebuena! Pero mira, allí hay verde.

- ¡Ay, ésta sabe más fría que la otra!

-Como que es de menta -les explicó el duendecillo.

-¿Y ésa de color de mango? -preguntó Nachito.

-Pues de mango es.

- ¡Aquélla si es fea! Parece sucia -dijo la Chachalaca.

-Pues es de mamey.

-Pues aunque sea fea -dijo Nachito- a mí me gusta mucho el mamey.

-Bueno, chamacos, no comer más que hace daño. Si fueran a probar de todas, no acababan. Hay hasta de frutas que ustedes no conocen: guanábana, marañón, níspero ...

- ¡Pero yo quiero más! -pateó Mariquita- ¡Yo quiero más!

Nachito, razonable, le decía: "Mejor vámonos, Chachalaca"; pero ella no quería oír razones.

- Si no fuera porque tienen esos anillitos de ópalo en los dedos ...

-dijo Don Yo de Córdoba- Porque mientras los tengan se les cumplen todos los deseos ...

- ¡Ya ves! Ahora me quedo aquí, y pruebo de todas las nieves.

- Pero nos podríamos ir a otras montañas más grandes, donde hay más nieve -propuso el duende.

- Así sí. Vamos, vamos -gritaba La Chachalaca muy contenta y hasta Nachito dijo que sí.

-Bueno, a cerrar los ojos y a pensar que quierenir.

Nachito y Mariquita no sintieron, frente a estas grandes masas de nieve, una alegría como la que tuvieron al ver las montañitas de nie-ve de muchos colores. Aquello les parecía extraño...

-No sé, pero aquí no me dan ganas de tomarnieve -dijo Mariquita.

-¿No será que ya tomaste mucha? -preguntó el duende riéndose.

-Yo tampoco tengo ganas -dijo Naclúto-. No sé por qué me parece que ésta no se come.

-Ahora sí atinaste-le contestó el duende. Esta es la verdadera nieve de las montañas, que es blanca y no es buena para tomar, por-que no sabe más que a agua; además, que nadie la hace sino que cae del cielo como lluvia. La otra, la que se hace para tomar, ni siquiera le llaman nieve en muchas partes.

-Entonces tenía razón mi papá... Pero de allá de mi casa yo veo estas montañas, y unas veces la nieve se ve blanca, y otras veces se ve rosada, y hasta azul la he visto yo.

- La nieve es blanca aquí arriba, pero de lejos cambia de color con la luz del sol. Pero vamos a acercarnos, para que la prueben.

- ¡No, que está muy fea! -dijo Mariquita.

-Pues ¿cómo esta nieve no es buena para tomar y la de las mon-tañas chiquitas sí?-preguntó "La Chachalaca".

-Porque estas son montañas de verdad y aquellas montañitas son de juguete, apenas como del alto de una casa -explicó Don Yo el duende-, y yo las tengo para invitar a mis amigos.

- ¿Y tiene usted muchas cosas buenas así? -pregunto Nachito abriendo tamaños ojos.

- Ya veremos... ya veremos... Pero ahora, vengan por acá y miren.

Se llegaron a una peña muy grande, y desde allí miraron para abajo. Se veía un gran valle, en que había tierra de distintos colores: unas veces era amarilla, otras veces roja, otras veces negra, otras veces blanca. Se veían manchas verdes donde había árboles o sembrados; a veces se veían casas, y don Yo de Córdoba les enseñó una gran mancha polvorienta, diciéndoles:

-Allí es México.

- ¡Ay, qué raro, qué raro! -gritaba Mariquita.

-¿Y mi casa por dónde queda? -preguntó Nachito.

- Por allí, a la izquierda -explicó don Yo el duende.

- ¡Pero no se ve nada! -dijo Nachito.

-Yo quiero ver bien mi casa -dijo Mariquita-. ¿Si quiero la veo con ayuda de mi anillito?

- ¡Claro! Cierra los ojos, piensa y verás.

Y era verdad. Los dos niños hicieron lo que les aconsejó el duende y cuando abrieron los ojos vieron todo el interior de su casa, aunque estaba muy lejos. El papá acababa de llegar a la casa, y la mamá

le decía que estaba muy enojada porque los niños se habían ido hacía mucho rato y no aparecían.

-¡Ay, vámonos, Chachalaca! -dijo Nachito asustado.

-¡Ay, sí, sí, Pelón! -decía Mariquita llorando.

-Bueno, bueno, váyanse, ya saben cómo -les dijo el duende-o  
Mañana nos vemos.

-¡Qué bueno! -respondieron los dos hermanitos-. Queremos que nos enseñe otras cosas como hoy.

## EN JAUJA

Al día siguiente de haber conocido al duende Don Yo de Córdoba, Nachito y Mariquita no pensaban más que en volverlo a ver. Nachito quería contárselo todo a su mamá, pero "La Chachalaca" decía que no, porque iban a querer estorbarles que se vieran con el duendecito, creyendo que podía hacerles algún mal.

-Ya ves -decía Mariquita-, mi papá nunca nos quería llevar a las montañas de nieve, y para Don Yo [ya ves qué fácil!

-Sí-contestó Nachito-, pero mi papá tenía razón; que esa nie-ve no sirve para tomar y allá arriba hace mucho frío y es muy lejos.

-Sí, pero el duende sí tiene montañas de nieve dulce.

-Bueno, pero ésas son de él.

- y figúrate que dice que tiene otras cosas buenas. Vámonos a buscarlo ...

-Mejor sería -4.jo Nachito, siempre razonable- ir primero a la escuela.

- ¡No, qué escuela! [Este Pelón con su escuela!

-Pues no, yo voy primero a la escuela, porque si no la maestra se queja con mis papás, y a mí, como soy hombre, me castigan más que a ti.

-Eso crees tú, pero hay veces que mi papá dice que "por un gustazo un trancazo" y mi mamá canta aquello de "aunque me espine la mano me he de comer esa tuna".

-No, pues yo no -insistió el Pelón-; yo primero voy a la escuela. Si tú quieres ver al duende, vete sola, que quién sabe cómo te vaya sin mí.

Mariquita, que nunca se había visto sola sin su hermanito en ninguna aventura, se quedó callada, pensando, y al fin dijo:

-Bueno, pues iremos a la escuela, pero en seguidita que acabe vamos a buscar a Don Yo.

y así fue. Ya a las doce, al salir de la escuela, se apartaron de sus compañeros, cerraron los ojos y pensaron en que querían encontrarse con el duende. Al rato se hallaban frente a los nopales, como el día anterior, y de entre las tunas saltó Don Yo de Córdoba riéndose con su risa como de cristal fino.



-¿Qué quieren hoy los señores? -preguntó a los niños pasándose la mano por la barba.

-Yo quiero ir donde hubiera automóviles -{)ijo Nachito- y quiero uno para mí.

-¡Poca cosa pides!

-Pues yo no -{)ijo Mariquita-, yo no quiero automóviles, yo quiero ir donde haya muchos dulces.

-¡Qué dulces ni qué nada! -{)ijo enojado Nachito.

-Pues yo sí quiero dulces-pateó Mariquita.

-Bueno, bueno, quietos -{)ijo el duende-, vamos primero a una parte y luego a otra. ¿Qué tal?

-Así sí...-contestó Mariquita ya contenta-o Pero que no estemos mucho rato con los automóviles.

-Vámonos, vámonos, ya saben cómo -{)ijo don Yo. Y pronto se encontraron frente a un pequeño palacio de cristal, donde había muchos automóviles, pequeños también.

-Supongo que no querías automóviles grandes, sino como para ti, para tu tamaño -le dijo el duende a Nachito.

-Sí, pero no de juguete -contestó el niño-. Yo los quiero de verdad.

-Éstos son de verdad, aunque chiquitos. ¿Y cuál quieres, uno europeo o uno americano?

-Uno americano, claro.

-Bueno, te durará menos; pero de todos modos no te había de durar mucho ninguno, porque los has de maltratar.

-Que no, que yo ya sé manejar, porque Carlitos es hijo del señor que tiene el único automóvil del pueblo, y como él ya tiene catorce años lo dejan manejar, y él me ha enseñado un poquito.

El duendecito sacó el automóvil del palacio de cristal al campo, y se lo entregó a Nachito. El niño comenzó a darle, pero se equivocaba; Don Yo el duende le daba consejos con mucha paciencia, cosa que muy pocas veces tienen los que enseñan a sus amigos a manejar automóviles; pero la que perdía la paciencia era Mariquita. Al fin el automóvil echó a andar por la carretera, pero se echaba unas veces demasiado hacia la izquierda, otras veces demasiado hacia la derecha.

Mariquita seguía enojada:

-Ya ves: ¡si tú ni sabes! Así nada más vamos a perder el tiempo, y hasta nos vamos a caer a algún barranco, y nunca vamos a llegar a... a donde yo quiero.

-¿A Jauja? -le preguntó Don Yo de Córdoba.

-¡Ay, de veras! Allí todo es de dulce.

-Sí, lo mejor será que vayamos en este mismo automóvil. Dando saltos, y tropezando con piedras, y desviándose a cada rato, iba el automóvil guiado por Nachito, con gran disgusto de "La Chachalaca" y gran diversión de don Yo de Córdoba el duende. "El

Pelón" sudaba y sudaba, pero iba contento porque aprendía a manejar y el automóvil era suyo.

-¿Por qué mejor no dejamos este Fotingo y nos vamos a Jauja con los anillitos de ópalo? -dijo al fin Mariquita.

-¡Que no es Fotingo! gritó Nachito, y por atender a contestarle a "La Chachalaca", por poco se mete dentro de unos nopales; pero el duendecito, metiéndole mano a la dirección, logró sacarlo del peligro y enderezarlo.

-Bueno, lo que sea, bien chiquito es -contestó con enojo la niña, -No, hijita, es coche de buena marca -le dijo Don Yo- y es chiquito para que lo pueda manejar tu hermano. Ya te imaginas cómo le iría con uno de esos coches grandes. Y si no te divierte el auto, diviértete mirando el camino.

-¿Qué le voy a ver al camino? Puros magueyes y nopales; y las montañas ya me las sé de memoria. Por eso quiero que ya lleguemos a Jauja, porque si no llegamos allá pronto no nos alcanzará el día.

-¡Ay, y la escuela! Hay que comer, y hay que volver a las tres, y en casa nos estarán esperando -dijo Nachito.

-Yo no sé ni para qué te acuerdas de eso -dijo Mariquita-; lo mejor es divertimos y después veremos cómo nos las arreglamos.

-Tiene razón tu hermano -le explicó el duende-o Hay que ver cómo vuelven ustedes temprano a su casa, para que no los castiguen. Dirán que se estuvieron una hora más en la escuela porque les dieron trabajo que hacer, y que como era "dibujo mexicano" del que inventó el señor Best, y ustedes no tienen en su casa muchos lápices de colores, se quedaron allá.

-¿Y usted, no puede hacer que el tiempo no pase, y que lleguemos a casa como si no nos hubiéramos escapado a pasear? -preguntó "La Chachalaca".

-No, hijita, todavía no he aprendido. Antes se decía que eso no se podía hacer. Ahora, quién sabe. Uno de estos días me voy a hablar con el sabio alemán que entiende de eso.

-¡Ay, qué bueno sería! Pues ahora lo mejor será que nos vayamos prontito a Jauja, para poder volver a casa.

Don Yo el duende estuvo de acuerdo, cerraron los ojos, apretaron los anillitos de ópalo y sintieron que el automóvil volaba por los aires. Cuando el duende les dijo: "Ya", se encontraron frente a una ciudad que parecía hecha de vidrios de todos colores. Mariquita palmo-teaba de gusto, y Nachito le dio con tanta fuerza al automóvil, que tropezaron con la primera casa y se les vino encima toda una pared de merengue, y salió muy enojada la dueña, que era una mujercita hecha toda de yemas de huevo.

Nachito había dado tanta velocidad a su pequeño automóvil, y con tan poco tino, al entrar a Jauja, que había chocado con una de las primeras casas y se le vino encima una pared de merengue. Don Yo

de Córdoba, el duende, al vérsela venirencima, se habíaescondido en uno de los repliegues del coche y había lanzado tales carcajadas que parecía como si se hubieravenido abajo toda la vajilla de una casa: Nachito creyó que le habríaroto una pared del comedor la dueña de la casa de merengue. Mariquita, que no pudo esconderse, quedó toda envuelta en la masa blanca y muy asustada.

La dueña de la casa, la mujercita hechade yemade huevo, salíó en seguida, amarilla de rabia, más amarilla que de costumbre y le dijo:

-¿No saben que aquí están prohibidos los automóviles? ¡A quién se le ocurre venir a Jauja en armatostes de hierro! Aquí no se permiten nada de hierro. Van a tener que pagar una buena multa y ade-más componerme la casa.

Los niños, con el susto, no atinaban a responder nada. El duende-cito habló:

-No se preocupe, señora, ahora mismo vamos a componer su casa. A ver, chamacos, toquen los anillitos de ópalo, cierren los ojos y piensen en que quieren que vengan a componer la casa de la señora.

Así lo hicieron, y en seguida se presentaron unos hombres pequeñitos muy blancos, como si ellos también fueran de merengue, y se fueron a componer la casa. Traían masas de merengue cortadas como adobes y las ponían unas sobre otras; a los pocos momentos se veía que la casa quedaría compuesta muy pronto.

La mujercita de yemas miraba aquello con asombro y decía a su marido, hecho de yemas también, que salió poco después:

-Yo no sé quiénes serán estas gentes que con tanta facilidad hacen componer lo que rompen. Se ve que son gente decente. Porque a cada rato vienen a Jauja extranjeros que no nos hacen ninguna gracia, sobre todo esas brujas que nos roban todo lo que pueden para llevarse y hacer casas de dulce donde puedan coger a los niños.

y dirigiéndose a los del automóvil:

-Miren, como veo que son ustedes personas decentes, no le di-ré nada a la policía. Eso sí, les aconsejo que se lleven de aquí el automóvil antes de que se enteren todo el pueblo, para que no les pongan multa.

- ¡Ya ves! -jo Mariquita, recobrando al fin el habla-, ya ves para qué nos sirve el automóvil. Y ahora tenemos que quitarnos todo el merengue de encima.

- Yeso es un poco difícil, porque yo no tengo agua; aquí nos la vamos con jarabe -jo la señora.

- ¡Ay, y ahora qué hacemos! -decía Mariquita queriendo llorar-. Voy a tener que andar sucia hasta que llegue a mi casa.

- Yo creo que les pueden dar agua en "Las Fábricas Centrales de Jauja". Allí tienen un pozo, el único de la ciudad, y hacen todo el jarabe que se consume y nos lo mandan por tubería a las casas. Aquí nunca dejamos que llueva, porque se nos disolverían los edificios, y

hemos suprimido el agua en las casas particulares porque a veces cualquiera se descuidaba y con que se derramara una poca se venía abajo todo y ocurrían desgracias. Pero allá en "Las Fábricas Centrales" cuidan científicamente el uso del agua.

-Bueno -{fijo el duende-, vamos a despachar el automóvil. A ver, Pelón, tú mándalo que salga en seguida de Jauja y se vaya a esconder detrás de unos nopales.

Nachito bajó del automóvil, le dio las órdenes necesarias con su anillo de ópalo, y los dos hermanitos y el duende echaron a andar a pie por las calles de Jauja, buscando el edificio de "Las Fábricas Centrales".

A medida que Nachito y Mariquita, en compañía del duende Don Yo de Córdoba, atravesaban las calles de Jauja, iban descubriendo cosas interesantes. Había casas de todos colores: blancas de merengue, y las gentes que había adentro eran como hechas de yemas de huevo, según habían visto con los que vivían en la casa con que chocó el automóvil de Nachito; amarillas de yema, y las gentes que había adentro eran como hechas de merengue; rojas, verdes, azules, moradas, rosadas, de caramelo en su mayor parte y las gentes que había adentro eran de colores que formaban contraste con los de la casa. Los árboles eran, como habían oído contar, de caramelo verde. El piso de la calle era de turrón.

Mariquita hubiera querido pararse a probar de todo lo que veía, pero, como estaba toda untada del merengue de la pared que les había caído encima con el choque del automóvil, prefería llegar pronto a "Las Fábricas Centrales de Jauja" a ver si les daban agua para lavarse, ya que en ningún otro lugar del pueblo tenían agua pura, sino jarabe. Nachito, por su parte, tenía también prisa en llegar, porque apenas podía ver tanto merengue que tenía pegado en la cara.

Apretando el paso, pues, llegaron a una plaza, donde había palacios muy hermosos, grandes en comparación con las casitas que formaban la ciudad. No se detuvieron a mirarlos, por la prisa, y quedaron en volver allí apenas estuvieran lavados y limpios, porque había muchas cosas que ver. Por fin, detrás del palacio que les pareció sería el de gobierno encontraron un edificio grande, de madera, y no de dulce como los demás.

- ¿Y por qué esta casa es de madera, y no de dulce como las otras? -preguntó Nachito.

-Porque aquí hay que usar mucha agua, y ya ves lo que pasaba en las casas cuando las dejaban llegar agua, que en cualquier descuido en que se saliera el agua se venía abajo una pared. Así es que decidieron hacer de madera este edificio para que no hubiera percances.

- ¿Y qué fabrican aquí?

-Pues aquí se fabrica todo lo que necesita la ciudad: se hace el jarabe que corre por las tuberías; se hace todo el dulce que sirve para componer las casas, como pasó con la que ayer rompió Nachito; se

hacen muebles, se hacen objetos de comedor y de cocina...  
Pero va-mos para adentro a pedir agua.

El duendecito fue a saludar al jefe de las fábricas, uno de los hombres más altos de Jauja: era como el alto de uno de nuestros muchachos de nueve o diez años, como Nachito precisamente, pero tenía grandes bigotes como de cocinero francés. Se veía que era muy fuerte, muy recio, porque estaba hecho de turrón apretado, como el de almendras que hacen en Alicante. Todo él iba vestido de cuero, con gran mandil y con guantes; en la cabeza llevaba también gorro de cuero, y de él colgaba una visera con que podía taparse toda la cara, dejando sólo huecos con vidrios para los ojos.

-Buenos días, señor don Yo de Córdoba -dijo con muy buen humor el jefe-o Mucho gusto de tenerlo por acá. Ya sabe que sus visitas son siempre agradables; no es usted de los visitantes que traen molestias, como muchos otros que vienen a Jauja.

-Muy buenos días, don Escarragut de Narbona -contestó el duende, con no menos buen humor-o Ya sabe que la discreción es la mejor virtud de los duendes y que cuando molestamos a los demás es porque ya nos tienen muy cargados. Pues aquí vengo de paseo con dos amiguitos.

-Mucho gusto, mucho gusto -dijo sonriendo don Escarragut-, pero parece que los amiguitos se acercaron demasiado a una pared fresca ¡Cómo vienen! Pero siempre sucede así los que vienen a visitarnos.

-No fue precisamente como usted supone. Yo no recordaba que aquí estaban prohibidos los automóviles y no se lo dije a tiempo a estos amigos, así es que este joven venía manejando su auto y tropezó con una casa de merengue a la entrada de la ciudad.

-¡Malo, malo! -dijo don Escarragut, frunciendo el ceño-. ¿Y qué han hecho para componerla?

-Oh, por eso no se preocupe. Traemos anillos de virtud, y todo se compuso. Ahora necesitan agua.

-Bueno, bueno - y don Escarragut desarrugó el ceño-«, vaya llamar al jefe de pozos.

Tocó entonces cuatro llamadas en un timbre, y se apareció otro hombre recio, hecho de naranja cristalina, y vestido de cuero más fuerte que el que llevaba don Escarragut. Después de las presentaciones obligadas (en Jauja son todos muy corteses), dijo:

-Don Aurancio, lleve a estos amigos a que se laven. Y tenga cuidado no vayan a hervir, como les pasó a aquellos otros...

Nachito y Mariquita se miraron asustados; pero el jefe de las fábricas les dijo mirándolos maliciosamente:

-No tengan miedo; les irá bien si lo hacen todo con cuidado y no como cuando le embistieron a la casa de merengue.

Don Aurancio, el jefe de pozos de "Las Fábricas Centrales de Jauja", llevó a Nachito y a Mariquita a las calderas para que allí se

quitaran el merengue que se les había pegado a la ropa. Mariquita, que era muy amigade hablar y discutir, pero muy cariñosa y muy tra-bajadora, comenzó por lavar la ropa de Nachito; después lavó la su-ya, que estaba menos sucia. Mientras la ropa se secaba, les prestaron unos "overalls" de hule. Mariquita, además, viendo que Nachito tenía las manos sucias, tanto del merengue como de haber manejado el au-tomóvil, se las lavó con agua bien caliente.

Mientras le lavaba las manos, observó el anillito de ópalo que le había regalado el duende don Yo, y al acabar, se lo pidió prestado pa-ra compararlo con el suyo.

-¡Ay, mira! El tuyo se ve a veces como si fuera azul y el mío co-mo si fuera rojo. ¿Cómo será el de don Yo?

En esto, Don Yo llegaba a ver cómo les iba; Mariquita le pidió su anillito, y se puso a jugar con los tres.

-La piedrecita de éste es como verdosa. ¡Qué bonito! Yo quisiera tener muchos diferentes. ¿Y usted no puederegalarme muchos?

-Ya veremos... Primero hay que portarse bien, y que se vea que haces buen uso de tu anillito.

En esto Mariquita decidió volver a lavarse las manos, y dejó los tres anillitos en uno de los lavaderos. Estaba muy divertida en Jauja, con tantas cosas nuevas como veía, y no pensaba en otra cosa; pero Nachito sí se acordaba de su casa y de su escuela, y dijo:

-Si nos pudieran prestar otra ropa, y mañana volvíamos a bus-car ésta, que todavía no está seca...

-Pues no se puede -les dijo don Aurencia- porque aquí la ro-pa es de dulce, como todo, y ustedes no se la pueden poner; apenas los que trabajamos en "Las Fábricas Centrales" tenemos estas ropas de cuero y de hule para que no se nos meta el agua; pero sería muy raro que llegaran ustedes a su casa y, sobre todo Mariquita, vestida de hule.

-Pronto ha de estar secala ropa, no se apuren -dijo Don Yo de Córdoba-o Anda a ver, Chachalaca.

Y Mariquita vio que ya estaban secas y se vistieron los dos niños, y Nachito insistió en que ya debían irse, porque habían perdido mucho tiempo. El duende dijo que Nachito tenía razón, que lo mejor sería volver al día siguiente, y que entre tanto sus buenos amigos de Las Fábricas les regalarían unas cajitas de dulce.

-¡Qué bueno, qué bueno! -palmoteaba Mariquita-. Yo quiero una de chocolates, y otra de cerezas cristalizadas, y otra de peras y otra de confites, y otra de guayabate, y otra de jalea de membrillo, y otra de quesadillas de coco...

-¡Qué manera de pedir! -dijo Nachito.

Al fin le dieron a Mariquita diez cajitas, cada una diferente; las cajitas eran de caramelo de distintos colores, muy pintadas y adorna-das con moñitos de dulce, y las metieron en una cesta hecha de na-ranjas cristalizadas.

-La cesta es recuerdo mío-les dijo don Aurancio-, porque yo soy de naranja, del barrio de los naranjales en Jauja.

-Muchas gracias -contestó Mariquita, feliz como nadie-o Tú la llevarás, Pelón. Adiós, adiós, vámonos.

Pero cuando se disponían a irse vieron que les faltaban sus anillitos. -¡Ay, se quedaron en el lavadero!

Corrió Mariquita para adentro, en busca de sus anillitos de virtud, pero cuando llegó al lavadero no encontró nada.

-Deben de haberse caído en el agua-les explicó Don Aurancio- y se habrán ido por las tuberías, y a estas horas correrán en el jarabe del drenaje.

Don Yo de Córdoba se puso muy serio, y los dos hermanitos se quedaban mirándolo asustados. Al fin Nachito preguntó:

- ¿y no nos podemos ir?

-Claro que no. Ni a pie, porque ni siquiera estamos en América. Jauja está en el Océano Pacífico, y si ustedes no vieron que pasábamos el mar es porque yo tengo buen cuidado de que cierren siempre los ojos cuando vamos de un lugar a otro para que no se asusten de verse volar por el aire. Así es que por ahora nos quedaremos en Jauja viviendo de puro azúcar hasta que la suerte nos saque de aquí.

Nachito y Mariquita se quedaron azorados al comprender que tenían que quedarse en Jauja, sin saber cuándo podrían regresar al valle de México, donde vivían sus padres. Lo peor del caso era que el duendecito Don Yo de Córdoba había perdido su anillo de virtud, por el descuido de Mariquita, y no tenía manera de moverse de allí.

Como Nachito era muy amigo de conocer todas las máquinas y los inventos, y decía que cuando fuera grande iba a dedicarse a inventar, pensó en comunicarse con sus papás por telégrafo, y así se le dijo a Don Escarragut de Narbona, el director de "Las Fábricas Centrales de Jauja".

-No podemos comunicarnos con México -le contestó el jefe-, Jauja se fundó para no tener comunicación con el mundo de los hombres, que hacen vida desgraciada por sus ambiciones de poder y de dinero, mientras nosotros sólo aspiramos a una vida dulce.

El duendecillo sonrió al oír a don Escarragut hablar de "vida dulce".

-¿Por eso todo es aquí dulce?

-Precisamente; el dulce de que estamos hechos aquí nosotros y todas nuestras cosas, no es más que la representación material de nuestros deseos de vivir en paz y alegría. Si dejáramos venir aquí a los hombres de carne y hueso, o si estuviéramos en comunicación con ellos, pudiera suceder que les tomáramos sus ideas y nos volviéramos desgraciados, o a ellos se les ocurriera venir a conquistarnos y acabar con nosotros. Hasta aquí sólo pueden llegar personas con recursos extraordinarios, como los anillos de virtud que ustedes traían, pero de

nada sirven los vapores ni las locomotoras ni los aeroplanos ni los te-légrafos con hilos o sin hilos...

-Pues si ustedes son felices -dijo Nachito, que todo lo oía con mucho interés-, ¿por qué tienen policía? A mí me parece que donde hay policía es porque la gente no es buena ni feliz.

-¡Ah! -explicó Don Escarragut-. La policía no es para nosotros; es para los que vienen de fuera y no saben conducirse. No hemos podido evitar que vengan las brujas a Jauja, con su manía de robar dulce. Pero las brujas hacen mucho menos daño del que nos harían los hombres. Dicen que en otro tiempo las brujas eran muy malas; yo no sé si es verdad. Ahora tienen muy poco poder, sólo que pueden viajar por el mundo entero montadas en su palo de escoba, y como no les gusta trabajar se roban lo que pueden para comer y se roban también a los chicos para que trabajen por ellas.

-Pero a mí me han dicho que se comen a los niños -  
interrumpió Mariquita.

-No, hijita, las brujas de ahora, por lo menos, no sé yo que se los coman. Sólo sé que los hacen trabajar como esclavos, lo cual ya es bastante malo. ¿Verdad que a ti no te gustaría que te tuvieran trabajando todo el día, cargando leña, y haciendo carbón, cocinando y lavando?

-No, claro, a mí me gusta todo eso, pero hacerlo de juego, por gusto.

-Ya decía yo... Bueno, ahora necesitan ustedes instalarse; pero como aquí no tenemos casas vacías, será necesario que les hagan una, y a ver cómo se acostumbran a vivir en una casa de dulce.

Tocó Don Escarragut el timbre seis veces, y vino un señor todo de dulce de pifia. Era el jefe de construcciones.

-Don Atanasio, a ver si les construimos una casa a estos amigos. Y que sea del dulce menos pegajoso, turrón como el mío, por ejemplo. Y cubrir las paredes con obleas. Vayan, pues, y ayuden al señor diciéndole todo lo que crean necesario para que la casa quede a su gusto. Para la noche ha de estar acabada.

Nachito, Mariquita y el duende Don Yo de Córdoba fueron con Don Atanasio, el hombre hecho de dulce de pifia, jefe de construcciones de Jauja, a escoger los materiales para su casa. El jefe de Las Fábricas Centrales les había aconsejado de turrón estilo de Alicante, por duro, y el tapiz de obleas para cubrir las paredes de manera que no se pegaran ellos en el dulce. Los niños estuvieron mirando con cuidado todas las clases de ladrillos de dulce, que se hacían en Las Fábricas Centrales: les enseñaron muchas muestras distintas; había unas gentes que querían casas sólidas, hechas de frutas duras "cubiertas", de turrones, cocadas y alfajores, y había otras gentes que preferían casas ligeras, de fantasía, hechas de merengue o de yemas o de miel hilada. Las gentes de menos pretensiones se contentaban con casas de caramelo que era el ladrillo más fácil de hacer.



A Mariquita todo le divertía. Nachito estudiaba seriamente las cosas y de pronto se le ocurrió una idea:

-Bueno, ustedes no dejan correr el agua en su ciudad para que no se les deshagan las casas; pero, ¿y cuando llueve?

-Aquí no llueve -les explicó don Atanasio->. Esas nubes que ves las ponemos en el cielo, porque adornan y además son útiles; tapaban el sol a medio día. Pero esas nubes no son de agua, sino de algo-dón de azúcar. Cuando se fundó Jauja, se hicieron arreglos con los poderes del cielo para que no lloviera nunca.

Al fin Nachito pensó que los ladrillos más sólidos eran los que les habían aconsejado, y convenció a Mariquita, demostrándole que así la casa parecería de piedra de cantera, sobre todo si se fabricaban trozos grandes para ponerlos en la fachada. Pero "La Chachalaca" quiso que pusieran adornos de otros dulces, con colores diferentes, como si fuesen azulejos, y así se hizo. El duendecito los dejaba hacer: se veía que estaba a disgusto con la idea de tenerse que quedar en Jauja, hasta quién sabe cuándo, por el descuido de Mariquita con los anillos.

Pero había que hacer el plan de la casa, de acuerdo con las necesidades de los que iban a vivir en ella, y escoger el estilo de construcción. Les enseñaron modelos, y escogieron uno de dos pisos de altura, el más grande que se podía hacer en Jauja, pues Nachito y Mariquita eran del tamaño de las personas más altas de la ciudad. Como estilo, dijo Nachito que él prefería el mexicano colonial, pero le dijeron que no lo conocían. Entonces "El Pelón" se ofreció a explicarles cómo era, dándose mucha importancia, y le contó que había una piedra llamada "tezontle" y otra llamada "chiluca", y que a él le gustaba más la "chiluca", y que era gris clara, mientras que el "tezontle" era roja oscura. Hicieron, pues, una casa que pareciera de chiluca con azulejos y en estilo mexicano.

Mientras los albañiles de Jauja construían la casa de estilo colonial mexicano en que debían vivir Nachito y Mariquita con don Yo, los hermanitos, aconsejados por el duende, se dedicaron a buscar muebles y objetos de uso diario. Mariquita estaba encantada con la idea de que iba a tener muebles hechos de dulce, pero el duende se reía de ella, y le decía que iba a resultar muy gracioso verla sentada en una silla de caramelo sin poderse levantar de ella porque se le había pegado la ropa.

Lo malo era que, como en la ciudad no se fabricaban sinocosas dulces, la situación era muy apurada. El duendecito aconsejó que los muebles que debían ser fuertes se hicieran de caramelo y se cubrieran con obleas, y que los muebles blandos, como los sofás, se hicieran de pan.

Pero había una dificultad seria: el cuarto de baño. Se necesitaba agua, y se necesitaban muebles, que el agua no deshiciera.

Y en Jauja no había otra agua que la de los pozos de "Las Fábricas Centrales", ni tubería para llevarla hasta las casas! El duende podía

pasárselo sin agua, si quería, porque como no era de carne y hueso si-no en la apariencia no tenían necesidades parecidas a las de los hom-bres. [Pero los dos muchachos! Nachito se acordó de que había oído decir que en otro tiempo sí se mandaba agua hasta las casas, porque le llamaban la atención toda clase de trabajos y de cosas mecánicas, y preguntó si no quedarían por ahí restos de aquellas tuberías. Don Escarragut, el jefe de las Fábricas, hizo que lo llevaran al último pa-tio, al cobertizo donde se guardaban cosas viejas, y allí encontraron tuberías antiguas. Nachito en persona se puso a trabajar con los obre-ros para hacer pasar aquella tubería por debajo del piso de la calle y hacerla llegar hasta la casa nueva, que quedaba bastante lejos, porque en Jauja no hay lugares vacíos en medio de la ciudad y no se puede construir una casa nueva sino en los extremos. A veces parecía que la tubería aquella no iba a alcanzar, porque había muchos pedazos mal-tratados e inútiles, pero juntando unos con otros se pudo hacerla lle-gar hasta la casa.

Faltaba todavía la instalación del cuarto de baño y les dijeron que no era posible hacerla de metal ni de porcelana, en Jauja se admitían muy pocas cosas de metal, y se trataban con mucha prudencia, porque el menor golpe que con él recibiera uno de los habitantes podía causarle la muerte o romperle una pierna o un brazo; y en "Las Fábricas Centrales" tenían unos objetos de porcelana, pero habían obligado a las brujas y a los trasgos a traerlos a cambio de dulce.

-Ni aun los objetos de madera los hacemos nosotros ---explicó Don Escarragut, porque es necesario derribar árboles y cortarlos, cosas que nosotros, hechos de materiales dulces, no podemos hacer, porque nos partiríamos en pedazos. Cortar los árboles y trabajar la madera son los castigos que imponemos a las personas que vienen de fuera y no se conducen bien; por eso podemos tener siempre madera en nuestros depósitos, y con ella trabajan esos extranjeros que come-ten delitos.

Nachito ofreció hacer él mismo, con la ayuda que pudiera darle Mariquita, y hasta el duende si quería, los objetos que necesitaba para el cuarto de baño. Se puso, pues, a trabajar, y a eso de las ocho de la noche los tenía hechos, aunque no muy buenos que digamos. Trabajó tanto durante todo el día, que apenas se sentó en uno de los sofás hechos de pan se quedó dormido sin cenar, hasta el día siguiente.

Al día siguiente de su llegada a Jauja, Nachito y Mariquita se despertaron muy sorprendidos de no hallarse en su casa. Recordaron entonces todo lo que les había sucedido, y eran tantas cosas que les parecía como si hubieran estado años lejos de sus papás.

Fueron a lavarse y les dio mucha risa tener que hacerlo en lavamanos de madera. Apenas lavados, se fijaron en que no tenían toallas, y Nachito salió inmediatamente a ver al director de "Las Fábricas Centrales". Don Escarragut le dijo que de tela era imposible dárselas,

porque no había; que de oblea, con la cual se hacían las toallas para los habitantes de Jauja, tampoco era conveniente para ellos, pero que se las mandaría hacer de papel, Nachito pidió de una vez que se les hicieran sábanas, porque también se les habían olvidado; Mariquita se había quedado dormida en el primer sofá en que se sentó, lo mismo que su hermano, y no se habían fijado en todo lo que les faltaba.

Después, a la hora del desayuno, pensaron que no habían hecho provisiones de ninguna clase, y no sabían qué se podía hacer para comer todos los días en Jauja; el día anterior se habían contentado con los dulces que les regalaron, y no se les había ocurrido pensar si diariamente iban a comer dulce y nada más. Cuando comenzaban a discutir el problema de la comida, llamaron a la puerta: era uno de los repartidores de "Las Fábricas Centrales" que llegaba a ofrecerles la comida del día.

-Pues ¿cómo es eso? -dijo Mariquita-. ¿Aquí no tenemos que ir al mercado a comprar la comida?

-No -le respondió el repartidor, que era un hombrecito de aspecto sencillo, hecho de caramelo rojo-; aquí no se compra ni se vende.

Mariquita se quedó azorada. Nachito, a quien le gustaba oír las conversaciones serias de las personas mayores, se acordó de una que había oído a su papá:

-Entonces ustedes son como los bolcheviques.

-No sé que será eso -dijo el repartidor.

-Pues dicen que en Rusia gobiernan los bolcheviques, y que ni compran ni venden, ni dejan que nadie sea dueño de nada, sino que quieren que todo sea de todos y que todos trabajen para todos. Y como dicen que quieren hacer al mundo entero como ellos, creí que de eso les habría venido a ustedes la idea de arreglar así las cosas.

-No, aquí no tenemos nada que ver con las gentes de carne y hueso, y cuando algunas llegan hasta aquí es porque las acompaña algún duende, como a ustedes; y como los que vienen son siempre niños, no es mucho lo que cuentan de cómo se gobiernan los hombres...

-Pero aquí vienen también brujas -interrumpió Mariquita- y las brujas son de carne y hueso.

-Eso sí no sé. Lo parecen Pero unos dicen que las brujas son muñecos de carne y hueso que se han puesto muy viejas, y otros dicen que nada más tienen la apariencia, pero que no son seres humanos. Lo que sí sé es que no están hechas como nosotros, y no tienen gran dificultad en trabajar con la madera cuando las castigamos por algún daño que hayan hecho, mientras que para nosotros la madera resulta demasiado dura...

-¿Y cómo es que, estando ustedes hechos de dulce, y pudiendo quebrarse con facilidad, no les hacen nada las brujas y las obligan a trabajar?

-Porque hemos inventado una red para coger en ella a todo el que venga de fuera y quierahacemosdaño. Todos nuestros gendarmes

llevan una de esas redes, y todos los habitantes sabemos silbar de ma-nera que inmediatamente, en dos o tres segundos, llegan los gendar-mes y cogen al que quiera hacernos daño. Pero no puedo decirles más, porque está prohibido contarles a los extranjeros el secreto de las redes de defensa, y luego, aunque yo quisiera, sé muy poco de có-mo están hechas ... Y... bueno, díganme qué quieren que les deje de comida, porque ya tengo que irme.

-Déjenos leche, y café, y pan -dijo "La Chachalaca"- y para el mediodía .

-Pues -dijo el repartidor, rascándose la cabeza- pan sí trai-go, pero de café sólo jarabe y de leche sólo cajeta.

Mariquita, azorada, no atinó sino a pedir que le dejaran de lo que hubiera, escogido lo que más se parecía a su comida de costumbre.

- ¿Y usted qué querrá, Don Yo? -le preguntó al duende.

-Yo, nada, Chachalaca, con irme de paseo por el bosque tengo todo lo que necesito. Por suerte hay bosques aquí en la isla y no son de dulce los árboles. Pero ya verás, tú, que tanto querías venir a Jauja, a qué sabe vivir en una ciudad toda hecha de dulce, cuando uno no está hecho de dulce también.

Durante todo el día, el primero que pasaban en aquella casa nueva, mexicana por el estilo, pero toda de dulce como las demás de Jauja, Nachito y Mariquita pasaron el tiempo descubriendo dificultades que no se esperaban. Mariquita era quien las descubría: que no podían limpiarse los dientes con los cepillos que usaban los habitantes de Jauja; que les hadan falta peines aunque fuera de madera; que los trastos se rompían fácilmente ... El Pelón se pasó el día corriendo a "Las Fábricas Centrales" para reponer lo que se rompía o para hacer las cosas nuevas que les faltaban.

-Ya ves -decía cuando acababa de hacer dos peines--- yo ha-go todas estas cosas, porque me fijo cómo trabajan los hombres, y tú, Chachalaca, que siempre estás diciendo que soy demasiado serio, no hubieras sabido arreglártelas aquí.

-Sí-contestaba Mariquita enojada- crees que es la gran co-sa haber hecho dos peines, qué quién sabe cómo estarán; a lo mejor me van a arrancar los cabellos. Pero cepillos de dientes no has podi-do hacer.

-Eso no, porque es más difícil, y además, aquí no hay con qué hacerlos. Nos contentaremos con unos palitos, y pasarnos la toalla muy fuerte sobre los dientes después.

- Sí, sólo nos faltaba limpiarnos los dientes con los dedos. Pero ya que te fijas en tantas cosas ¿a que no has pensado en que se nos van a acabar aquí estos trajes que traemos puestos, si no nos vamos pronto?

- ¡Ay, es verdad! ¡Cómo nos haremos! Le preguntaremos a Don Yo de Córdoba.

-¿Don Yo? Don Yo se fue de muy mal humor, y le pregunté si no queríanada, y me dijo que no, que se iba al bosque y que no le veríamos la cara en mucho tiempo. Yo me puse a llorar entonces y me dijo que si lo necesitábamos lo llamáramos cantando una canción. Me la enseñó; se llama El Rey de los Elfos; dice que donde quiera que se cante él la oye y si comprende que la cantan para llamarlo viene lo más pronto que puede. Es muy bonita pero triste. Te la enseñaré.

-Bueno, pero ¿y nuestros trajes? ¡Ah, ya sé! Aquí nos hacemos unos de papel, y guardamos éstos hasta el día en que podamos irnos.

-¡De veras, qué bueno!

Mariquita saltaba de gusto, y Nachito salió otra vez corriendo a "Las Fábricas Centrales" a pedir que se les hiciera la ropa de papel.

Cuando ya se acercaba la noche, recibieron una visita que no es-peraban. Era el jefe de policía de Jauja, hombre recio, hecho de coca-da, con grandes bigotes y cejas espesas. Mariquita se asustó, Nachito abría los ojos muy grandes.

-No se asusten -les dijo el jefe, que se llamaba Don Cocayo- no les va a pasar nada malo; como ustedes están ya viviendo aquí, y no es probable que se puedan ir muy pronto, vengo para que arreglemos las cosas de la manera que aquí se acostumbra. Aquí la policía tiene muy poco que hacer, del que dicen que tiene entre los hombres de carne y hueso; quiero decir que aquí no suceden cosas malas sino cuando las hacen gentes que vienen de fuera, y la ocupación principal de la policía es distribuir el trabajo de los habitantes.

Mariquita respiró fuerte, ya tranquila, y Nachito miró con interés. - y ¿a nosotros nos tocará trabajo que hacer?

-Sí, pero no mucho. Una hora o dos horas al día. Aquí todos trabajamos, pero nunca mucho. Los hombres y las mujeres trabajamos de tres a cuatro horas cada día, en "Las Fábricas Centrales" o en nuestras casas o en los bosques. Los niños, desde que tienen siete años, también trabajan, pero nunca más de una hora al día. A ustedes les pedimos que trabajen un poco más algunos días, porque son más fuertes que nuestros niños y pueden hacer cosas que nosotros no podemos hacer y que nos hacen falta.

-Muy bien -dijo Nachito, poniendo cara muy razonable- pero ¿no tienen escuelas ustedes para sus niños?

- Sí tenemos, pero sólo duran dos o tres horas cada día. Dicen que entre las gentes de carne y hueso la escuela dura muchas horas; entre nosotros, no, porque no enseñamos cosas inútiles. Cosas que allá sirven para la vida, pero que resultaría inútil.

-Bueno, ¿y cómo pagan ustedes el trabajo?

-No pagamos; creí que ustedes sabrían que aquí ni se compra ni se vende ni hay dinero. Todos trabajamos para todos, y todos tenemos lo que necesitamos: en los almacenes hay de sobra... Así es que ustedes pueden pedir todo lo que quieran, no como obsequio, que es como

se lo hemos dado hasta ahora, sino porque tienen derecho a todo des-de que trabajen.

- ¿y la escuela será muy aburrida? -preguntó Mariquita.

-Yo creo que no. Es una escuela en que los niños preguntan al maestro lo que quieren saber; no es el maestro quien les pregunta lo que han leído en libros.

-¡Ay, qué raro! -dijo Mariquita.

-¿Entonces aquí no hay libros? -preguntó Nachito.

-Sí, pero no se usan en la escuela; sólo son para gusto de los que quieren leerlos. Y todos leemos porque nos gusta.

Quedaron convenidos, pues, en cómo trabajarían desde el día siguiente, y Don Cocayo se despidió muy amable.

Durante varios días, Nachito y Mariquita estuvieron a gusto en Jauja, asistiendo a la escuela y trabajando; y como la escuela y el tra-bajo les quitaban muy poco tiempo, les quedaba mucho para jugar y divertirse.

Al principio, Mariquita encontraba muy raro tener que jugar con niños tan pequeñitos de tamaño como eran los de Jauja, aunque tenían la misma edad que ella; se figuraba que tenía que tratarlos como una mamá; pero como eran muy inteligentes, y sabían muchos juegos bonitos, estaba muy contenta con ellos. En lo que sí tuvo que poner cuidado fue en no tocarlos con demasiada violencia, porque se quebraban: el primer día le rompió un brazo a una niña, que era de caramelo, y mandó que le aplicaran untura de jarabe cada hora y le pusieran al sol: al otro día estaba buena.

Entre cinco y seis de la tarde se abrían los cinematógrafos y los teatros. Como no se pagaba, cada quien iba a lo que prefería. Cuando el cinematógrafo era cosa nueva, les contaron a Nachito y Mariquita, muchos habitantes de Jauja iban a ver películas en que se representaban dramas y comedias; pero después pensaron que todo eso era mejor verlo en teatros, con gentes como ellos mismos, cuya voz se pudiera oír. Sabían que entre las gentes de carne y hueso muchas iban al cinematógrafo y no al teatro, porque de los dos el cine era el más barato, y se podían ver buenos artistas, mientras que en el teatro, aunque era más caro, no había siempre artistas buenos. Nada de eso sucede aquí en Jauja, decían, porque como ni el cinematógrafo ni el teatro cuestan dinero, nadie tiene que pensar en hacer economía; y en el teatro no trabajan sino los artistas que han demostrado mucho talento. Por eso el cinematógrafo se usa sólo para escenas de la naturaleza, para lecciones científicas y para guardar el recuerdo de las cosas que suceden: toda la historia de Jauja, desde que había cinematógrafo, se conservaba así, y de cuando en cuando se exhibían partes interesantes de ella. Desde luego, el cinematógrafo registraba siem-pre la visita de personas extrañas a la ciudad, y muy pronto Nachito y Mariquita pudieron verse en película, acompañados del duende

Don Yo, visitando "Las Fábricas Centrales". Como Nachito quería conocerlos principales sucesos de la historia de Jauja, les dieron una fiesta especial en que pudieron ver cosas muy curiosas, como la gran procesión de homenaje al inventor de las redes de defensa cuando cumplió cien años de edad, la gran invasión de brujas europeas que vinieron a robar dulce durante la Guerra Grande (dicen que entonces faltaba mucho el azúcar en Europa); la llegada de las focas que se salieron del mar a querer comer las casas de chocolate; los enjambres de abejas que a veces se les escapaban a los cuidadores (porque en Jauja tenían muchas) y después de volar como nubes negras sobre la ciudad se amontonaban sobre las paredes de las casas... Pero siempre los habitantes de Jauja se libraban de estos peligros, porque inventaban muy buenos medios de defensa.

Durante unos diez días, Nachito y Mariquita estuvieron muy contentos en Jauja, enterándose de cómo vivían los habitantes, de lo que hacían y de cómo se divertían, todo ello muy distinto de lo que sucede en el mundo de las gentes de carne y hueso. Mariquita, sobre todo, era feliz probando cada día dulces distintos, no solamente los que ya les gustaban en México, sino muchos más que nunca habían conocido. Como en Jauja no se hacía otra cosa que dulces, eran capaces de hacer todos los que existen en el mundo de los hombres y además otros muchos que los hombres nunca habían imaginado.

Pero a los diez días comenzaron los niños a ver que no se sentían bien. Estaban muy pálidos los dos, y Nachito tenía náuseas. Fueron a ver al médico principal, y él les dijo que no sabía curar a las gentes de carne y hueso sino a las gentes de Jauja, hechas de dulce, pero que se figuraba lo que les sucedía: el alimentarse de dulces no era conveniente para ellos, y se estaban enfermando. La cosa había ocurrido ya a otros visitantes que se habían quedado algún tiempo en Jauja. Les recomendó, pues, que se fueran al bosque y se alimentaran de frutas; además, les dio una orden escrita para el jefe de los establos, con el fin de que todos los días les dieran leche para tomar.

Los dos hermanitos se fueron inmediatamente a los establos, que quedaban en las afueras de Jauja. Allí tenían unas vaquitas, como de la mitad de tamaño de las que existen entre los hombres de carne y hueso; había también cabras y burritas. Cerca de los establos estaba el campo, con mucho pasto verde, a donde se sacaba a los animales a pastar.

Nachito le presentó la orden del médico al jefe de los establos, Don Lactio de Itaca, hombre muy blanco, hecho de dulce de leche claro. Era tan amable como todos los habitantes de Jauja, y les ofreció darles leche inmediatamente y les preguntó si querían tomarla al pie de la vaca. Los niños dijeron que sí, y Don Lactio los acompañó a uno de los establos, llevando consigo dos perros muy pacíficos. Cuando llegaron al establo, los dos perros ordeñaron a las vaquitas, y la leche caía en jarras que ellos mismos habían puesto debajo.

Muy azorada, Mariquita preguntó por qué eran los perros, y no las gentes, quienes ordeñaban a las vacas. Don Lactio les explicó que re-sultaba peligroso que las gentes de Jauja ordeñaran, porque, como las vacas eran más fuertes que ellos, en cualquier movimiento les hacían daño. En los primeros tiempos de Jauja, las vacas, si se enojaban, ma-taban fácilmente a los vaqueros; y hasta cuando no se enojaban, cual-quier movimiento brusco le rompía el brazo al ordeñador. Discurrie-ron entonces enseñar a los perros a ordeñarías, y los perros habían aprendido con mucha facilidad, y de ellos nunca había nada qué temer, porque eran muy tranquilos, querían mucho a los amos y nunca les ha-cían daño, ni por descuido; al contrario, tenían siempre mucho cuida-do para evitarles cualquier golpe o tropiezo. Ahora ellos se encargaban de todo el cuidado de los demás animales, y entendían muy bien las órdenes que se les daban: ellos sacaban al campo y volvían a traer a los establos las vacas, las cabras y las burras; ellos las ponían en orden y las obligaban a tranquilizarse si se ponían inquietas. Cuidaban tam-bién de los animales machos, que eran menos, y estaban encerrados en otros establos; los perros eran también los que los sacaban al campo, y después los separaban de las hembras y se los llevaban; los hombres de Jauja encargados de los establos iban junto a ellos, diciéndoles lo que tenían que hacer.

Acabadas de ordeñar las vacas, los perros quitaron del suelo las jarras, tomándolas por el asa con los dientes. Los niños veían aquello con asombro, y esperaban que en cualquier momento se les iban a caer las jarras o se iban a derramar; pero los perros, con mucha habilidad, los trajeron hasta ellos y las pusieron en sus manos. Nachito y Mariquita se tomaron cada uno una jarra, y después de tantos días de no tomarla, les pareció la leche mejor que todos los dulces.

Cuando Nachito y Mariquita hubieron tomado su leche en los establos de las afueras de Jauja, saludaron a Don Lactio, se despidieron y se fueron al bosque. A poca distancia de donde terminaba el pasto de las vacas, comenzaban los grandes árboles. Allí encontraron los dos hermanitos muchas plantas de tierra caliente, que ellos no habían visto nunca, aunque conocían las frutas: mangos, guayabas, cocote-ros, bananos, piñas... Encontraron después otros de los que no cono-cían ni las frutas, y preguntaron sus nombres al joven habitante de Jauja que mandaron con ellos para acompañarlos. Se llamaba Citro-nio de Almería, y estaba hecho de dulce de limón, dulce que los her-manitos nunca habían comido antes de venir a Jauja. Él les explicaba:

- Éste se llama marañón... Éste hicaco... Éste guanábana... Éste es hobo...

Probaban las frutas nuevas; a Mariquita le gustaban unas, pero otras no.

- ¡Ay, ésta agarra la garganta!

- ¡Ay, ésta parece hecha de algodón!



- ¡Ay, ésta sí es buena, huele a rosa!

- ¡Ay, ésta parece de madera! ¡Qué dura!

- ¡Ay, ésta tiene muy buena pulpa!

Nachito le decía que no llamara malas las frutas tan pronto:

- Hay que probar más de una vez, y no todas juntas tampoco, hasta hacer que le gusten a uno todas.

- ¿y para qué quiero yo que me gusten todas? Con comer de las que me gustan nada más...

- Es que así no sabes por qué les gustan las otras a los demás.

- ¿Ya mí qué?

- Pues cuando estés donde no haya más que de las que no te gusten ¿qué haces?

- Es verdad... Pero ya veremos. ¡Ahora hay tantas de todas!

Nachito le preguntó a Citronio:

- ¿Y dónde hay plantas de las frutas que nosotros conocemos más, manzanas, y peras y duraznos, y fresas?

- Ésas las tenemos en lugar especial, porque en Jauja estamos en tierra caliente y no se dan bien.

- ¡Ah, será como en esas casas de vidrio en que tienen flores en México! Dicen que en otras partes, donde hace mucho frío, tienen muchas casas así, para flores de tierra caliente...

- Sí, pero fíjate que aquí no hace frío nunca...

- Pues entonces es al revés. ¿Y cómo hacen ustedes para que crezcan esos árboles de tierra fría?

- Ahora lo verás.

Siguieron andando por el bosque, y durante media hora vieron árboles que no conocían, y helechos grandes como árboles... Y vieron dos montañas, y entre ellas una barranca grande oscura, y de la barranca subían los árboles por las pendientes. Antes de entrar a la barranca se veía bien la figura de los árboles: todos iban a terminar a la altura de la montaña, las copas se juntaban como formando techo, de manera que los árboles que nacían en la pendiente, y los que estaban ya muy bajos eran tan altos como la montaña.

Y vieron orquídeas de todas las formas y de todos los colores. Mariquita vio unas mariposas posadas sobre los árboles, y quiso acercarse a verlas:

- Cógelas -le dijo Citronio.

- Pero si no tengo con qué... Si las quiero coger con la mano, se me van.

Mariquita entonces extendió la mano, y cogió una mariposa amarilla salpicada de puntos rojos. La mariposa no se movió. Entonces Citronio, la arrancó por fuerza.

- ¡Ay, qué extraño! ¿Por qué no quería despegarse?

- Porque no es mariposa: es una flor, es una orquídea.

- ¡Ay, qué lindo! Yo quiero muchas.

y se puso a arrancar un manojo de mariposas blancas y amarillas para llevárselo.

Mariquita iba muy contenta por el bosque, en compañía de su her-mano y de Citronio de Almería, llevando en la mano sus flores en for-ma de mariposas. Citronio le enseñó otras orquídeas extrañas, en forma de picos de ave, en formas de lazo; pero ella no encontraba ningunas como sus mariposas.

Nachito, curioso siempre para las cosas serias, dijo que quería ver dónde crecían los manzanos, los perales. Citronio les dijo que había que atravesar la barranca de los árboles muy altos, y fueron hacia ella.

- ¿y por qué -preguntó Nachito- estos árboles crecen así, y van haciéndose más chiquitos mientras más arriba nacen en la mon-taña, y todos tienen las copas a un mismo nivel?

-Porque todos buscan el sol, todos quieren que les dé mucha luz y calor en las hojas, y cuando llegan a la altura en que les da todo el sol que necesitan, ya no crecen más; pero los de abajo crecen y crecen hasta que encuentran la luz.

Atravesaron la barranca, y los niños se asombraban de ver qué largos eran los troncos de los árboles que nadan en el fondo; nunca se habían figurado que hubiera árboles tan altos. Nachito, sin embargo, recordó:

- Dice mi papá que él ha visto árboles muy altos en California. y dice que los hay muy anchotes, y que en uno han abierto los americanos un túnel para que los coches pasen por adentro.

- ¡Ah, qué gringos! -dijo Mariquita.

-Esta Chachalaca ...

-No sé bien de qué hablan ustedes -dijo Citronio.

Nachito le explicó quiénes eran los "gringos"; Citronio sabía que existían, pero no que los llamaran así.

Al acabar la barranca, llegaron a otros bosques, y estaba oscuro.

- ¿Por qué está tan oscuro, si todavía es temprano? -preguntó Mariquita.

-Porque este bosque lo tenemos cubierto para que no haga calor.

- ¡Ay, de veras, que hace frío!

- ¿y con qué lo tienen cubierto? -preguntó Nachito.

-Con nubes de las que hacemos de algodón dulce. Como estos árboles crecen donde hace frío, y esta es tierra caliente, hay que tener frío este bosque durante una parte del año. En verano, que es cuando dan flores y frutos, quitamos las nubes; ahora, que ya va entrando el otoño, ponemos unas pocas nubes que tapen el sol; cuando llega el mes de diciembre, ponemos nubes muy espesas, y en abril, quitamos unas pocas, y para mayo las quitamos todas.

- ¿y cuando llueve no se derriten las nubes?

-No, acuérdense de que en Jauja tenemos hechos arreglos con los poderes del cielo. En la ciudad nunca llueve. En los campos donde

crecen las plantas de tierra caliente sí llueve siempre que queremos. y en este bosque solamente llueve durante el verano, precisamente en la época en que quitamos las nubes de algodón.

- ¡Qué bueno sería que donde nosotros vivimos lloviera nada más cuando quisiéramos! ¿Por qué no se hará?

- Porque dicen que las gentes de carne y hueso todo lo enredan, y nunca se ponen de acuerdo.

Cuando Nachito y Mariquita iban a salir del bosque de árboles de tierra fría para regresar a la ciudad de Jauja, oyeron una voz que los saludaba de entre los manzanos y reconocieron al duende Don Yo de Córdoba que estaba metido en una flor.

- Muy bien, hijo mío, veo que ya se convencieron de que no es posible vivir sólo de dulce. No sólo de dulce vive el niño.

- Pues sí -jo Mariquita- nos estábamos enfermado ya, pero hemos ido al establo a tomar leche y luego venimos a los bos-ques a comer fruta.

y se puso a contar su excursión con toda clase de pormenores, lo cual divertía mucho al duende.

- Bien, chamacos, voy a acompañarlos hasta Jauja. Las frutas son mejores que los dulces, pero estoy aburriéndome después de tantos días aquí. O tal vez no me aburro de estar aquí, sino de saber que no puedo irme.

- ¡Ay, cuánto lo siento! ¡Y pensar que si no me descuido con los anillitos de virtud no nos hubiéramos tenido que quedar en esta isla!

- Bueno, hija, no te apures ya, pero ten cuidado en otra oca-sión. Yo he querido inventar algún modo de salir de esta isla de Jauja; pero los primeros días que me vine a pasear a estos bosques me interesaba tanto todo lo nuevo que iba encontrando, que no pensaba en otra cosa, y ayer y hoy, que ya comencé a aburrirme, no se me ha ocurrido nada. ¡Si siquiera viniesen otros seres de fue-ra que nos ayudaran! ¡Parece que vienen ahora pocos visitantes a Jauja! ..

- Sí-jo Citronio de Almería- vienen pocos, porque moles-taban mucho y hemos procurado estorbarles la venida, sobre todo a las brujas. Pero siempre recibimos dos o tres visitas cada mes.

- Pues que sirvan para algo los que vengan ahora.

Así iban conversando, andando por el bosque, y el duende saltando de árbol en árbol. Nachito y Mariquita comenzaban a cansarse, pues llevaban más de dos horas de paseo, cuando vieron las primeras casas de Jauja a la distancia; apretaron el paso, y cuando ya estaban muy cerca llegaron dos señoras, una de merengue y otra de azúcar cande, vestidas de fantasía, con trajes de oblea color violeta, y les dieron la noticia de que en "Las Fábricas Centrales" se habían encontrado uno de los anillos de ópalo.

Apretaron otra vez el paso, y llegaron a "Las Fábricas", donde Don Escarragut de Narbona, el jefe, les tenía guardado el anillo. [Era el pequeñito del duende!

- ¿y cómo lo encontraron? -preguntaba Mariquita.

-Pues barriendo, en un rincón, entre la basura.

- ¿y no aparecieron los otros?

-No; buscamos con mucho cuidado en todos los rincones, cosa que no se nos había ocurrido hacer, porque estábamos seguros de que los tres anillitos se habían ido por el lavadero; pero no se encontró ningún otro anillo.

-Muy bien -dijo el duende- con éste yo me voy, y volveré a buscarlos.

-¡Qué bueno, qué bueno! -gritaban los dos niños.

-¿De manera que se alegran de irse de Jauja? -les preguntó maliciosamente Don Escarragut.

-No es eso, es que mis papás ... -dijo Mariquita.

-No pensabas mucho en tus papás cuando te empeñaste en venir a la ciudad de dulce...

-Bueno -dijo el duende- yo me voy en seguida. No hay que perder tiempo.

-¡Adiós, adiós! Vuelva pronto a buscarnos.

Nachito y Mariquita estaban contentísimos de que el duende, Don Yo de Córdoba, hubiera encontrado su anillo de virtud, y de que se hubiera ido de Jauja, ofreciéndoles volver a buscarlos, para que regresaran a México. Se fueron a su casa, a prepararse, y se cambiaron de ropa, quitándose la de papel que les habían hecho en Jauja y volviendo a ponerse la de tela con que habían llegado. Aunque los dulces les habían hecho daño, por ser lo único que habían comido en diez días, Mariquita no se olvidó de su deseo de llevar dulces de Jauja para su casa, y pidió a "Las Fábricas Centrales" que le regalaran una docena de cajas de los mejores, escogiendo muchos de los más raros, para dejarlos a su papá y su mamá, que no los conocerían. Ahora no le parecían mal las frutas extrañas, que encontraba feas en el bosque, y sólo pensaba en la extrañeza de sus papás.

- y no creo que sea demasiado pedir -decía Mariquita-, porque todos los días les hemos trabajado, no diré que hasta cansarnos, pero sí haciéndoles cosas útiles.

-No, hijamía-le había contestado Don Escarragut-, se han portado ustedes bien aquí en Jauja, y de todos modos aquí hay derecho de pedir todo lo que uno quiera, porque para todos hay de sobra: Aquí no hay pobres ni ricos, todo el mundo tiene lo que quiere, y tanto como quiera y a nadie puede metérsele en la cabeza el ridículo orgullo de decir: "Yo tengo más que mi vecino". Sólo al que no trabajara tendríamos que cortarle las raciones diarias; pero aquí nadie se le ocurre no trabajar, y a los que vienen de fuera, si son molestos, los obligamos a someterse.

-Bueno -le preguntó Mariquita-, si ustedes tienen esos bosques tan hermosos, con tantos árboles frutales ¿por qué yo nunca veo que coman fruta?

-Porque nosotros no nos alimentamos de frutas, sino de dulces, que es de lo que estamos hechos.

-Entonces ¿para qué tienen esos bosques?

-Para hacer dulces con las frutas, así como tenemos establos para hacer dulce de leche...

- y el azúcar ¿de dónde lo sacan?

-De unas minas.

Nachito se quedó sorprendido: él había oído decir que el azúcar se fabricaba en grandes máquinas, con jugo de plantas como la caña y la remolacha; y había oído decir que la sal se podía sacar de las minas, pero el azúcar no.

-Eso es entre la gente de carne y hueso -le explicó Don Escragut-, pero precisamente Jauja se estableció en una isla que tenía minas de azúcar. El día que se enteraron las grandes naciones, ya las veía yomandar barcos a conquistarnos; pero nunca podrán saber dónde queda nuestra isla.

Entretanto se hizo de noche, y Nachito y Mariquita, en su casa, esperaban el regreso de Don Yo con gran inquietud, haciendo muchos planes sobre todas las cosas que iban a contar en su casa y en la escuela. Pero pasaba el tiempo, y don Yo no venía. Los habitantes de Jauja se acostaron, y en todas las casas se apagaron las luces.

Ya cerca de media noche, oyeron los hermanitos ruido, y corrieron a la puerta, creyendo que tal vez había llegado el duende. Pero al abrir vieron que el ruido lo hacían cuatro brujas que estaban arrancándole pedazos a la casa. Como era la primera vez que veían brujas, se quedaron mirándolas fijamente; las pudieron reconocer, porque eran como siempre les habían dicho: muy viejas, encorvadas, con la nariz y la barba muy grandes. Las brujas los vieron, y se les echaron encima: dos cogieron a Nachito y dos a Mariquita y los montaron en grandes palos de escoba y los ataron. Los hermanitos gritaron pero en seguida les taparon la boca y se la ataron con pañuelos. Se acordaron de que los habitantes de Jauja atrapaban a las brujas con redes, pero ellos no tenían redes de aquellas ni sabían manejarlas.

Los gritos de los niños fueron oídos en Jauja, pero demasiado tarde; cuando los que los oyeron salieron de sus casas, con redes en las manos, a ver de qué se trataba, los niños iban ya con las brujas por los aires en sus palos de escoba.

## CON LAS BRUJAS

Las cuatro brujas se llevaron a Nachito y Mariquita volando sobresus palos de escoba por los aires en medio de la noche, hasta sus casas, que estaban en medio de un bosque oscuro. A la entrada del bosque tenían una casita amedio construir, hecha de dulce; cada vez que podían iban a Jauja a robar dulce y lo agregaban a la casita, para atraer a los niños. Al llegar con Nachito y Mariquita, se detuvieron a la entrada del bosque, agregaron a la casita los pedazos de dulce que habíandesprendido de la casa de los dos hermanitos en Jauja, y después echaron a andar hasta llegar a las casas en que vivían.

Ya en sus casas, dos brujas se llevaron a Nachito y dos a Mariqui-ta, y los ataron con cadenas al pie de sus camas, y los hicieron dor-mir en el suelo. Los dos hermanitos estaban muy tristes, pero pensa-ban que quince días antes se hubieran asustado mucho más, porque todavía estaban en duda de si las brujas se comían o no a los niños, pero ahora sabíanque sólo los hacíantrabajar.

-Imagínate, Anabolena, qué suerte habernos encontrado a estos chicos. Ya estábamos cansadas de tanto trabajar. Como el último chi-co se nos escapó hace tanto tiempo, y...

-Cállate, Lucreciaborgía, mira que esta chica oye lo que decimos, y no vayas a contar cómo se escapó el otro. Los chicos son el diablo.

-La verdad es que dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo; pero los muchachos, con ser muchachos, le ganan.

Mariquita, oyendo esto, pensaba que los niños habíandescaparse con facilidad del poder de las brujas, y que Nachito, que estaba siempre estudiando todo lo que veía y le gustaban las cosas mecánicas y los inventos, de seguro pensaríanen elmodo de escapárseles. Se acostó, pues, en el suelo quitándose antes el vestido, y las brujas no le dieronni almohada ni estera,ni frazada, así es quedurmió con mucho frío, cubriéndose con su trajecito echado encima.

Al díasiguiente se levantaron cansados, pero no mucho, porque los niños resisten bien las molestias cuando están sanos. A Mariquita se le ocurrió una buenaidea: hacerse la enferma. Dijo que le dolía la

cabeza y el cuerpo todo, y que sentía la nariz tupida, y que se figura-ba que tendría gripa. Las brujas se alarmaron.

Ya ves, Lucreciaborgia, no debemos tratar a los chicos con tanta dureza. Más vale que pasemos a esta chica a la cama en que dormía Cataderrusia, y que se abrigue, porque si se nos muere es igual que si no la hubiéramos encontrado.

La pasaron, pues, a una cama vieja y medio rota, pero de todos modos mejor que el suelo, y la arroparon bien. Ella se hacía cada vez más enferma, y le trajeron café con leche bien caliente, con buen pan, y medicina amarga, que Mariquita fingió tomar sin disgusto, pero es-cupió del otro lado de la cama en cuanto salieron. La bruja a quien le decían Anabolena discutía enojada con la otra:

-Ahora estamos peor que si no hubiéramos cargado con esta muchacha, porque tenemos que trabajar para nosotras y para ella. Y todo porque tú te empeñas en que hay que tratarlos a la baqueta. Si han de trabajar para una, pues más vale que estén fuertes y sanos; si no, es co-mo matar la gallina de los huevos de oro.

-Es que también tú los consientes demasiado, y nunca vigilas, y yo muchas veces los he encontrado, cuando a ti te tocaba ver qué ha-cían, jugando con las yerbitas del campo, y todo porque tú les habías ido dizque a buscar plantas de virtud secreta.

-Será como sea, pero lo que sé es que a mí me da mejor resultado mi modo de tratarlos que a ti el tuyo. Y si se van, no es por mí...

-Pues por mí no será...

Y así estuvieron discutiendo toda la mañana.

Mientras tanto, a Nachito lo habían puesto las otras dos brujas, Dubarrina y Juliaragona, a cortar leña en el bosque. Se le ocurría ha-cer una trampa en que cayeran, pero temía que, si atrapaba a una so-la, las demás, sabiendo que él lo había hecho, lo azotarían. Decidió, pues, seguir pensando hasta dar con algún plan que no tuviera inconvenientes serios.

Mientras Mariquita se pasaba el día en la cama, engañando a las brujas y haciéndoles creer que estaba enferma, Nachito trabajaba cortando leña en el bosque. Pensaba qué haría para fabricar una trampa en que cayeran las brujas, pero el plan se le complicaba mucho, porque podía caer en la trampa una bruja sola, y después venir otra de ellas, y soltarla, y maltratarlo a él si comprendía que él lo había hecho. Y además, las brujas no lo dejaban solo sino muy poco rato, y él estaba atado con cadena, y la cadena tenía cadados, uno que se cerraba sobre sus pies y otro que se cerraba en el lugar donde estuviera atada la cadena.

Pasó, pues, todo el día sin poder atinar qué haría para librarse de las brujas. Apenas se alejaba una, venía la otra a ver cómo trabajaba, y a veces se peleaban:

-Mira Juliaragona, que por no estar cuidando a este chico no va a hacer nada, y tenemos mucho trabajo atrasado.

-Siempre has de reclamar, Dubarrina, cuando no te toca. Más lo cuidó yo que tú, que cuando te pones a pensaren la corte de los reyes de Francia te quedas como ida y no ves lo que pasa cerca de ti.

-Pues peor te pones tú cuando te acuerdas de Italia, y que si los Duques, y que si los Cardenales... Y total, pueblos viejos que no se puedencomparar con París.

Nachito se asombraba de aquellas discusiones que no entendía: comprendió solamente que hablaban de sus tiempos pasados, pero las cosas que decían eran muy extrañas, porque hablaban de reyes de Francia y él había oído decir que ya se habíanacabado. Como siempre que tenía ganas desaber, quiso preguntarles a las brujas, yles habló, pero aserrando madera con todas sus fuerzas para que no creyeran que por conversar dejaba el trabajo:

-¿Y cómo es esode losreyes de Francia, sidicen que noloshayya?

Juliaragona, enojada contra su compañera, le respondió inmediatamente:

-Claro que no los hay, y que cuando los hubo no valieron nada, sino que ésta se figuraque los conoció, y que vivió en la corte de Luis Quince...

-Pues sí que viví-mntestó la otra.

- y te figuras que fuiste mujer célebre, y por eso te dicen Dubarrina, que ni se sabe cómo te llamabas de veras. Pero la mujer que tú pretendes que eres murió, y bien muerta, porque le cortaron la cabeza en la guillotina, y de eso hace bastante más de cien años.

-Edad no me vengas a sacar, porque si yo tengo más de doscientos años, tú tienes más de cuatrocientos. Digo, si va uno a creer que eras quien pretendes, porquela Julia que tú dices que eres murió creo que de la peste, porque en tu famosa Italia habíapestes a cada rato.

-¡Bueno! Y que en París nuncasemoría nadie. Digo, si tu famo-so rey Luis Quince...

Nachíto se quedó sin enterarse de gran cosa, porque las dos brujas, que realmente parecían tener centenares de años, se enredaban en mil pormenores; sólo pudo sacar en claro que se figuraban haber sido mujeres famosas, pero lo que cada una creía la otra se lo negaba.

Por la noche, las brujas dejaron suelto a Nachíto dos o tres veces, y él pudo darse cuenta de que tenían unos frascos con substancias raras; se acercó a leer los nombres que tenían, como en las boticas, y vio que habíavenenos. En pedazos de papel echó buena cantidad de polvo de treso cuatro venenos de aquéllos, e hizo el plandeecharlos en la comidaque tenía queayudar a las brujas a preparar al díasiguiente.

Nachito se acostó pensando en qué haría al díasiguiente para envenenar a las brujas con los venenos que habíaencontrado en la casa; pero se le presentaba una nueva dificultad: si él envenenaba a Dubarrina y Juliaragona, las otras dos brujas, Anabolena y Lucreciaborgia, que tenían presa a Mariquita, lo descubrirían, y todo se quedaría en



nada. Cansado de hacer planes, se durmió al fin, en el cuartito donde lo metieron las brujas, porque, habiendo visto que Mariquita se enfermó (así creían) por dormir en el suelo, creyeron que era lo mejor darle comodidades a Nachito, que así podría trabajarles y no enfermarse.

Las brujas se habían acostado temprano, poco después de anochecer, y Nachito también; pero a las doce de la noche sonó el reloj, muy fuerte, y Nachito despertó oyendo ruido en la casa, y, aunque no pudo salir de su cuartito por la cadena que lo ataba a la cama, llegó hasta la puerta y vio que las brujas se preparaban a salir, montadas en sus palos de escoba. Al poco rato salieron, y las oyó conversar con las dos vecinas, y luego las cuatro se fueron agitando el aire. En las dos casas se habían quedado solos Nachito y Mariquita, pero no podían comunicarse ... Nachito pensó:

-¡Qué buena ocasión para intentar huir, o cualquier otra cosa que nos salvara de esta situación!

En eso recordó al duende Don Yo de Córdoba, y pensó que de seguro habría ido a Jauja a buscarlos y no los había encontrado.

-¡Si pudiera venir!

Así pensaba, cuando oyó una risa de cristal que conocía muy bien. ¡Don Yo de Córdoba había llegado!

-¡Ay, qué bueno! -exclamó Nachito-. Y yo que pensaba que no iba usted a venir. ¿Cómo vino hasta acá?

-Queriendo. ¿No recuerdas que con los anillos de virtud se va a cualquier parte?

-De veras. ¿Y nos fue a buscar a Jauja?

-Precisamente. Anoche llegué, y vi que habían desaparecido ustedes. Esperé a la mañana, y los vecinos me contaron que las brujas se los habían robado; que cuando ellos salieron a ver qué pasaba, porque oyeron los gritos, ya iban muy lejos, y no pudieron echarles las redes a las brujas.

-¿y cómo no vino en seguida a buscarnos?

-Porque lo mejor era esperar a las doce de la noche, cuando las brujas salen a recorrer el mundo en sus palos de escoba. Así no hay necesidad de pelear con ellas. Me fui, pues, de Jauja, a arreglar muchos asuntos, y ya cuando fueron las doce vine para acá.

-¿y nos podrá sacar de aquí?

--Claro. Nada más sencillo. Ahora traigo muchas cosas útiles, y no solamente los anillitos.

Sacó del bolsillo una lima, y le dijo:

-Lima, lima.

y la lima limó la cadena de Nachito y pronto quedó libre, y luego entraron a la casa vecina, y soltaron a Mariquita.

-Ahora ---dijo Nachito- vamos a envenenar a las brujas. Les dejaremos preparado algún plato con veneno ...

-No se lo comerían -dijo el duende- y además yo no puedo matar a nadie. Mejor les haremos otra jugada: vamos a encerrarlas aquí dentro de sus casas.

-¡Ay, qué bonito! ¿Y cómo?

-Les ponemos a todas las puertas y ventanas cerraduras que ellas no puedan abrir. Les dejamos abierta la puerta de la calle, y cuando ellas entren, y la cierren, se quedarán encerradas.

A Nachito y Mariquita les interesó mucho el plan del duende Don Yo de Córdoba, de dejar presas a las brujas dentro de sus propias casas.

-Bueno -le dijo Nachito al duende- usted dice que no puede matar a nadie...

-Claro, me está prohibido; el día que yo matara me moriría.

-¡Ay, qué raro! -exclamó Mariquita.

-Sí-dijo Nachito- pero encerrando a las brujas de manera que no puedan salir, se morirán de hambre, y es lo mismo que matarlas.

-No -les respondió el duende- porque primero vamos a de-jarles qué comer. Las vamos a dejar a pan yagua. Y, además, les dejaremos leña para que no se mueran de frío en el invierno, que aquí es fuerte.

Nachito se quedó pensando, y al fin preguntó:

-Bueno ¿y cuando se acaben las provisiones, no se mueren las brujas?

-No, porque antes de que eso suceda vendrán a sacarlas. Al cabo de unos meses, pasa por aquí cualquiera y abre las puertas.

-Entonces -terció Mariquita- no tiene mucha gracia dejarlas encerradas. Yo creo que lo bueno hubiera sido matarlas.

-Ya te he dicho que eso no puedo hacerlo ni dejarlo hacer. [Qué ganas de matar tienen estas gentes de carne y hueso! Hay otra cosa que no sabían ustedes: hay brujas de diferentes clases, unas que se vuelven brujas de puro viejas; otras que se vuelven brujas de puro malas, y otras que son buenas mujeres encantadas. Una de éstas, si se queda mucho tiempo sin salir a volar de noche sobre palos de escoba, empieza a quitársele lo bruja, y si entonces se la encuentra una persona de buenos sentimientos sobre todo algún príncipe joven, puede salvarla. ¡Qué sabemos si están en esa situación!

-Yo no lo creo -dijo Mariquita- porque yo las oí pelearse y se decían la una a la otra que habían sido mujeres muy malas; que una de ellas engañaba a su marido y él la mandó matar, y que la otra envenenaba a los hombres.

-y las que me cogieron a mí también se decían cosas... -agregó Nachito.

-No lo crean; a veces se hacen ilusiones cuando están encantadas. Y sea como fuere, vamos a prepararlo todo, porque se pasa el tiempo y a las brujas puede ocurrírseles venir.

El duende sacó del bolsillo una cesta muy chiquita, y le dijo:

-Pan, cesta, pan.

La cesta se hizo grande, y echó a andar sola, ante el mayor asombro de los dos niños. Al poco rato volvía llena de pan, lo descargaba en el comedor de una de las casas, y volvía a salir y regresaba con una nueva carga. Así estuvo haciéndolo mucho rato, hasta dejarnos los dos comedores de las dos casas.

Mientras tanto, el duende se sacó del bolsillo una hachachiquiti-ta como la cesta y le dijo:

-Corta, hacha, corta.

El hacha se hizo grande, echó a correr sola hacia el bosque, y pronto se oyó que cortaba árboles a toda prisa.

El duende se sacó del bolsillo una carretilla chiquitita, y le dijo:

-Leña, carretilla, leña.

La carretilla creció y echó a andar hacia el bosque. Al poco rato regresó con leña y comenzó a llenar las cocinas de las brujas.

Por fin, DonYo de Córdoba se sacó de los bolsillos muchos trastecitos, y todos comenzaron a trabajar en las puertas y ventanas de las casas poniéndoles cerraduras que no podían abrirse.

Los instrumentos mágicos a quienes el duende DonYo de Córdoba dio órdenes de que pusieran cerraduras nuevas, que no se pudieran abrir, a todas las puertas de las dos casas donde vivían las brujas, trabajaron con gran rapidez y en menos de una hora estuvo todo hecho.

Terminado el trabajo, el duende recogió sus trastecitos, los hizo volver de tamaño pequeñísimo, y se los guardó en el bolsillo. Entonces él y los niños dejaron las casas de las brujas, y se fueron andando por el bosque.

Mientras andaban, el duende les dijo:

-Si quieren ustedes, podemos esperar por aquí, cerca de las casas, a que lleguen las brujas. Nos esconderemos entre los árboles.

Los niños decidieron esperar, y las brujas regresaron pronto, como a las tres de la mañana, sobre sus palos de escoba. Estaban inquietas por Nachito y Mariquita, y en cuanto oyeron el primer canto del gallo Cantaclaro, lo pusieron como pretexto para dejar a sus amigas en el aquelarre, aunque éstas aseguraban que aquel canto no era el anuncio del día, porque el cielo estaba todavía muy oscuro. Llegaron sorprendidas de ver abiertas las casas, se metieron a toda prisa, y las cerraron con fuerza. Al poco rato se oyeron sus voces de azoramiento al ver tanto pan y tanta leña, y Anabolena quiso salir inmediatamente para avisar a las dos vecinas; cuando pretendió abrir la puerta, vio que no podía, llamó a Lucreciaborgia, y al fin se dieron cuenta de que allí habían puesto una cerradura nueva.

Igual pasó en la otra casa: Dubarrina queda salir para contarles a las otras lo que había encontrado y preguntarles si ellas no habían hallado cosa igual en su casa, cuando se dio cuenta de que no podían abrir las puertas. Ensayaron abrir las ventanas, y descubrieron que

también era imposible. Trataron de hablarse de una casa a otra con gritos, pero no podían entenderse: la gritería era espantosa.

-Así se estarán -dijo el duende- hasta que haya quien pase por aquí y se le ocurra abrir las puertas a la fuerza, cosa que tendrá que suceder. Vámonos, pues.

Nachito y Mariquita apretaron sus anillos, cerraron los ojos, y al poco rato se encontraron en México, cerca de su casa.

-¿No sería mejor esperar a mañana -dijo Nachito- para vol-ver a casa? Si llegamos ahora, despertamos a papá y a mamá, y ya no volverán a dormirse. Mejor sería dejar que durmieran y llegar mañana temprano.

-Vámonos a pasear a mis jardines -dijo el duendecito- a me-nos que quieran dormir.

-No tenemos sueño.

y el duende los llevó a unos jardines donde había muchas flores raras y hermosas, pero todas pequeñas, como si fueran jardines para muñecas. Mariquita estaba encantada. Nachito preguntaba cómo se había hecho aquello, y el duende le explicó que los seres pequeños como él, y con poder como el suyo, hacían casas y jardines y montañas y de todo, semejante a aquéllos en que vivían los hombres, pero más pequeños. Sólo que, cuando se cansaban, los deshacían, y después se hacían otros nuevos.

En aquellos jardines vieron el amanecer, y Mariquita preguntó si aquel era el sol que ella conocía. El duende le explicó que sí; que sus poderes no llegaban hasta hacer otro sol nuevo.

Entonces, ya de día, el duende los acompañó hasta su casa, y allí les pidió que le devolvieron los dos anillitos de ópalos, porque era mejor que él los guardara, y les prometió verse con ellos de cuando en cuando. Nachito y Mariquita entraron a su casa, encontraron a su papá ya vistiéndose para salir y a su mamá dirigiendo a la cocinera en la cocina. Fue tanto el gusto que recibieron los papás de volver a ver-los, que no los reprendieron; pero la mamá se hizo contar y repetir muchas veces la historia de todo lo que les había pasado, y los obli-gó a prometer que nunca volverían a irse de paseo con el duende.

## CON LAS HORMIGAS Y LA CIGARRA

La Nana Lupe dio por terminada la historia de Nachito y Mariquita cuando regresaron a México, después de haber visitado Jauja y caído en poder de las brujas; pero, como le pedíamos que nos contara otras cosas que les hubieran sucedido, se puso a escarbar en su memoria y recordó cuentos nuevos.

Nachito y Mariquita -nos dijo- se estuvieron en su casa quince días sin atreverse a ver al duende, Don Yo de Córdoba. Doña María les pidió que no volvieran a verlo, y ellos lo prometieron, aunque sabían que les bastaba irse al campo y ponerse a desear que viniera el duende para que él se apareciera entre los nopales. Pero una tarde que buscaban tunas, Mariquita se acordó del duende, y tuvo ganas de que viniera, y aunque no se puso expresamente a desearlo, él se apareció.

-Ay ---decía Mariquita- no sé cómo ha venido ...

-Pues tú querías verme -le respondió el duende.

-Síquería yo, pero no me puse a llamarlo.

-Llamarme, llamarme no... Pero como supe que querías verme, vine.

-Es que le habíamos prometido a mamá que no lo veríamos nunca más.

-Bueno, pero nada malo ha de pasarles. Yo tendré mucho cuidado de que nunca se vayan demasiado lejos y de que siempre puedan volver.

Se quedaron allí, paseando entre los nopales, buen rato, y el duende les contaba muchas cosas, que ellos no sabían de las plantas y de los animales. Nachito preguntó:

-¿Es verdad que hay animales que hablan?

-Las cotorras ...

-No, esas repiten palabras nada más, pero no conversan. Yo digo animales que hablan y discuten y explican.

-Pues en el mundo en que viven ustedes no los hay, o, mejor dicho, los hombres no entienden el lenguaje de los animales. Pero en mi jardín sí puede entenderse.

-Pero nosotros hemos estado en su jardín y no oímos hablar a los animales.

-No, porque estaban durmiendo. Pero si se hubieran fijado habrían entendido lo que cantó el gallo. Si quieren ir allá...

-¿No nos pasa nada?

-No, yo cuidaré de que no pase nada.

El duende les prestó los anillitos de virtud, y cerrando los ojos, y queriendo llegar, en seguida estuvieron en el jardín. Don Yo los llevó junto a un gran hormiguero: las hormigas, que eran grandes, no se habían contentado con abrir hoyos en la tierra, sino que habían hecho unas como chozas o jacales de dos pisos, sobre el suelo, y en ellas cabía Don Yo. Aquellas hormigas estaban acarreado muchas cosas que arrancaban de las plantas vecinas: granos, y frutitas, y hojas... Una cigarra verde se les acercó y les habló: las hormigas se hablaron entre sí, tocándose unas a otras las cabecitas, y mandaron a una de las más grandes a hablar con la cigarra. La cigarra les dijo que ya empezaba a hacer frío y que estaban secándose las plantas cuyas hojas se comía ella; como veía que ellas guardaban tantas cosas, deseaba que le dieran de comer.

Nachito y Mariquita se quedaron sorprendidos al ver que entendían todo el discurso que decía la cigarra, y les pareció que la honniga jefe le ofrecería de comer. Pero se sorprendieron más que antes al ver que la hormiga contestaba:

-De ningún modo podemos darte de comer. Lo que guardamos es para nosotros...

-Pero algo les sobraré.

-Eso no sabemos. A veces sobra, a veces falta. ¿Tú por qué no guardas?

-Porque yo no hago casa. Yo me hospedo en árboles verdes, y me ha ido bien todo el verano, mientras hizo calor. Canto, y todos se ponen contentos.

-Pues debías guardar que comer para el invierno, como nosotros. Debías trabajar. El que no trabaja no come.

-Pero yo trabajo. Hay días que trabajo mucho. Canto de tal manera que me siento muy cansada al llegar la noche.

-No creo que sea trabajo eso de cantar. Nosotros no cantamos.

-Pues sí estrabajo...

-De todos modos, no importa. Ya vas a morirte: tú no puedes resistir los inviernos como nosotros. El verano del año que viene, nacerán tus hijos, y nos vendrán con los mismos cuentos al acabarse el calor. Todos los que no saben pensar en el día de mañana acaban pidiéndonos dinero a los que nos creen ricos. Adiós: que te den de comer los que se pusieron contentos oyéndote cantar, si es que ellos tienen de qué.

La cigarra metió la cabeza en el hueco de una piedra, muy triste, y así se estuvo hasta que sintió que dos hormigas le tiraban de una de las alas.

-Ah, ya quieren hasta comerme -<tijo-. Pues no, que todavía no me he muerto. Y mi carne pudiera hacerles daño: tal vez aprenderían a cantar.

y echó a volar. Mariquita la llamó y se puso a conversar con ella La cigarra seguía muy triste.

-Creo que sí voy a morirme. Me siento muy débil.

-Pues no -<tijo Mariquita- yo te haré una casa y te pondré comida en ella.

y con ayuda del duende le arregló un nido caliente de hojas en el hueco de un árbol, y allí le amontonaron hojitas que pudiera comer. La cigarra se quedó ya contenta y cantó hasta que Nachito y Mariquita se volvieron a su casa. No cantaba ahora con tanta fuerza como antes; su voz era más pequeña, pero cantaba con más delicadeza: su canción era una canción de otoño.

## CON EL CUERVO Y EL COYOTE

Aquella tarde en que Nachito y Mariquita oyeron en el jardín del duende la conversación entre la cigarra y la hormiga, y la niña le hizo nido y le dio alimento a la pobre cantora, volvieron temprano a su casa. Convencidos de que podían seguir visitando el jardín del duende sin extraviarse ni tardar en volver, a la tarde siguiente se fueron al campo y se pusieron a desear que viniera Don Yo de Córdoba. El duende apareció en seguida, bailando sobre las espinas del nopal sin clavarse, y se los llevó a su jardín.

Mariquita se puso a coger flores, una de cada mata, porque quería que todas fueran distintas, y habíamuchísimas, como ella sólo había visto allí. Nachito se dedicaba a ver en qué eran diferentes unas de otras.

En eso estaban cuando vieron un cuervo de plumas negras muy brillantes que picoteaba un gran pedazo de queso en el suelo. Poco a poco se le fue acercando un coyote, y cuando ya iba a echársele encima lo vio el cuervo, y voló, llevándose el pedazo de queso en la boca, hasta plantarse en una rama de árbol. El coyote se quedó abajo, mirándolo, y pensó que no lo podía alcanzar.

-Vuela demasiado -<decía en voz baja- y no lo he de poder devorar. Pero si pudiera quitarle el queso, que parece del mejor de Holanda... Qué bien se ve lo anaranjado del queso, con lo rojo de la cáscara, junto a las plumas negras del cuervo. Son tan negras las plumas, que azulean.

Las últimas palabras las dijo ya en voz alta, y el cuervo comenzó a poner atención. El coyote siguió hablando alto:

-Don Cuervo es un ave muy hermosa.

El cuervo lo miraba con asombro, pero en su expresión se veía que no estaba convencido de que el coyote hablara desinteresadamente.

-Lo engañaré con la verdad -oyeron los niños que decía en voz baja el coyote-; y luego, levantando la voz:

-Yo bien sé que la gente dice que el cuervo es feo; pero hay tanta gente de mal gusto... Basta ver los Kewpies y los Bilikens que tienen en sus casas. [Cómo va uno a hacer caso de lo que dicen! Pero,



luego, cuando quieren elogiar a una mujer de pelo negro dicen que su cabellera es como el ala del cuervo: quiere decir que los poetas si se han dado cuenta...

Mariquita estaba azorada del largo discurso que echaba el coyo-te, y no comprendía que elogiara tanto al cuervo cuando poco antes se lo había querido comer.

-Lo negro muy negro es hermosísimo -seguía diciendo el co-yote. Sobre todo, cuando de negro que es se ve azul. Mi pariente el zorro, muy amigo de los cuervos que comen queso, me cuenta que en Grecia, donde él nació, había un dios de cabellos negros y le canta-ban himnos diciéndole que tenía los cabellos azules. El zorro dice que eso era porque se embriagaban para cantarle al dios; pero no es ver-dad: es que aquella gente sí sabía lo que decía, y sabía ver... El zorro es demasiado práctico: no le gustan las cosas bellas; no piensa más que en su provecho. Yo, aunque soy de la familia, soy de otro modo. Como nací en México, sé ver y sé oír.

El cuervo miraba ahora con mucho interés al coyote.

- y francamente, no sé por qué atacan al cuervo. Dicen que sa-ca los ojos, y que se los saca hasta al que lo cría. Pero yo nunca he sabido que nadie haya visto suceder eso. ¿Por qué no se defenderá el cuervo? Él, que sabe hablar con voz de hombre.

El cuervo no resistió más, y rompió a hablar:

-Calumnias, calumnias...

Al abrir la boca, el queso se le cayó y el coyote se le echó enci-ma. El cuervo, azorado, dejó de hablar; luego, al darse cuenta de lo que le había sucedido, echó a volar furioso detrás del coyote dándole picotazos en la cabeza. El coyote se detuvo para defenderse y atacar por su parte, pero le era imposible hacerle nada al cuervo. Entretan-to, el queso rodaba por el suelo y Nachito se apoderó de él:

-Basta de pelear -les dijo-. Le devuelvo su queso al cuervo, pero le quitaré un pedazo para el coyote, en castigo de haberse deja-do engañar.

- Es que todo el queso es mío -gritó el cuervo.

- El queso será de quien lo hizo, y no tuyo: tú se lo robaste a su dueño. Así es que conténtate con lo que te devuelvo.

## CON LAS RANAS

Aquella misma tarde, cuando se alejaron el cuervo y el coyote, Nachito y Mariquita siguieron paseándose por los jardines de Don Yo de Córdoba. Llegaron a un estanque, y oyeron cantar muchas ranas:

-Brekekekex, brekekekex, coac coac.

Mariquita y Nachito cogieron piedras y las tiraron al estanque. El coro de ranas siguió croando:

-Brekekekex, brekekekex, coac, coac.

Los niños estaban azorados de ver que no se callaban con las pedradas, pero poco después cuando parecían que estaban más contentas, olvidadas de las piedras, se callaron todas. Así estuvieron unos minutos, y al fin volvieron a croar:

-Brekekekex, brekekekex, coac, coac.

Volvieron a tirarles piedras, y siguieron ellas croando, pero al rato se quedaron en silencio, para volver a empezar después. Nunca parecían hacer caso de las piedras sino después de pasado buen rato.

-Son muy curiosas mis ranas -les dijo el duende- o Nunca quieren confesar de una vez que tienen miedo.

Anduvieron los niños otro poco, y vieron un pozo con brocal bajo, y de él subían grandes ramas de helechos. A la orilla del pozo había dos ranas, solas, conversando.

-Coac, qué bueno que hemos encontrado este pozo. Ya estaba yo muy cansada de tanto saltar. Buen trecho hay desde el estanque que se nos secó hasta aquí.

-Pues no estaba yo menos cansada, coac, coac -jo la otra-  
¿No será bueno meternos en el pozo?

-Coac... no. Hay que ver bien. ¿No será demasiado hondo?  
Fígete: si se seca ¿cómo salimos después?

-Tienes razón. Habrá que informarse primero.

Nachito, que ya iba tomando la costumbre de conversar con los animales, les habló:

- ¡Qué prudentes son las señoras!

-Sí que hay que ser prudentes -le contestó la rana calculadora-. En nuestra familia hemos aprendido con la historia de nuestras antepasadas y el dios Zeus.

-¿Pues cómo fue eso?

-Una vez las ranas de una gran laguna, muy al norte de Grecia, querían rey. No eran enteramente griegas, de manera que no tenían aspiraciones democráticas, como los griegos de verdad, que se gober-naban entre todos; querían rey, como los bárbaros.

-¿Sólo los bárbaros tienen reyes? -preguntó Mariquita.

-Es cuestión de opinión -dijo la rana-o Los griegos así pensaban. Ello es que aquellas ranas, a las que yo no me parezco, le pidieron rey al dios principal en que creían los griegos, a Zeus.

-¿Y por qué no a Dios, como nosotros? -volvió a preguntar Mariquita.

-Pon tú que le llamaran Zeus y que fuera el mismo.

-Pero decías que dios principal... ¿Creían que había muchos?

- Eso dicen, bueno, tú crees que hay Dios y muchos santos; pues así creían ellos que había dioses mayores y menores ... Zeus, el mayor de los dioses, les tiró un palo desde arriba. El palo, al caer, hizo mu-cho ruido, las ranas se asustaron y se encondieron debajo del agua; pero luego, viendo que todo estaba tranquilo, fueron sacando las ca-bezas, y las más valientes se fueron acercando al palo:

- señor, coac... Brekekekex, señor... El palo no contestaba; las ranas siguieron acercándosele, y acabaron por subírsele encima ... A los pocos días no hacían más que reírse de él, diciendo que no servía para nada, ni mandaba, ni se daba a respetar, y se figuraba que lo iban a tomar por sabio porque no hablaba ... Al fin armaron una revolución, y entre todas sacaron de la laguna al palo, que no hizo nada por im-pedirlo ni se defendió de ninguna manera. Ya triunfantes, se lanzaron todas a la laguna, gritando al cielo: -Brekekekex, brekekekex... Otro rey, otro rey... Las muy bárbaras se parecían a los bárbaros que piden: Otro toro... Zeus, enojado por la injusticia que cometieron con el rey pacífico, les echó ahora un culebrón, que las devoró a todas, excepto a las pocas que se salvaron huyendo por caminos polvorientos hasta que pudieron encontrar otra laguna. Si no huyen, se habría acabado entonces la especie de las ranas.

Cuando la rana prudente acabó la historia de las imprudentes que pedían rey, Nachito declaró que era muy interesante.

- ¿Y desde entonces son prudentes las ranas?

-No crea, hay de todo. Después de aquello del rey que se las comió, sucedió la historia de la que quiso parecerse al buey.

-¿Pues cómo fue eso?

-No sé bien. Unos dicen que la rana era muy vanidosa y quiso competir con el buey en tamaño, otros dicen que estaba contando el cuento muy a lo vivo; ello es que se puso a inflarse, inflarse, inflarse... y cuando ya estaba resultando enorme ¡puf! reventó ... Pero tengo mucha sed, voy a beberme las gotas de agua que hay en las hojas de este helecho que sale del brocal del pozó.

-No te vayas -dijo Mariquita- cuéntame otras historias de tu familia.

-Te puedo dar buenos informes -dijo Nachito- si nos dices más. Bebe y vente.

La rana subió a saltos al brocal, bebió y regresó a conversar.

-Pues sí, no se han acabado la imprudencia ni la vanidad entre las ranas. Hubo una que vivía en los charcos de un camino y le aconsejaron que se mudara de allí. -"¿Por qué -contestó-. Aquí he vivido siempre, y nunca me ha sucedido nada. Aquí vivió mi madre, y murió de vieja. Aquí vivió mi abuela..." -"Bueno, y tu bisabuela, y tu tatarabuela; pero hay peligro..."

- "Es que tenemos práctica, y cuando se acerca una carreta nos apartamos" .

- "Eso irá bien con las carretas, pero ahora van a pasar por aquí carros nuevos, que van muy aprisa. Se llaman automóviles. Adiós". - La consejera se apartó del camino, y en ese momento vino corriendo el primer automóvil que pasaba por aquel camino. La rana de los charcos no tuvo tiempo de apartarse, y el automóvil la aplastó.

- ¡Qué tontas son las ranas! -dijo Mariquita oyendo las historias que le contaba la rana viajera.

- No creas que sólo las ranas son tontas. ¿Pues y las gentes? Te podía contar yo cada cosa que he sabido de los hombres.

- No, yo no quiero que me cuentes cuentos de nosotros. En mi casa oigo bastantes... Quiero saber de las ranas.

- Pero es bueno que pienses que todo lo que nos sucede a nosotros puede muy bien suceder entre los hombres. Los animales no somos los únicos que tenemos defectos. Así es que todo lo que me oigas contar aplícalo, y verás que te sirve. Tu ocurrencia me hace recordar la historia de una de nosotras con una gallina.

-¿Pues cómo fue eso? -preguntó Nachito.

-Estaba una vez una rana croando sola: "Brekekekex coac", cuando oyó un gran escándalo: "Co-co-co-co-co-coríaco, co-co-co-co-co-coríaco", Como era muy curiosa, quiso saber qué sucedía y a saltos se fue buscando el lugar de donde venía el ruido. Pronto vio que era una gallina, la cual cacareaba rodeada de otras muchas, que la miraban fijamente y de cuando en cuando decían en voz baja y muy despacio: "Creo, creo". La rana quiso saber más, pero era peligroso acercarse a las gallinas saltando por el suelo, porque la podían picotear, así es que se subió a un arbolito, y desde allí, sintiéndose segura le habló a la gallina escandalosa: "Brekekekex, brekekekex, ¿qué pasa?" La gallina, encantada, se esponjó y le contestó: "Coco-co-na-co, acabo de poner un huevo". La rana se echó a reír: "Coac, coac, coac... ¿Yeso es todo?" La gallina, furiosa, quiso volar hasta el arbolito a picotearla, pero no pudo, porque tenía un ala recortada precisamente para que no volara bien; entonces se contentó con responderle

a la rana: "Pues sí es todo, pero un huevo sirve de algo... En cambio tú te pasas todo el santo día gritando ¡Brekekekex! y no haces nada de provecho. Antes de ponerle faltas a otro, fijate si tú no las tienes también".

La rana que contaba los cuentos, al acabar, dijo que tenía sed, y que además ya era tiempo de darle los buenos informes ofrecidos.

- Otra historia-pidió Mariquita- y te decimos lo que quieres saber.

- Bueoo, voy a beber primero.

- Bebe y vente.

La rana fue a saltitos, hasta el brocal del pozo, bebió en los hele-chos, y volvió a hablar.

- Es verdad que a veces somos vanidosas las ranas. Por eso una de nosotras, que era prudente, le advirtió a una de sushijas: "¿Ves esa caña que baja por el río, con aire como de cosa importante? Pues no vale nada: Es hueca y vacía". Pero ya estoy cansada de tanto hablar y de tanto andar, y todavía no sé dónde voy a vivir.

- Pues síguenos y verás: no tienes que meterte en este pozo, que es hondo; aquí cerca hay un buen estanque.

Echaron los dos niños a andar y las dos ranas a saltar, hasta llegar al estanque, donde había tantas otras. Las dos viajeras se lanzaron al agua muy contentas, y se despidieron de Nachito y Mariquita.

- Muchas gracias. Adiós. Brekekekex, brekekekex,

## CONELLEÓN

Después de su conversación con las ranas viajeras, Nachito y Mari-quita regresaron a casa cuando ya iba a ser de noche. Tenían temor de que su mamá supusiera que andaban de paseo con el duende y le contaron que se habían detenido frente a una laguna que descubrieron, tirándoles piedras a las ranas. La mamá les dijo que la ocupación le parecía muy poco interesante y el papá les aconsejó que no se entretuvieran en hacer daño a los animales; pero los niños les aseguraron que sólo tiraban piedras a la laguna por ver cuánto tiempo tardaban las ranas en callarse.

Al día siguiente, volvieron a pasear con Don Yo de Córdoba, pero le dijeron que ya estaban cansados del jardín y que preferirían un bosque, con árboles grandes.

-Pero eso sí, que en el bosque podamos también entender lo que dicen los animales.

-Muy bien, así lo haremos. Junto al jardín tengo bosques muy hermosos.

y el duende se los llevó a un bosque de pinos, y a poco de llegar vieron allí un venado grande, de piel lustrosa y manchada, con gran ramazón de cuernos. El venado estaba mirándose en un grancharco, y Nachito le preguntó.

-¿Qué haces allí?

-Me miro y me admiro.

-¿También los venados son vanidosos? -dijo Mariquita.

-No es vanidad -contestó el venado-. Es que soy realmente hermoso. Mi piel es lustrosa como la seda. Pero fíjense bien: no soy uno de esos venados amarillos, que no se ven mal, pero que resultan vulgares. Mi piel es más oscura y tiene manchas. ¿Y han observado mis cuernos? Son hermosísimos. ¿Nunca han visto los árboles en invierno cuando no tienen hojas? Pues tengo más cuernos que ramas tiene cualquier árbol. Y además ¡qué bien repartidos están! Forman una corona magnífica.

Mariquita, que a veces le daba por burlarse, le dijo: -Pero tienes las patas muy flacas.

El venado se disgustó con aquello, pero disimulando dijo:

- Sí, no son muy gruesas. Es 10 único que no me agrada por completo...

Nachito le observó:

- Pero asíflacas te sirven para correr.

El venado respondió:

- Yo preferiría...

Pero no pudo seguir, porque se acercaban unos cazadores. Echó a correr, y los cuernos se le enredaron entre las ramas de un árbol ba-jo. Nachito y Mariquita 10 miraban con interés, temiendo que no pu-diera escapar de los cazadores. Pero el venado pudo desenredar los cuernos de las ramas y volvió a correr como el viento. Los cazadores no pudieron cazarlo.

- Ya ven -les dijo el duende-los cuernos de que estaban orgulloso el venado iban a ser la causa de su muerte; en cambio, las pa-tas, que 10 avergonzaban, son las que 10 han salvado.

Pasabanpor allí doscoyotes, y uno de ellos saludó a Nachito:

- Buenas tardes. Supongo que te acordarás de mí. Yo soy el del queso del otro día.

- ¿Qué buscabas ahora por aquí?

El coyote, que era franco, le dijo:

- Creí que los cazadores matarían al venado, y quería comerme 10 que dejaran. ¡Pobres venados! Se creen la gran cosa, porque tienen grandes cuernos, hermosa piel y buenacarne, pero por eso mismo los matan. Y cuando no muerenpor los cuernos, mueren por los pies.

- ¿Cómo así?-preguntó Nachito.

- Pues que caen en trampas y quedanpresos de los pies. Así sucedió con aquél que cogimos cuando íbamos cazando con el león.

- ¿Pues cómo fue eso?

- Creí que la cosa era bien conocida. Una vez decidimos tres coyotes cazar en compañía de un león. Como el león muchas veces deja la parte que no le gusta de los animales que mata, y nosotros nos la comemos, creímos que a todos nos convendría el arreglo, porque nosotros podríamos coger, con nuestra astucia, animales que él no podía matar porsorpresa, como 10 hace. Así es que hicimos una trampa, y cayó en ella un venado. Era 10 primero que cogíamos desde que nos juntábamos para cazar. El león tenía hambre, porque hacía días que no lograba coger nada, y cuando 10 llamamos para que hiciera el reparto del venado, tomando para sí las partes mejores, que le gustan (por ejemplo, los sesos), le dieron ganas de comerse todo el animal, y dijo: "Haremos cuatro partes: ésta, la primera, será para mí; la segunda será para el más valiente, y me toca a mí, porque el más valiente soy yo; la tercera será para el más fuerte, y me toca a mí, porque el más fuerte soy yo; la cuarta será para mí también, porque me llamo león". Naturalmente allí acabó nuestra sociedad de cazadores.

-¡Qué bandido es elleón! -<lijo Mariquita, cuando terminó el cuento en que el rey de los animales, como le llaman a veces, se adjudica todas las porciones de la caza.

-¿Crees tú -<lijo el coyote que había contado el cuento- que sólo los leones hacen eso? Los hombres fuertes, sí son injustos, también...

-Pero el león tiene buena fama -<lijo el otro coyote- y muchas veces no la merece. Acuérdate de aquél que se hizo el enfermo.

-¿Pues cómo fue eso? -preguntó Nachito.

-Una vez un león estaba poniéndose viejo y apenas podía cazar. Comenzó a pasar hambres. A veces tenía que comerse las sobras que dejaban otros animales menos fuertes, lo cual, para uno de sangre real, es una gran humillación. Por supuesto, él esperaba que nadie lo viera; pero los coyotes a veces lo sorprendíamos, y no le decíamos nada para que no se enojara. Viejo y todo, era peligroso andar cerca de él cuando estaba irritado.

-¡Pobre! -<lijo Mariquita-. ¿Y nadie lo ayudaba?

-Sí, los chacales, que adulan siempre a los leones; pero no podían conseguirle gran cosa, porque sólo tienen buen olfato para las cosas podridas. Bueno, elleón se hizo el enfermo y mandó a los chacales que se lo dijeran a todo el mundo por los bosques, y les rogaran a todos que fueran a visitarlo, porque se sentía muy solo. Además, el león todavía se cree rey, y espera que se le haga homenajes.

-¿Pues ya no es rey elleón? -preguntó Nachito.

-Ya no; también entre los animales van acabándose los reyes. Como hemos visto que los hombres pueden acabar con todos nosotros, ya no le tenemos respeto especial a ninguno. Pero no faltan animales que crean todavía en eso de los reyes y la nobleza y las cortes, y muchos fueron a visitar alleón, a veces nada más que por darse to-no y contar que tenían amistad con el gran personaje. Yo me encontré a un venado que iba rumbo a la cueva y le dije: "¿Qué es eso? En otro tiempo decías que elleón era muy tirano; que los que sabíamos matar debíamos hacer una revolución en contra suya; pero ahora vas a visitarlo". -"No, enemigo suyo nunca he sido; ya ves que siempre me respetó, aunque hubiera podido matarme, como a muchos parientes míos; en realidad, nos llevábamos bien ... Es de buenos sentimientos,

y, de todos modos, personaje muy distinguido, de la mejor familia del reino animal. Yo no creo en esas cosas de cortes, pero siempre..." - "Bueno, el tigre... Realmente, es demasiado feroz; pero ¡qué animal tan elegante! ¡Qué piel! ¡Qué movimientos! Feroz y todo, no pierde la distinción". -"No, claro, mata muy bien. Un zarpazo, Y ¡zas! queda partida en dos la víctima. ¿Nunca has visto los de Bengala? Tienen dos metros de largo..." -"¡Qué mal gusto! -interrumpió el venado, tembloroso-. No hables así de cosas tan tremendas". -"¿Es de mal gusto? Pues y la pantera..." -"Se ve que le tienes mala voluntad a la familia. Adiós". -"Adiós -le contesté-, deme noticias de Su Felina



Majestadal regreso". Y allá se fue, muy orondo, con los cuernos muy en alto y esponjando la piel para que la admiraran; yo creo que por la piel se figuraba que valía tanto como la familia real. ¡El pobre! Así le fue...

-¿Pues qué le pasó? -jo Mariquita.

-Ya verás. Yo veía a muchos animales ir a la cueva del león, pero nunca me acerqué. Los chacales vinieron a verme: "¿Qué es eso? Su Majestad está muy sorprendido de ver que no vas a visitarlo, ni tú ni nadie de tu familia". -"Muchas ocupaciones, amigo mío; cuesta trabajojanarse la vida. Apenas hay qué comer; hay muchos muertos, con la sequía. Ya ves que el león, con ser quien es, apenas tiene qué llevarse a la boca". El chacal frunció el entrecejo: "¿Que no tiene qué comer el león? No sé quién andará contando eso. Quiere desacreditar a la familia real. Política, intrigas... Pues ahora que está enfermo, le llevan andando solos los platos ¿verdad?" -"No sé qué quieres decir. No se puede tratar con esta gente, que ha perdido el respeto a la autoridad". Y se fue el chacal, agitando la cola con furia.

- ¿Y qué era eso de los platos que andaban solos? -preguntó Nachito.

-Hijo mío, los animales que entraban allí no volvían a salir. Cuando murió aquel león, porque su vejez ya no tenía remedio, fui a visitar la cueva. Lo primero que me encontré fue la piel de aquel ve-nado presuntuoso que quiso presumir de amigo del león.

-Yo he oído -jo Nachito-i-, que él es una fiera generosa.

-Pues a veces sí -jo el coyote del queso-. Cuando tiene toda su fuerza hace cosas buenas. Así aquella vez del leopardo y el perro.

-¿Pues cómo fue eso?

-Una vez acababa un león de matar un toro. Estuvo esperándolo subido sobre una roca, hasta que el toro pasó cerca. Entonces saltó sobre él, montándosele en la espalda, y con dos zarpazos le abrió la cabeza. Un leopardo de muchas pretensiones había estado acechando también al toro, desde un árbol y cuando vio que el león lo había matado se acercó a reclamar una parte. -"Yo te doy con gusto una parte para que comas, pero ¿por qué reclamas como si tuvieras derecho a ella?"

- "Porque tengo derecho -(;ontestó el leopardo-i-; yo he estado acechando al toro".

- "Pero eso no te da ningún derecho; tienes demasiadas pretensiones, y cualquier día reventarás de vanidades; pero te aseguro que no reventarás de comerte a este toro, porque no te tocará ni la pazuña".

- "Es que..."

- "Nada, acércate si te atreves".

El leopardo vio que el león estaba irritado y se azotaba a sí mismo con la cola; tuvo miedo, y se fue refunfuñando, gruñendo entre dientes; que si él era un tirano insoportable, que si abusaba de su fuerza...

-Pues la verdad es que sí abusaba -interrumpió Nachito.

-Eso depende de cómo miremos las cosas. Si quieres decir que el león se le impuso al leopardo porque sabía que su fuerza era superior, es verdad. De todos modos, en seguida demostró generosidad. Andaba por allí un perro salvaje, con mucha hambre y miraba el toro muerto sin atreverse a acercarse. El león lo vio, y, calmado el enojo que tenía contra el leopardo, le invitó a acercarse y a comerse un pedazo del toro. Pero el perro no se atrevía.

- "¿Tienes miedo?" -preguntó el león.

- "Pues la verdad... la verdad es que sí".

- "Pero no debes tener miedo; acércate".

- "...Gracias, pero ..." Y el perro seguía sin acercarse. Entonces el león partió en dos pedazos al toro, se llevó uno y le dejó el otro al perro salvaje diciéndole:

- "Te dejo ese buen pedazo, y me voy de aquí para que puedas comértelo, en paz y sin temor".

Acababa el coyote de contar el cuento cuando apareció un león. Mariquita ya estaba asustándose y Nachito lo miraba con asombro, cuando el duende les dijo:

- No tengan miedo. El león no se acercaría sin mi permiso y no se atrevería ahacerles daño. Además, ha comido bien.

- No vengo -dijo el león- sino a conversar. Oí que hablaban de mí y quise venir. Los leones, yo creo, sabemos ser tolerantes con los débiles. Y a veces nos recompensan muy bien. Así me pasó con el ratón del campo.

-¿Pues que sucedió?

-Una vez estaba yo durmiendo debajo de un árbol, y un ratón hacía ruido corriendo entre las hojas secas y me quitó el sueño. Desperté rugiendo, y el ratón no me hizo caso, seguía removiendo las hojas secas y se escondía entre ellas, jugando conmigo, aunque me veía disgustado. Al fin lo atrapé, y ya lo iba a aplastar de un manotazo cuando me rogó que le perdonara la vida. Así lo hice. Poco después, caí en una trampa de cuerdas, y aquel ratón, oyéndome rugir, acudió a verme, y al darse cuenta de lo que me pasaba royó las cuerdas y me libertó.

- Yo he oído contar -dijo Nachito- que una vez un hombre le sacó una espina de una pata a un león, y que el león no quiso comerlo cuando se lo echaron en el circo para que lo devorara.

- Es posible -dijo el león que visitaba el bosque del duende- aunque la historia no me la habían contado. Lo que sé es que ahora en los circos no nos echan ni conejos que devorar, cuando menos hombres.

- Eso -terció el duende don Yo- sucedió en el circo romano, hace mucho tiempo: entonces sí se echaban hombres a las fieras. Ahora dicen los hombres que eso estaría muy mal.

- ¡Quién sabe! -dijo el león-. Yo creo que si se hiciera iría mucha gente a verlo. Dicen que en Yanquilandia la gente va a ver quemar hombres como si el espectáculo fuera muy divertido.

- Los yanquilandeses dicen que eso no es malo -agregó uno de los coyotes- porque los hombres a quienes queman son negros y no les parecen iguales a ellos. Pero yo los he visto quemar blancos. La costumbre de quemar...

- Francamente -dijo el león- no sé por qué los hombres acusan tanto a las fieras. Los leones no nos matamos unos a otros, ni los lobos; pero el hombre es lobo para el hombre ¡Y vanidosos! Hasta presumen de fuertes. El otro día tuve aquí mismo una discusión con un hombre, a quien Don Yo de Córdoba invitó a cazar (cosa que no debía hacer, porque introduce el desorden en el bosque) ...

- Si los leones tienen derecho a cazar en este bosque -dijo el duende- ¿por qué he de prohibírsele a los hombres, cuando son mis amigos?, además que sólo los deajo cazar animales que abunden, como los venados.

- Bueno ---continuó el león- el hombre aquel no pretendía atacarme a mí, sino al contrario, conversar, y me aseguraba que yo no era rey de animales ni cosa que lo valiera, porque los hombres eran más fuertes que los leones. Yo le dije que era absurdo decir eso; se comprende que el hombre se declare más inteligente que el león, porque hace más cosas que el león que requieren su inteligencia; construye ciudades, barcos, carros ... La verdad es que esas cosas puede hacerlas porque anda en dos pies y tiene manos. Los que sólo tenemos patas no podemos hacer muchas cosas aunque nuestra inteligencia nos diga cómo pudieran hacerse ... ¡Pero pretender el hombre llamarse más fuerte que el león! De todos modos, aquel hombre quiso demostrarme la superioridad del hombre, y me llevó a la salida del bosque donde hay una estatua de Hércules venciendo al león de Nemea.

- "¿No ves?" -me dijo-. "Ahí tienes la prueba, ahí tienes al hombre venciendo al león". -Eso es pintar como querer. Otra cosa sería si la estatua la hubiera hecho un león.

- ¿y es verdad -preguntó Nachito- que hubo un león que se enamoró de una muchacha?

- Eso dicen, pero yo no lo vi. Dicen que se enamoró de la hija de un hombre del campo, y quería casarse con ella; pero el padre tenía miedo de que la devorara, así es que le dijo que, por ser hija delicada y débil, era necesario que el león se sacara los dientes y se cortara las uñas. El pobre enamorado aceptó, y cuando se presentó sin uñas y sin garras, el campesino agarró una tranca y le partió la cabeza.

A Nachito le divertía mucho conversar con el león, sabiendo que la fiera no le haría nada, y hasta Mariquita encontraba aquello muy interesante. Como era maliciosa, le dijo:

- Pero si los leones son tan justos ¿por qué cuentan aquello de "porque me llamo león"?

- Raum -rugió el león, como si fuera a disgustarse- yo no sé si es verdad, pero no crean que siempre nos asociamos con otros ani-males que saben portarse bien. Mal me fue con aquel lobo, pariente de estos señores coyotes.

-¿Pues qué pasó? -preguntó Nachito.

-Viajaba yo por los Estados Unidos, y como no conocía bien el terreno me asocié con un lobo. Una vez, ya cayendo la tarde, oímos el "be-eh-eh" de las ovejas. El lobo, conociendo que era caza menor, di-jo: "Ésta es la mía; nada más fácil que matar dos o tres ovejas, y me luzco con este personaje extranjero. A él le dejaremos matartoros, bú-falos y demás". Declaró que iba en seguida a buscar la comida del día; que era cosa de pocos minutos; que yo no tenía quemolestarme... Se fue, y al rato volvió diciéndome que estaban muy flacas y no valía la penacomérselas. "Bueno ---dije yo---peroflacas y todolo mejores comérselas. Hasta ahora no hemos cazado nada en el día". -"Es que de veras, señor, de veras no valen la pena -insistía el lobo---, como son purohueso van a hacerle daño a los dientes". -"Me como yo los hue-sos si es preciso. Voy a ver esos animalitos". Me fui en dirección de donde se oían losbalidos, y descubro que las ovejas no estaban solas, sino que las iban llevando a recoger en los rediles sus pastores acom-pañados de buenos perros. El lobo se habíaasustado, y no quería con-fesar la verdad. Estaba como su pariente el zorrocon lo de las uvas.

-¡Sefior! -exclamaron los coyotes-o Hoy toca hablar mal de toda nuestra familia.

-¿Pues cómo fue eso de las uvas? -preguntó Nachito.

- Ya te lo contaré después; pero creí que lo sabrías, porque has-ta los cachorritos conocenel cuento. Bueno: vi por qué se había asustado el lobo, y le di la razón, aunque me disgustó su mentira. Era cosa de arreglárselas para atrapar dos o tres de aquellas ovejas, que no tenían nada de flacas. Me escondí detrás de unas rocas y comencé a rugir: no era cosa de salirle al frente a aquellos pastores, que iban ves-tidos como los cowboys de cinematógrafo y llevaban pistolotas y ri-fles. Cuando oyeronrugidos, apretaron el paso; los perros se pusieron a ladrar, y corrían de un lado para otro juntando las ovejas. Yo seguí rugiendo y ellos iban cada vez más aprisa. Al fin echaron a correr, y yo detrás, escondiéndome siempre y rugiendo. Con la prisa dejaron atrás dos ovejas, y yo les eché mano; estaban muy sabrosas. Todavía le di de comer al lobo, porque, al fin y al cabo, en tierra extraña, pen-sé que me convenía su ayuda. Pero me disgusta la mentira de los lo-bos y todavía más la de los zorros.

-¿Pues qué hizo aquél de las uvas?-insistió Nachito.

- Pues igual cosa que el de las ovejas. Vio unas uvas que colgaban en racimos sobre una tapia, y estaban diciendo: "Cómeme" digo,

a los que comen uvas, porque yo no las pruebo. El zorro creyó que se-ría fácil alcanzarlas, y se puso a saltar, pero fue inútil, estaban dema-siado altas. Después de ensayar muchas veces, se convenció de que no las alcanzaría, y se quedó contemplándolas buenrato. En eso pa-só por allí un cuervo, y como los cuervos les tienen malavoluntad a los zorros desde el asunto del queso, le preguntó con burla: -"¿Qué tal? ¿Tenemos ganas de uvas?" -"¡Oh no! - contestó el zorro- no están maduras". -"Pues para mí, como no están demasiado altas, si están maduras".

Nachito y Mariquita estaban divertidísimos con la plática delleón (¡nunca se habían imaginado poder conversar con el rey de los ani-males!) y se les iba pasando el tiempo, cuando el duende DonYo de Córdoba les advirtió que debían regresar a su casa, porque se les iba a hacer tarde. Se fueron, pues, y llegaron al anochecer con gran dis-gusto de la mamá, quedecía:

-Yo creo que estos niños ven al tal duende. Mañana voy a bus-carlos a la escuela.

-No, mamá -dijo Nachito-, no hay necesidad. Nosotros ven-dremos temprano.

## CON EL CAMELLO

Al otro día Nachito y Mariquita le dijeron al duende que no irían con él, ni tampoco en los días siguientes. Regresaron temprano a su casa aquella tarde, y después cada día regresaban con un poquito más de re-traso, pero sin irse con el duende. Entre tanto, Nachito le pedía a su pa-pá que le comprara libros donde hablaran de animales. El papá le trajo de México uno con muchas ilustraciones, que representaban animales de todas clases. Nachito leyó mucho sobre cómo eran esos animales, y cómo vivían, y mil cosas muy curiosas; Mariquita, más perezosa para leer, se contentaba con saber lo que su hermano le refiriera de sus lecturas. Al fin, entusiasmado con todo lo que había aprendido, decidió que volvieran a visitarlos los bosques del duende, y una tarde lo llamaron y se fueron con él.

Nachito dijo que quería conocer los camellos, y el DonYo hizo venir uno. Mariquita se lo encontraba gracioso con sus jorobas, y aunque no le dijo nada comprendió el camello por qué ponía ella la cara risueña al mirarlo.

-Yo sé -murmuró al fin el camello-. que mi figura les parece ridícula a muchos.

-Pero eres muy útil -le dijo Nachito-. En los desiertos sirves de mucho.

-Claro está, porque sé pasarme semanas enteras sin comer y hasta sin beber. Pero nadie se burlaría de mí si mis antepasados hubieran tenido buen juicio.

-¿Pues qué sucedió?

-Uno de mis antepasados se quejaba con Zeus, el dios griego, cuando repartió sus dones a los animales, de que le habían dado poco. -"¿Crees que te he dado poco?" -le dijo Zeus-. "Te he dado resistencia como a muy pocos animales. Muy pocos tienen la vida asegurada como tú". -"Pero no tengo con qué atacara mis enemigos". -"No te hace falta". -Pues yo creo que sí: el león y el tigre tienen garras, el jabalí tiene colmillos, el toro cuernos..." -"Pero repito que no te hace falta nada de eso". El animal siguió insistiendo, y Zeus disgustado le

dio un golpe en la espalda, y le salió allí una joroba. Inmediatamente a todos los camellos que ya existían les salió allí una joroba en la es-palda. Uno de ellos, al verlo, corrió a hablarle a Zeus y a quejarse, pe-ro como iba de mal humor le faltó al respeto y entonces Zeus le hizo salir una segunda joroba. Por eso hay ahora dromedarios con una jo-roba y camellos con dos.

- Pero ahora los camellos tienen mucha paciencia ¿verdad? - preguntó Nachito.

- Sí, desde entonces aprendimos, porque todavía otro volvió a quejarse y entonces Zeus le recortó las orejas y a todos se nos queda-ron cortas. Comprendemos que lo mejor es acostumbrarnos a la suerte que nos toca y tratar de mejorarla con nuestro trabajadorero no con que-jas. Muchos no saben las ventajas de su propia situación hasta que una experiencia se la demuestra. Y si no, aquí está el burro que lo diga.

Un borriquito blanco se acercaba, y terció en la conversación:

- Yo a veces me quejo de que se burlen de mí y me tomen como ejemplo de estupidez, pero me acuerdo de lo que me contó mi padre.

- ¿Pues cómo fue eso?

- Iban mi padre, con otros burros, llevando a cuestras a unos in-dios cuando vieron pasar una caballería muy briosa con militares bien vestidos como jinetes. Los burros se pusieron a quejarse de que a ellos nunca les tocaba llevar tan buenos arreos ni darse tanta importancia como aquellos caballos. En eso se encontraron los militares con enemigos y se pusieron a pelear. Al poco rato, muchos de aquellos caba-llos habían sido heridos o muertos. Entonces mi padre les dijo: "No creo que tengamos nada que envidiar a la suerte de los caballos".

- ¿Estarán todos los animales descontentos de su suerte? - preguntó Nachito al camello.

- No sé; es probable que sí.

- Pues hay unos que parecen satisfechos, como los venados - observó Mariquita-. ¿No te diste cuenta?

- y es verdad -dijo el borriquito-. Aquí viene el pavo real, que es de los más vanidosos.

Y dirigiéndose al ave:

- ¿Tú eres feliz, verdad? Digo, mirando cómo te esponjas para que te vean tus maravillosas plumas.

- Es verdad que mis plumas me gustan mucho y hago que todos las vean. Pero procuro que todos olviden mi voz. Uno de mis antepasa-dos era favorito de la diosa Hera, la esposa de Zeus; oyó cantar al rui-señor, y tuvo envidia; le pidió a la diosa que le concediera una voz co-mo aquélla: "El rui-señor es un pajarillo insignificante y feo: ¿por qué se le ha concedido tan buena voz?" La diosa, enojada por su envidia y su codicia, le contestó: "Las cosas buenas están repartidas igualmente en-tre todos los animales. Si el rui-señor tiene voz, tú tienes plumaje, y eres de buen tamaño. En tu plumaje llevas el resplandor del arco iris, ¿qué

más quieres?" Y desde entonces los pavos reales no podemos aspirar a tener buena voz. Pero ya ves, hay quienes nos envidian.

- ¿Quién? -preguntó Mariquita.

-Pues el grajo.

- ¡Ah! ---exclamó Nachito--. Yo he visto ese pájaro en mi libro.

Es muy feo.

-Pues el grajo a veces se roba nuestras plumas y se las pone. Durante buen rato se pavonea con ellas, y los otros animales creen que es uno de nosotros, pero al fin se le acercan y ven que tiene otra cabeza, y que todo él es distinto, y empiezan a quitarle las plumas a picotazos, hasta que lo dejan como es, en medio de grandes risotadas.

- y luego-terció el duende- como dicen: "Cuando falta el pavo real hace la rueda el pavo". O como le llamaban los aztecas, el guajolote.

-Ahítienen ustedes al animal vanidoso -dijo el pavo real-o Ese tiene poca cosa de qué estar orgulloso, y sin embargo, se espon-ja y abre sus plumas como si fueran iguales a las mías.

-Pero es muy bueno para comer -dijo Mariquita-. En mole ¡fff! es para chuparse los dedos.

-Eso será bueno para los hombres --contestó el pavoreal- pero al guajolote no debiera ponerlo orgulloso.

En el bosque cantaban muchas aves, y se oyó la voz del cuclillo que decía:

-Cucú, cucú.

-Oigan a ese pájaro -dijo el pavo real-o No dice más que su nombre: es el cucú.

- ¿y por qué no dice otra cosa? -preguntó Mariquita-. ¿No sabe decir nada más?

- Sí sabe, y cuando se le habla responde; pero a la hora de cantar no canta más que su propio nombre, como si se anunciara.

Mariquitay Nachito se echaron a reír:

-Entonces es como esos anuncios que repiten y repiten el nombre del sombrero o del jabón que quieren que compre la gente ¿verdad? ¿Y por qué hace eso el cucú?

-Ya verán. Una vez vino de la ciudad una golondrina, cansada del ruido: contaba que en la casa donde vivía, porque había hecho su nido en el techo, pusieron una fábrica, y que quiso cambiar de casa y no encontró ninguna donde no hubiera fábrica o donde no hubiera una cerca, de manera que el ruido era insoportable. Entonces se vino al bosque, y puso su nido en un agujero que hizo en la piedra floja de una colina cuya pendiente era recia como una pared. El cucú se puso a conversar con ella mientras agujereaba la piedra, y le preguntaba:

- "Tú que conoces bien a los hombres, porque vives en sus casas, díme: ¿qué dicen de nuestro canto? ¿Qué piensan del ruiseñor?" -"Dícen primores. Todo el mundo cree que nadie cantacomóél. ¡Pobre! Por



eso lo meten en jaulas". "¿Y de la alondra?" -"También la elogian mucho, pero prefieren oír la cantar en el campo, cuando sale el sol y ella echa a volar hacia arriba, siempre hacia arriba, subiendo y can-tando" - "¿Y el mirlo?" -"Pues no tanto; reconocen que sabe can-tar, pero dicen que es burlón". -"Y... bueno ¿de mí qué dicen?" -"De ti, no sé. Nunca los he oído hablar de ti". El cuclillo se puso furioso y dijo: -"Si no se acuerdan de mí, yo los obligaré a acordar-se. Desde ahora me oirán hablar siempre de mí: cucú, cucú, cucú".

-Pues no es sólo el grajo el que se roba mis plumas -dijo el pa-vo real-o Quiero decir que muchos animales se apoderan de cosas ajenas para engañar. Asíste señor borriquito.

-¡YO! -exclamó el burro- ¿Qué cosa ajena me he cogido yo? Satisfecho, vivo, sobre todo desde que me escapé del poder de los hombres y ando libre en los montes.

-4Pues quién fue el que se puso la piel de león?

-Ese era pariente mío, pero hace mucho que sucedió el caso.

-¿Pues cómo fue eso? -preguntó Nachito.

-Una vez un burro se encontró una piel de león, y se la puso encima, y se dedicó a corretear los campos. Todos los animales se asustaban de él, y él estaba encantado de inspirar tanto miedo, cuando antes nadie se lo tenía. Un coyote, astuto como siempre, tuvo sospechas al ver que el falso león no rugía ni devoraba a nadie, y lo siguió a escondidas, hasta que lo oyó rebuznar en el fondo del bosque, pero bajo, para que no lo oyeran, y le vio las grandes orejas, que los demás animales, por huir de él, no le habían notado. El coyote le hubiera arrancado la piel pero temió a las patadas, y prefirió irse a avisar al dueño del burro. El dueño, que lo creía muerto y suponía se lo hubiera comido el león de cuya presencia en aquellos campos todos hablaban, tomó un palo y fue a buscarlo; lo apaleó, lo hizo volver a casa, naturalmente se cogió la piel del león, para ponerla en su sala, con-tando que era de una fiera que él había matado en una cacería.

-Menos mal que cuentas las debilidades del hombre -dijo el burro-. Pero te olvidas de tu pariente la avutarda.

-No es porque la tenga a menos -replicó el pavo real-o Cada animal es como Zeus lo hizo, decíamos en tiempos de los griegos. Pe-ro no es pariente mía.

-Como apenas puede volar...

-Gracias por la amabilidad. Parientes de poco vuelo tengo bastantes, como mi bien ponderado primo el pavo.

-¿Pues qué ha hecho la avutarda? -preguntó Mariquita-. Yo no la conozco.

-Yo sí la he visto en mi libro. Es gorda y bajita -dijo Nachi-to-o ¿Qué hace?

-Como quien no dice nada -explicó el burro-, se roba los huevos de los otros pájaros, porque no le gusta que sus hijos sean tor-

pes para volar y de feo plumaje. Así se hace la ilusión de que van a tomarla por ave distinguida, con hijos hermosos. Cuando nacen los polluelos de los huevos ajenos, ella va por todas partes contando que tiene hijos hermosísimos, que volarán tanto como el águila, que cantarán como el ruiseñor ... Todos esperan aquella sorpresa, y cuando los pajaritos salen por primera vez a ensayar vuelos, detrás de ella, que poco les puede enseñar, vienen a verla los otros pájaros, y el ruiseñor dice: "¡Anda! Ahí va uno mío; ése nació del huevo que me robaron y no sabía yo quién; ven para acá, hijo". El ruiseñor joven, al oír la voz que entiende mejor, deja a la avutarda. Y así van reclamando, uno la alondra y otro el canario, y otro la golondrina, y acabala avutarda por quedarse con los dos o tres polluelos que nacieron de huevos suyos y no robados. Entonces pretende que esos vuelen y canten: pero todo lo hacen como ella, y al fin se esconden para que no se burlen de sus pretensiones fracasadas.

## CON EL PERRO

Nachito y Mariquita se despidieron de aquellos animales, y con el duende Don Yo de Córdoba siguieron andando por el bosque hasta llegar a la orilla de un arroyo ancho y tranquilo. Allí vieron un perro que llevaba un pedazo de carne en la boca y miraba atentamente el agua. De pronto, el perro soltó la carne que tenía en la boca y se echó al agua. Los niños se quedaron sorprendidos, no comprendiendo aquello, y cuando el perro salió nuevamente del arroyo le pregunta-ron qué era lo que había hecho.

- Vi debajo de mí otro perro que llevaba otro pedazo de carne en la boca y quise quitársela. Pero cuando me eché sobre él desapareció, y, lo que es peor, yo solté el pedazo de carne que era mío y ahora se me ha perdido: se me cayó dentro del agua, que yo no había visto has-ta que me sentí dentro del arroyo.

Los niños no comprendían bien aquello, pero el duende les explicó:

- Este perro no se dio cuenta de que estaba frente al arroyo, y vio en él su figura, creyó que era la de otro perro con otro pedazo de carne en la boca. Ya ven: por pretender robar al perro imaginario perdió lo suyo.

- Es que yo tenía mucha hambre -dijo el perro- y quise comerme también el otro pedazo.

- Eres demasiado envidioso -le dijo el duende- Si ya tenías lo tuyo, no debías de envidiar lo ajeno, que ni siquiera era mejor que lo tuyo. Bien castigado estás.

- El castigo no me quita el hambre -replicó el perro.

- No; el hambre es el castigo -contestó el duende- Y luego qué tontería: no conocer tu figura.

- ¡Qué quieres! Los perros pobres no vivimos en casas con espejos y no se nos ocurre mirarnos en el agua, así es que ni sabemos qué figura tenemos.

- ¡Pobre! -dijo Mariquita-. ¿No le pudiéramos encontrar su pedazo de carne dentro del arroyo? No es hondo ...

Se acercaron al arroyo y vieron la carne en el fondo; el perro se echó al agua y la sacó.

-Agradece a esta niña el no haberte quedado con hambre---dijo DonYo- y para otra vez quítate la envidia y acuérdate que más vale pajarero en mano que ciento volando.

El perro, que era tonto, respondió:

-Como yo no he de coger pájaros...

-Quiero decir que no abandones lo que ya tienes por coger lo que no tienes. Y vete, que tu compañía nos sirve de poco.

-¿Cómo es eso de más vale pájaro en mano? -preguntó Nachito. -Se cuenta de muchas maneras. Unos dicen que un gavilán había cogido un ruiseñor y lo iba a matar para comérselo. El ruiseñor suplicaba y le decía que, por ser él tan pequeño, lo alimentaría poco, y que mejor esperara a coger pájaros más grandes, como los que pasaban, volando en aquel momento. Le hablaba además de su canto, que le agradaría. El gavilán contestó que él no entendía de música y que como los pájaros que pasaban volando no los había cogido, y qui-zás no iba a poder cogerlos, no lo alimentaban, así es que no atendió a los ruegos del ruiseñor y lo devoró diciendo: Más vale un pájaro en la mano que ciento volando.

-¡Qué malo! -exclamó Mariquita.

-Otros dicen que fue una lechuza-pero yo no sé si las lechuzas se comen a los ruiseñores. Otros dicen que fue un cazador. De todos modos, hace ya tanto tiempo de eso, que no se sabe bien lo que pasó.

Al poco rato vieron venir por la orilla del arroyo un corderito corriendo a toda prisa. Al ver a Nachito y Mariquita, corrió hacia ellos, y al preguntarle qué le sucedía les prometió decírselo después de algún rato, porque ahora le era imposible: venía sin aliento.

## CON EL CORDERITO

Cuando el corderito se tranquilizó, Nachito y Mariquita le preguntaron qué le sucedía. Él les contó que venía huyendo de un lobo. A Nachito le interesó mucho, porque nunca había visto lobos, aunque a cada rato oía hablar de ellos, y en su libro los tenía pintados.

-Yo estaba bebiendo en el arroyo, cuando vi que se acercaba el lobo, y comencé a alejarme, pero él me vio y me dijo: "¿Por qué me ensucias el agua que voy a beber? Mereces que te devore". Yo le contesté: "Mal puedo ensuciar el agua que bebas, porque el arroyo corre de allá para acá, y no de acá para allá". El lobo siguió mirándome con ojos de fuego y dijo: "Pues tú eras el que hablabas mal de mí el año pasado". Yo me defendí: "No pude ser yo, porque el año pasado yo no había nacido". -"Pues entonces fue tu hermano mayor, que se parece mucho a ti". -"Yo no tengo hermanos -contesté-, mi madre es muy joven y yo soy su único hijo". -"Pues entonces fue uno de tus parientes. No pretendas excusarte. Te he de devorar". Y echó a correr hacia mí, pero yo salí huyendo y he tenido la suerte de llegar hasta aquí. Bien dicen que los tiranos se sirven de cualquier pretexto para hacer el mal.

En eso vieron que el lobo se acercaba, por las orillas del arroyo, andando y bebiendo. Dentro del agua venía, y detrás de él, un cocodrilo. El cocodrilo le hablaba al lobo:

- ¿Por qué bebes andando? Hace daño beber así.

El lobo contestó:

- Sí que hará daño, pero más daño me haría beber tranquilo, para que tú llegaras y me tragaras.

- Ya ves -le gritó el duende- tú sabes también lo que es huir de quien nos quiere devorar.

El lobo volvió la cara y vio al corderito con los niños y el duende, y dijo:

- Es que este cordero es muy falso...

-Nada, nada -replicó el duende- a éste no le harás nada.

- ¡Ay, qué bueno! -gritó Mariquita-. Yo me lo quiero llevar a casa.

-¿Y si tu mamá sospecha de dónde ha salido?

-Yo le digo que me lo he encontrado en el campo y que no tie-ne amo.

-Pero tu papá, que es muy honrado, dirá que se lo debe devolver al amo, porque alguno debería tener.

-Bueno -dijo Nachito-le avisamos a todo el mundo que nos hallamos al cordero y que se lo devolveremos a su dueño cuando lo reclame.

-Ah -dijo Don Yo- mucha gente se presentará a reclamarlo. -Eso no - contestó Nachito- porque preguntaré señas especia-les que tenga el cordero, y como no han de poder decírmelas no se lo entregaremos.

-Veo que eres muy inteligente; vámonos, pues, con el animalito, y volveremos por aquí mañana.

## CON EL GALLO Y LAS GALLINAS

Al día siguiente, volvieron Nachito y Mariquita al bosque de Don Yo de Córdoba donde se entendía la charla de los animales, y se encontraron a un gallo que se paseaba rodeado de muchas gallinas. Todos buscaban cosas por el suelo y escarbaban la tierra. Cada vez que encontraban algo de comer, que era a cada momento, murmuraban las gallinas: "Cro, ero, ero". Pero cuando el gallo encontraba algo lo anunciaba con voz sonora y todas las gallinas corrían a ver y a celebrarlo. Hubo un momento en que el gallo encontró en el suelo un gra-no rojo, y ereyendo que sería un fruto llamó a todas las gallinas a que celebraran su hallazgo.

-¡Co-co-ri-co!

Todas llegaron aleteando y cacareando, y entonces el gallo muy serio, picoteó el grano rojo esperando partirlo. El grano no se partió, y el gallo siguió picoteando inútilmente, ante el gran asombro de las gallinas.

Al fin el duende le dijo:

-¿No ves que eso no se come? Es un rubí.

El gallo, con aire de desprecio, dijo:

-¿Pues si no se come, para qué sirve?

-Para adorno. A los hombres les gusta mucho.

-Pues allá ellos. A míno me sirve de nada. Como los hombres no tienen nada hermoso en el cuerpo, se adornan con nuestras plumas y nuestras pieles y hasta con piedras. Pero ¿para qué necesito yo pie-dras rojas, si mi cresta es más roja?

-Pero no echa reflejos de luz como esta piedra -dijo Mariqui-ta-. Yo la quiero. ¿Puedo llevármela?

-No, eso no -dijo el duende-, tus papás se asombrarían y to-davía no es tiempo de que te gusten las piedras preciosas. Pero ya ves cómo varía el aprecio que se hace de las cosas según las personas y según los animales. Por eso se habla de echarles perlas a los cerdos como el mayor disparate.

En aquel momento vieron llegar un coyote, y el gallo y las gallinas que por vivir en el bosque tenían fuerza para volar, se subieron a

un arbolito. El coyote se acercó, vio a una de las gallinas en el árbol y se puso a conversar con ella:

-¿Cómo está la señ.ora? Me dijeron que no gozaba de buena salud.

-No me siento muy bien.

-¿Por qué no baja para que vea si tiene fiebre? Ya sabe que tengo algo de médico.

-Aquí estoy bien.

-No lo crea. Subida en el árbol tiene que hacer esfuerzos para sostenerse con las patas. En cambio aquí en el suelo puede estar echada.

-Gracias por el interés, pero no tengo ganas de moverme. Creo que si bajo de aquí me muero.

El coyote entendió la burla, y se puso a darle vueltas al árbol, por si la gallina se bajaba. En eso distinguió al gallo, trepado también allí, por otro lado.

-Hola, Don Cantaclaro de Francia ...

-Gracias por el nombre, que es el del personaje más ilustre de la familia.

-Pero ¡cómo te le pareces!

-Demasiado honor... Creo que exageras ... -contestaba el gallo burlándose.

-Pero yo debo de haberte conocido en alguna parte. ¿Cómo te llamas?

-Me llamo Pico de Orízaba. Y no creo que nos hayamos visto antes; ya ves, todavía vivo.

-¡Guasón! ¿Por qué no bajas a dar un paseo? Hay muy buenas cosas en este bosque.

-Ya voy -fingió el gallo-. Y desde aquí arriba veo venir a unos hermosos perros de caza, que nos harán compañía.

El coyote, por miedo a los perros, dijo:

-Ahora que me acuerdo... No voy a poder ir al paseo. Mi mujer me dijo que volviera pronto, y como somos recién casados ...

- ¡Pero coyote! Por unos perros...

-No es por los perros, te aseguro. Adiós, que tengo prisa.



## CON EL ZORRO AZUL

Cuando el duende vio que el gallo había hecho huir al coyote con aquella mentira, dijo:

-Este gallo no es como aquel de que hablaba el viejo Don Juan Manuel.

-¿Pues cómo fue eso? -preguntó Nachito.

-Un gallo era perseguido una vez, como éste por el coyote, por un zorro. El zorro lo instaba a que se bajara, pero el gallo no lo hacía. Entonces el zorro le dijo que para vengarse de su poca confianza iba a hacer caer el árbol, y se puso a roer el tronco. El gallo se asustó y se puso a volar de árbol en árbol, y cada árbol donde se paraba lo roía el zorro; el gallo no pensaba que el zorro tardaría mucho en roer los troncos y que él no tenía por qué agitarse tanto, así es que siguió volando y cambiando de lugar, hasta que en un momento de descuido cayó al suelo y el zorro lo devoró.

-Nunca he visto zorros sino en mi libro -dijo Nachito.

-¿No los hay aquí en el bosque? -preguntó Mariquita.

-Sí, llamaremos uno -contestó el duende.

El duende dio un aullido especial, y al poco rato se apareció un hermoso zorro azul, que saludó a todos muy amable. El gallo y las gallinas, que habían ido bajando del árbol, volvieron a subirse a él, y desde allí participaron de la conversación.

-Sí, sí, ya sé que esta familia no ha querido bajar del árbol a instancias del coyote.

-Tu primo ¿verdad? -le dijo el duende.

-No lo negaré; como precisamente es el pariente pobre, no debemos negarlo. Pero digo que no insistiré con la familia gallinácea para que baje, ya sé que no había de bajar. De todos modos, bien se están arriba, aunque no sea de noche.

-¿Y qué nos cuentas de tu vida? -le preguntó Nachito-. ¿Te ha sucedido cosa notable?

-Contaré un episodio divertido en que por poco pierdo la vida. Una noche me metí al patio de una buena casa y tuve allí un festín. Por respeto a los vecinos del árbol no diré qué cosas buenas había en

aquel patio. Estuve muy entretenido, tanto, que no me di cuenta de que ya llegaba el día; ya había luz completa en todas partes cuando me decidí a salir, y en las calles andaba mucha gente. Quise escapar-me escurriéndome junto a las paredes, pero en eso pasaba un grupo que no podía dejar de verme, y decidí hacerme el muerto. Me tendía en la acera, y los que pasaron se detuvieron a verme; esta piel azul que es mi orgullo es también mi perdición porque todos quieren matarme para cogérsela y hacerle un abrigo a alguna mujer. Aquellos hombres se detuvieron a mirarme, y uno dijo: -"¡Qué buena piel! Vamos a traer una carretilla para llevarnos a este animal". Yo pensé: Ésta es la mía. Mientras van por la carretilla me escabullo. Pero uno de ellos dijo: -"Bueno, ve a buscarla, y te esperamos aquí". Yo se-guñaciéndome el muerto hastaver en qué paraba aquello. Uno dijo: -"Dicen que con los cabellos de la frente se evita el mal de ojo". Y quiso cortarme cabellos de la frente con unavaja. Pero otro le gritó:

- "¡No seas bruto! Echás a perder la piel". Otro dijo entonces: -"Lo que sí es bueno contra los panadizos es la uña; voy a sacarle una". Yo me dejé sacarla uña, sin moverme a pesar del dolor. Otro di-jo que mis dientes eran buenos contra el dolor de muelas, y me sacó uno. ¡Figúrense lo que medolería! Pero lo soportaba yo todo tan bien que siguieron creyéndome muerto. Al fin dijo uno que el corazón del zorro era bueno para preservar contra el dolor de corazón y que mien-tras venían con la carretilla me lo podía sacar. Al oír aquello, decidí arriesgar el todo por el todo, y me levanté y eché a correr. Por suerte, la sorpresa no los dejó a aquellos hombres hacernada, y aquí me tie-nen ustedes.

-¿Es verdad -preguntó Nachito al zorro azul- que los zorros son muy inteligentes?

-Tenemos la fama, y no faltan zorros que la propaguen, como aquél que se encontró con el leopardo.

-¿Pues cómo fue eso?

-El leopardo estaba hablando de su granhermosura, de las admirables manchas de su piel, de la distinción de su paso, que no se siente.

-Como los del gato -<lijo Mariquita.

-Son parientes, pero el gato se ha dejado domesticar, y ya lo ven mallos miembros de la familia. El leopardo, por ejemplo, se creería insultado si se le recordara el parentesco del gato. Aquel leopardo, pues, se elogiaba, delante del zorro, no uno azul como yo, sino de esos vulgares zorros amarillos que no tienen ninguna distinción. Mi pariente lo dejó hablar, y después le dijo:

-No es verdad, no eres tan hermoso, yo lo soy más.

-¿Estás loco? Cómo vas a comparar tu pelaje de lana amarillen-ta con la seda manchada de mi piel...

-Eres muy vulgar --contestó el zorro-, sólo piensas en la hermosura del cuerpo. Pues soy mejor que tú porque mi hermosura está

en la inteligencia, no en la piel-o Y se marchó muy orondo, dejando al leopardo con la boca abierta con aquella respuesta que no esperaba.

- ¿y es verdad que es superior la hermosura de la inteligencia a la del cuerpo? -preguntó Nachito.

- Yo creo que no -dijo Mariquita.

-Pues yo creo que sí -dijo Nachito.

- Es cuestión de opiniones -les dijo el duende-o Pero además -agregó dirigiéndose al zorro azul-, además de la fama de inteligentes, no tiene la especie zorruna fama de muy honrada.

-Eso no lo debo yo juzgar -dijo el zorro azul- pero a veces es demasiada la prevención en contra nuestra, como en el caso del mono y el lobo.

- ¿Pues cómo fue eso?

- El lobo alegaba que el zorro le había robado una buena pieza de carne, la cual el lobo decía haber guardado bien escondida para que nadie la descubriera. Los dos animales discutieron largo rato, hasta que decidieron llamar al mono para que juzgara y decidiera. El mono oyó a las dos partes, hizo como que pensaba y después dijo:

- Es posible dudar de que el lobo haya tenido guardada una pieza de carne; pero no es posible dudar de que el zorro se la haya robado.

-Pero a veces sí hemos demostrado los zorros mucha inteligencia, como cuando cazaba uno de nosotros con un león y un lobo.

- ¡Ah -dijo Nachito. -¿Cuando ocurrió aquello de "porque me llamo león", en que el león se quedó con todo? Pero entonces no veo en qué estuvo la inteligencia ...

- No, no fue entonces, fue después.

- ¿Pues cómo fue eso?

- El león, el lobo y el zorro iban cazando juntos; el zorro, con sus pasos que no se oyen, descubrió dónde estaba descansando un venado, y les avisó a los otros dos animales. El león acudió, y con dos zar-pazos despachó al venado. El lobo se puso a bailar de gusto, y tenía tantas ganas de comer que cuando el león le dijo que hiciera el repar-to se guardó el pedazo más grande.

- ¿y este león querría todo el venado, como la otra vez?

-No, éste ya sabía que no era conveniente cogérselo todo, porque no lo ayudarían a cazar; así es que de buena fe iba a permitir que cada quien se llevara su parte. Pero la torpeza del lobo lo enojó mucho, porque el león reclama siempre las mayores consideraciones, y ya irritado mató de un zarpazo al pobre animal. Entonces le dijo al zorro que repartiera lo que quedaba. El zorro, con toda prudencia, tomó para sí una parte pequeña, y le dejó al león la parte mayor y mejor. El león, complacido con aquello, le preguntó: -¿Quién te enseñó a repartir con tanta habilidad? -¿Quién? -dijo el zorro-. El cadáver del lobo.

Mientras el zorro azul contaba esta historia, se acercó una leona, y saludó a todos, que le contestaron con mucha cortesía. El gallo, desde

el árbol, le cacareó una marcha de honor. La leona, cuya falta de melena sorprendió a Mariquita, se daba, sin embargo, tanta importancia como si fuera león y llevara coronada de pelo la cabeza.

- El zorro se entretiene, en nuestra ausencia, en hablar mal de los leones -dijo.

- De ningún modo, señores -intervino el duende- el zorro ha contado con toda imparcialidad cuentos de todo el mundo.

- Pues para que se le quite la vanidad, y no crea que todos sonco-mo el leopardo, que no supoqué contestar, les referiré la discusión que tuvimos hace poco una zorra y yo. La presuntuosa de la zorra me de-cía que ella tenía muchos hijos y que por eso la envidiaban otros ani-males que nunca llegan a tener sinopocafamilia. "Cada año -me de-cía-, tengo yo una buena partida de cachorros. Pero otros... Mire al elefante". - "¿Pretenderás hablar de las leonas también?" La zorra, envalentonada con su charla, dijo: "Pues al que le venga el sacoque se lo ponga". Indignada le respondí: -"Tus pretensiones son ridículas, porque tus hijosserán muchos, pero¿quéson? Zorros y nadamás. Mis hijos son pocos, pero son leones". Ella se asustó creyendo que iba yo a hacerle algo, pero le volví la espalda y la dejé allí plantada y escar-mentada de su vanidad.

El gallo que oía la conversación desde su árbol, que no tiene bue-na voluntad a los zorros, como es natural, habló al fin, sin bajar de las ramas, por supuesto:

-Mucho hay que decir, realmente, de las habilidades del zorro y de sus pretensiones. Este gran personaje azul no se acuerda de las ve-ces que ha tenido que huir de mí.

- No sé cómo ...

-Pues verán ustedes: cuando yo cacareo, el zorro huye, porque cree que despertarán los hombres y acudirán a perseguirlo. Asíocurrió hasta con aquel zorro que se vistió con piel de lobo.

-¿Pues cómo fue eso?

- El zorro le decía a supariente el.lobo que estabadescuento de su suerte: -"Tengo siempre que robar por engaño, rondando las vi-viendas de los hombres para meterme en los gallineros. Y, francamen-te, la carne de gallina me tiene ya cansado; muy a menudo me tocan gallinas o gallos viejos, porque los más jóvenes, al verme llegar, vue-lan y se trepanadonde yo no los alcance. Y luego el gallocomienza a cacarear, y ahí viene el amocon sus mozos armados de palos". -"Tie-nes razón, dijo el lobo-; no hay como la vida libre del campo, y la caza del animal salvaje. Es verdad que a fuerza de cazarlos acabauno con ellos, como sucede ahora, así es quetengo que dedicarme a atacar los ganados de los hombres, y eso no deja de tener peligros". -"De los peligros me reiríayo-replicó el zorro-, con tal de no comer más carne de gallina. Si me enseñaras tu sistema..." -"Muy bien -dijo el lobo-. Hace poco murió mi hermano mayor, puedes coger su piel y

disfrazarte con ella, porque eso te ayudará bastante". En seguida se puso a enseñarle el arte de la caza mayor, y el zorro estaba encantado, porque aprendía con mucha facilidad. Cuando se consideró bien enseñado, quiso que los dos salieran a cazar, y allá se fueron, el lobo verdadero y el lobo fingido, detrás de un rebaño de ovejas que los pastores llevaban a encerrar. Las dos fieras se pusieron a aullar con tanta furia que asustaron a los pastores y a los perros, y no se diga a las pobres ovejas. Todos corrían para llegar cuanto antes al redil. Cuando ya iba el zorro a lanzarse sobre las ovejas, oyó mi canto: "Co-co-n-ce", Y salió huyendo olvidándose de su piel de lobo, y de las lecciones, y del maestro. El lobo verdadero sólo tuvo tiempo de atra-par una oveja y llevársela al campo. El zorro lo alcanzó y le pidió que le diera un pedazo; pero el lobo lo despachó con cajas destempladas diciendole: -"Si no tienes el valor de lobo, no pretendas cazar cosa seria. Vuelve a comer carne de gallina vieja".

Entre tanto llegó un gato montés, que tampoco tenía muchas simpatías por el zorro, y dijo que a él no le faltaban cosas que contar.

-El otro día -refirió-, me encontré con un zorro amarillo...

-Menos mal-dijo el zorro allí presente-, nosotros los de piel azul...

-Sólo falta que digas los de sangre azul. Todos los zorros son iguales para mí.

-No diré yo lo mismo de los gatos -respondió el zorro---. Los hay monteses, que son salvajes, y los hay domésticos, que son bien educados.

-Orden, orden, señores -dijo el duende, poniendo paz.

-Pues aquel zorro amarillo se puso a decirme que él era muy inteligente y que sabía muchos modos de escapar a la persecución. "¿Y tú sabes muchos?" -me preguntó. -"No -contesté-, desgraciadamente, si ahora vinieran a perseguirme, lo único que podría hacer es subirme a este árbol". -"Es poca cosa... Me das lástima" -contesté yo con paciencia. En aquel momento vimos venir unos perros de ca-za, con sus amos, y apenas nos olieron se lanzaron furiosos hacia no-sotros. Yo inmediatamente trepé al árbol. El zorro amarillo echó a co-rrer, pero los perros corrían más y lo alcanzaron y lo hicieron pedazos.

-Mucho más hay que contar del zorro -dijo el gallo---. ¿Recuerdas lo que le hiciste al pobre mono?

-Yo no le hecho nada -dijo el zorro azul.

-Pues sí debías sertú, porque era un zorro azul.

-¿Pues qué fue eso? -preguntó Nachito.

-En uno de estos bosques, pero más al norte, había muerto un león que se daba aires de rey de los animales. Al morir él, se reunieron los animales que creían en reyes y noblezas para ver a quién le to-caba el poder. Como no había descendientes del león, decidieron ele-gir al animal que mostrara mayor nobleza. El zorro pretendió que lo

eligieran, no porque él crea en los reyes, pues tiene muy poco respeto a la monarquía y sabe que ya no goza de ningún prestigio, sino por vanidad pura. Pero como allí juzgaban a los candidatos, enumerando sus defectos y sus méritos, imagínense cómo pondrían al zorro; fue tan acerba la crítica, que se retiró indignado. Al día siguiente, supo con gran disgusto la noticia: había sido electo rey el mono. Éste había demostrado que sabía andar con gran solemnidad, dándose aire majestuoso; que tenía toda clase de habilidades; que se parecía mucho al hombre... En fin, hizo tantas monerías, que aquellos animales, capaces de creer en reyes, declararon que todo lo hacía admirablemente y que nadie lo igualaría a la hora de llevar el manto y la corona. Dicen las malas lenguas que aquel mono había trabajado en circo y allí había aprendido tantas habilidades. A los pocos días, los animales democráticos tenían acosados a los aristocráticos con sus burlas, porque el pobre mono hacía muchas tonterías queriendo darse importancia; pero sus partidarios lo excusaban diciendo que eran rarezas. El que no lo podía aguantar era el zorro, y decidió hacerlo caer. Una vez vio a unos hombres preparar una trampa destinada a los animales carnívoros, poniendo dentro una carne. En seguida que la vio terminada, corrió a decirle al mono que había visto un gran tesoro y venía a darle aviso para que se apoderara de él. El mono acudió muy confiado, y cuando llegó vio que era simplemente una carne. -"¿Cómo? -di-jo-. Esto es carne, y a míno me sirve de nada". - "¿Cómo? -ex-clamó el zorro, fingiendo ignorancia de las costumbres del mono-. ¿Un rey que no come carne?" -"Efectivamente, no la como; ni siquiera tengo buenos dientes para comérmela". -"Bueno -insistió el zorro-, ya que no te la comes, por lo menos puedes tomarla y obséquiarla a tus mejores cortesanos. Es un magnífico pedazo, y el regaló te dará prestigio". -"Muy buena idea -declaró el mono-. Voy a coger la carne". Tendió la mano a coger la carne y quedó cogido en la trampa. Entonces comenzó a quejarse del zorro y a llamarlo traidor. El zorro, descaradamente, le dijo: "¿Eres rey y no sabes conocer una trampa? Y allí lo dejó, hasta que llegaron los hombres y se lo llevaron; dicen que el pobre mono volvió a trabajar en el circo. Así acaban a veces los reyes modernos.

-Pues por el estilo se burló del tigre -dijo el gato montés.

-¿Qué le hizo? -preguntó Nachito.

-En un bosque estaban, como de costumbre, muchos animales, cada uno entregado a sus actividades propias. Entre ellos se hallaban un tigre y un zorro. En eso llegaron al bosque unos hombres y todos los animales echaron a huir; pero el zorro y el tigre vieron que no traían armas y que sólo uno de ellos se entretenía en tirar flechas. - "Calculo que no son de peligro -dijo el tigre-, no vienen armados". - "¿Crees? -dijo el zorro con sorna-. "Sí" ---<:ontestó el tigre enojado por la burla, y se puso a lanzar grandes rugidos avisando

a los demás animales que no tuvieran miedo, porque él iba a atacar a los enemigos. El zorro se escondió a ver lo que iba a suceder. El tigre salió al frente, y apenas lo divisó el arquero le disparó una flecha que le fue a dar directamente al corazón". -"¿Conque calculabas que no era de peligro?" -dijo el zorro con nueva burla. El tigre, con gran seriedad se limitó a contestarle: -"Calculé mal" -y murió.

## CON LA CIGÜEÑA

Como aquella conversación se prolongaba demasiado, y cada vez llegaban nuevos animales a conversar, con la despreocupación que reina en el bosque cuando se sabe que no hay peligros, el duende Don Yo de Córdoba dijo a Nachíto y a Mariquita que se fueran a su casa y que volvieran al siguiente día, porque se les hacía tarde.

-Pero quiero que esté el zorro aquí cuando volvamos -dijo Mariquita.

-Muy bien -dijo el zorro-, aunque sea para que todos me caigan encima. Pero no será la primera vez.

A la tarde siguiente, en efecto, allfistuvo el zorro azul, y acudieron otros animales a hacer tertulia. Los niños se interesaron mucho al ver llegar a la cigüeña, a la cual sólo conocían pintada, con sus patas larguísimas y su pico no menos largo.

La cigüeña dijo que una vez había he chopaz con el zorro, el cual le aseguró que no le haría daño, ni trataría de comérsela; antes al contrario, la invitó a comer.

-Imagínense ustedes que cuando lle go encuentro una gran comida, y en seguida siento gran apetito. Pero al querer tomar la sopa me encuentro con que está servida en platos como los que usan los hombres, y yo, que por lo largo de mi pico tengo que comer y beber en platos y vasos en forma alargada, apenas pude sorber unas cuantas gotas. El zorro, entonces, se apoderó de mi plato diciendo: -"Ya veo que no te gusta mucho la sopa. Me la tomaré para que no se pierda". -"No es la sopa, es que con esos platos no puedo tomarla". -"¡Qué lástima! Pues a mí me parece tan buena, que voy hasta a lamer el plato". Yo rabiaba de hambre y de envidia, porque la sopa estaba buena. Luego vino el arroz, en plato llano, y con gran trabajo, a fuerza de picotear, llegué a comer algo de él. Esperaba yo que después viniera un pescado, pero el zorro me dijo con aire compungido: "Cuánto lo siento! Pero como yo no como pescado..." ¡Y yo que esperaba tragarme dos o tres pescaditos, o dos o tres buenos trozos de pescado grande, como acostumbro! Entonces vinieron los platos de carne, aunque no la como, me puse a picotearla para no quedarme enteramente con



hambre. El zorro, al ver que yo no podía tragármela, se la comió, a pesar de estar picoteada por mí, por el gusto de causarme envidia. Y así fue todo. Hasta los vinos los sirvió en copas anchas, y me daba mucho trabajo beber. En fin, que salí de allí con hambre y con sed, y tuve que irme a desquitar en el río, atrapando pescaditos y bebiendo agua buena.

-Es que te habías burlado mucho de mí -<lijo el zorro azul-o Cada vez que me pillabas descuidado me dabas de picotazos, y ¡con ese pico tuyo!

-Pero tú bien que me hubieras devorado una vez, si no hubiera estado allí toda mi familia para hacerte huir a picotazos. Pero ya ve-rán -continuó la cigüeña-, yo decidí que el zorro me las pagara, y allí mismo, aquel mismo día, lo invité a una comida que daría yo. Es-ta comí-da la serví toda en vasos largos, como los que usamos las ci-güeñas para meter el pico hasta el fondo, y en ellos puse todas las co-sas que más le gustaran al zorro. Él, naturalmente, sólo podía comer o beber lo que hubiera muy arriba de los vasos, y le daba mucha ra-bia, sobre todo, no poder comer más de un picadillo de carne de car-nero, que sabía yo era cosa que le gustaría mucho. Pronto comprendió de qué se trataba, y hay que decir que en eso sí se portó bien. Al despedirse me dijo:

- "Estamos a mano. Yo no creí que las cigüeñas tuvieran tanta chispa como yo, pero me gustó reconocer el talento, y no me enoja de la burla. El que gasta una broma debe saber tomar con buen humor la broma que le den".

El león que había estado conversando en ocasión anterior con los niños y los animales en el bosque del duende Don Yo de Córdoba re-gresó aquella tarde y tomó la palabra contra el zorro.

- No han de saber ustedes la jugada que nos hizo este mañoso animal al tigre y a mí.

-No. Es mucho atrevimiento -<lijo Nachito-. ¿Cómo fue eso?

-Pues una vez que habíamos mucha hambre, porque la sequía había hecho morir a muchos animales y apenas se encontraba caza, andábamos los carniceros hambrientos por el bosque, cuando vimos a unos cazadores perseguir un venado, dispararle y matarle. Tenía yo tanta hambre, que decidí apoderarme de aquel venado, aunque me pusiera en peligro con los cazadores, y avancé rugiendo. Oí, al mismo tiempo, rugidos de tigre. Tantos rugidos asustaron a los cazadores y huyeron dejando el venado. El tigre y yo llegamos al mismo tiempo al lugar donde estaba la víctima y como cada uno pretendía apoderarse de ella, y los dos teníamos mucha hambre, peleamos por ella. Peleamos largo rato, y como los dos éramos muy fuertes nos hicimos muchas heridas, hasta que caímos al suelo sin poder movernos. Más nos hubiera valido repartimos aquel venado, pero el hambre nos había hechociegos. Cuando estábamos allí caídos los dos, respirando fuerte y rugiendo de

cuando en cuando, se acercó este zorroazul, se aseguró de que no podíamos movernos, y se llevó el venado dando aullidos de burla.

-Ea -<lijo el zorro-, tantos cuentos sobre mí, aunque sean contra mí, indican que les parece importante. Pero yo he de referir una historia a favor mío, ya que entre ustedes no hay imparcialidad.

- ¿Contra quién será? -preguntó la cigüeña.

-Contra el hombre, de quien tenemos derecho de hablar mal a todos los animales. Una vez me perseguían unos cazadores y yo no sabía adónde podía esconderme, porque entre los hombres y los perros no me dejaban lugar donde no me encontrarán. En eso me encontré con un campesino que cortaba leña, y, confiado por esta vez le rogué que me dijera adónde podía esconderme. Me señaló su cabaña, que estaba allí cerca, y me metí en ella. Cuando me creía más seguro, llegaron por allí los cazadores, y le preguntaron al leñador dónde estaría yo. Como él sabía que yo estaba oyendo todo, porque la cabaña estaba muy cerca y además me interesaba oír, les contestó: -"¡Quién sabe!" Pero además yo estaba mirando por la puerta entreabierta y vi que con la mano les hacía señalándoles la cabaña. Los cazadores, sin embargo, no entendieron aquello, y se fueron, cuando yo ya me preparaba a huir por el lado contrario. Entonces esperé a que se alejaran y salí de la cabaña para volverme a mi madriguera". -"Oye -me gritó el leñador-. No seas mal agradecido. Ni siquiera das las gracias por el asilo que te di". -"Te las daría -le dije-, si tu mano fuera tan honrada como tu lengua".

Una cabra que llegó por allí dijo que también tenía que quejarse del zorro.

-¿Pues qué te ha hecho? -preguntó Nachito.

-Una vez íbamos paseando, lo cual les parecerá extraño, porque en general el zorro prefiere devorarme a pasear conmigo, pero en aquella ocasión vi que acababa de comer bien, y comprendí que no me harían nada. Acepté ir de paseo, por ver si algo aprendía yo de su famosa sabiduría, pero después comprendí que él quería ver si yo lo ayudaba a encontrar agua para beber después de su gran comida. No había agua en aquellos campos, y los dos teníamos sed. Después de mucho buscar algún arroyo, no encontramos otra cosa que un pozo, y el zorro declaró que aquello era excelente para beber. No era muy hondo, y pudimos bajar, con cierta prudencia. Bebimos a nuestro gusto... Cuando acabamos, quisimos salir y descubrimos que si el pozo no era muy hondo para bajar, sí era muy hondo para subir y volver a salir. -"¿Qué haremos? -interrogué yo- Si yo tuviera tu inteligencia... Pero tú serás capaz de descubrir el modo de que salgamos de aquí". El zorro se quedó pensando, y al fin dijo: -"Mira; pégate bien a la pared del pozo, levanta tus patas, y alárgate todo lo que puedas. Subiendo por encima de tu cuerpo, y después por tus cuernos, llegaré yo afuera. Cuando esté afuera, te ayudaré a salir". Dicho y hecho; me

levanté sobre las patas de atrás, apoyé las de delante, y el zorro echó una carrera sobre mí y saltó desde la punta de mis cuernos al campo. Como no vi que se volviera atrás para sacarme, le grité: "Eh, oye, te olvidas demí". -"No me olvido, pero no puedo sacarte. Ten paciencia. Debiste comenzar por no bajar al pozo". -"Entonces ¿tú sabías que no podríamos salir de aquí?" -"Yo sabía que tú no ibas a poder salir, pero yo sí", -"Pues si para eso sirve la inteligencia, maldita sea" -le contesté yo, como despedida.

- ¿Y cómo saliste de allí? -preguntó Mariquita.

-Pues me puse a hacer: "Me-eh-eh" cada media hora, esperando que me sintieran.

-Pero ¿y si te sentía una fiera?

-Eso no lo pensé. Tenía tantas ganas de salir de allí, que no pensé en otra cosa.

-No revelas mucha inteligencia -dijo el zorro.

-Tal vez no, pero me salió bien. Pasaron por allí unos hombres, me vieron dentro del pozo, buscaron unas cuerdas, me lazaron los cuernos y me sacaron. Creyeron que yo me iba a quedar con ellos, pero en cuanto me soltaron los cuernos les di dos topes y eché a correr. Ellos me gritaron "¡Mal agradecida!", pero yo les dije que la esclavitud no puede ser el pago de ningún favor.

- Vamos -dijo el zorro azul- ya que todos se ponen en contra mía, contaré la historia de uno de mis parientes. Iba el zorro -era uno de esos amarillos pardos- corriendo a escape porque detrás le venían unos cazadores con muy buenos perros. Sucedió esto en Ingla-terra, donde los hombres se entretienen en cazarnos; lo consideran gran diversión. Corriendo, corriendo, llegó hasta una cerca, y pensó que podría saltarla y esconderse dentro de una zarza que adentro veía. Le pareció que los perros no podrían saltar tanto como él... En efecto, saltó y se escondió dentro de la zarza; entretanto, los perros, no sabiendo dónde se había metido, dejaron de perseguirlo. Pero la zarza, que es planta muy espinosa, arañó todo el cuerpo del zorro, y él, mientras se lamía las heridas, se puso a quejarse:

- "¿Es justo que a un pobre perseguido se le reciba así? Realmente, eso es no tener idea de la hospitalidad; no, ni de la caridad".

- "Bueno está eso -dijo la zarza- vienes a meterte dentro de mis ramas con tanta furia que me destrozaste dos o tres; no te fijas en cómo me tratas, y pretendes que yo te trate mejor. Pero por lo menos te doy este consejo: nunca pretendas agarrarte de quien tiene por costumbre agarrarse de los demás".

En aquel momento pasaba volando un águila sobre el bosque, y los niños, que la vieron, le dijeron al duende que la llamara. El águila vino al llamado, y preguntó de qué se trataba en aquel grupo.

-Pues de mí; ¿de qué quieres que se hable? -dijo el zorro.

- ¡Vaya con la vanidad! -exclamó el ave.

-No es vanidad; ojalá fuera, porque la verdad es que hablan de mí, pero no para bien.

-¿No te reconocen inteligencia?

-Es lo único, perohonradez me niegan. Y yo creo que si se viera bienla conducta de todos, no diríanquesoy yomenos honrado que los demás animales.

-Quizás tengas razón ... Yo, por lo menos, puedo contar que he visto a los zorros defender enérgicamente a sus hijos. Una vez pude comprobarlo con la hermana del señor aquípresente...

-¿Pues cómo fue eso? -preguntó Mariquita.

-Una vez que estaba yo muy preocupada, porque teníaaguiluchos nuevos y no había mucho de qué comer, vi en la llanura a la zorra que sacaba a pasear a sus cachorritos. Olvidándome de que entre nosotros existía entonces, y existe todavía, una tregua, la tregua que conciertan entre sí, con mucha frecuencia, los animales que comen carne, me lancé sobre ellos, y me llevé uno de los cachorritos. Llegué rápidamente al árbol donde tenía el nido de mis aguiluchos, pero hasta allí mellegaban los gritos de la zorra. Pensé bien en el asunto y ya me decidía a devolver el cachorro cuando vi que la zorra se había robado un tronco ardiendo de unahoguera encendida por unos hombres y venía con él a pegarle fuego al árbol donde estaba mi nido. Thnta inteligencia y tanta audacia me dejaron sorprendida. Afortunadamente, tuve tiempo de devolver el cachorro antes de que el árbol comenzara a arder, y quedamos en paz.

Los monos tienen muchas quejas de los zorros, como habíanvis-to Nachito y Mariquita, por lo que se les había contado, así es que el mono que llegó a aquel lugar del bosque mientras hablaba el águila, dijo cuando ella acabó:

-Pues a mí no me falta qué contar.

-Hable, amigo -dijo el zorro azul- que tengo mucha paciencia para oír lo que se dice demí.

-Uno de estos amigos fue cogido una vez en una trampa, pero lo que la trampa le alcanzó fue la cola. Viendo que podía escapar si se arrancaba la cola, decidió cortársela con los dientes.

-¡Ay, ay, ay! -exclamó Mariquita-. Lo que le habrá dolido.

-Dirá este mono que no somos valientes. A fe que si era el mono el que caía en una trampa, los berridos se oírían por todo el bosque.

-No presumimos los monos de tener mucha sangre fría. Concedo que los zorros la tengan, y es verdad que cuando se ven en un peligro y se pueden salvar cortándose una parte del cuerpo lo hacen...

-Bueno: concedido que tenemos siquiera esa cualidad, sigue adelante.

-Pues el zorro aquél quedó sin cola y se puso a pensar que sus compañeros se iban a burlar de él, porque los zorros son muy burlescos. ¿Dirá el amigo que ésa es una de sus buenas cualidades?

-No digo nada -respondió el zorro azul.

-Bueno: aquel zorro sabía que iba a sufrir la burlade todos los demás, y discurrió lo que podía hacer para evitarla. Pensó entonces que engañaría a los demás zorros hablándoles de una nueva moda.

-¿Y cuál había de ser aquella nueva moda?

-Nada menos quela de no usarcola. Aquel día secelebraba una granasamblea de zorros, y éstese presentó dándose mucha importancia y echó un largo discurso sobre los viajes quehabíahecho y las cosas que había visto. Aseguró que en Francia había animales que no usaban cola, y que en losEstados Unidos ibanmuchos a seguir la moda; habló de los perros a quienes les cortan la cola sus amos, considerando que así se venmejor, de los caballos a quienes también se les recorta; de que hasta a los gatos se les cercena... Los zorros oían aquello con muy poco interés, y uno dijo: -"Hay que ver que esos animales no están sin cola por su gusto. Se la cortan a la fuerza No veo por qué hemos de adoptar nosotros esa moda". Otro habló después: -"Esas modas que hacen padecer debemos dejárselas a los hombres. Dicen que las hembras del género humano sí semartirizan por la moda, pero nosotros no tenemos que imitarle nada al odioso enemigo de todos". El zorro sin colacontestaba a todos los discursos, y la opinión parecía estardividida. Al fin uno de los zorros viejos dijo: -"Yo aceptaría la proposición del compañero si la creyera desinteresada; quiero decir si él tuviera cola. Pero como la ha perdido, me parece muy sospechosa. Quizá si yo la hubiera perdido pensaría como él. Pero, no siendo así, prefiero quedarme con mi cola y creo que mis compañeros pensarán como yo". Naturalmente, después de este discurso nadie pensó en cortarse la cola.

-Déjenme hablar en contra de los hombres- dijo al fin el zorro azul-, creo que contra ellos todos podemos hablar.

-¿No creen que hay queguardarle consideraciones a los presentes?-dijo el duende DonYo, refiriéndose a Nachito y Mariquita.

-Son muy niños -dijo el zorro.

-¿No se les respeta por chicos? -insistió el duende-o "Gran reverencia se le debe al niño ..."

-No es eso;quiero decir-contestó el zorro, que era grandiplomático-, que como ellos son muy jóvenes no tienen todavíael orgullo de susmayores, y noles molesta oírhablar contra su especie; creo, además, que les convendrá oír lashazañas de los hombres contra nosotros, a ver si así secorrigen y aprenden a tratarnos mejor.

-No crean -dijo Mariquita-, en casa oímos hablar bastante mal de las gentes, pero siempre es gracioso saber cómo nos ven los animales.

-Pues les contaré -dijo el zorro-. Allá por el Norte habíaunas viñas muy buenas, y uno de mis compañeros acostumbraba ir a comer uvas. Éstas no estaban verdes... como las del cuento que se cuenta

contra nosotros; al contrario, muy maduras y muy fáciles de alcanzar, así es que cada noche se daban de banquetes dos o tres compañeros que vivían allí cerca. Pero un día el dueño de las viñas encontró al del cuento, y le echó mano, pero no lo mató inmediatamente, sino que quiso hacerle sufrir antes de morir.

-¡Qué malo! -exclamó Mariquita-. ¿Y qué le hizo?

-Le empapó la cola en aguardiente y le prendió fuego. -¡Qué horror!

-El zorro salió huyendo asustado, y viendo un campo de maíz, se lanzó él, pensando que, si azotaba la cola entre las plantas, podría apagar el fuego de la cola y salvarse de que se le comunicara a todo el cuerpo. Así fue: a fuerza de correr entre el maíz, la cola fue dejando atrás los pedazos encendidos y el zorro pudo salvarse, pero el maíz estaba reseco, y cogió fuego. ¿Y de quién creen ustedes que era el campo de maíz?

-¡Del mismo dueño de las viñas! -jo Nachito.

-Del mismo, que al verlo que le sucedía se arrancaba los cabellos pensando que mejor hubiera sido no querer castigar con tanta crueldad al zorro.

El duende terció entonces y dijo:

-Amiguitos, esta vez hemos conversado ya mucho. Don Pelón y Doña Chachalaca deben regresar a su casa

-¿Yo? -jo la chachalaca verdadera a quien nadie había visto, pero que estaba por allí cerca -o Bien me estoy aquí.

-Vaya -jo el duende -o Doña Chachalaca no eres tú, ni nadie estaba pensando en ti, sino en la señorita María.

-Ahora entiendo. Pero me parece ridícula la costumbre de robarnos nuestros nombres para ponerlos de mote a las gentes. Al día siguiente Mariquita dijo que ya le cansaba conversar siempre con zorro, y que quería ver animales distintos, sobre todo aves con grandes plumas. Así pues, por la tarde, cuando volvieron al bosque del duende Don Yo de Córdoba, pidió que invitaran a muchas aves y el duende hizo que vieran unas cinco o seis que sorprendieron mucho a la niña; la mayor parte eran aves del paraíso con colas fantásticas; había también un quetzal de Guatemala, con su larga pluma de colores que baja, y una ave lira, con las plumas de la cola levantadas en forma de lira

Pero allí estaba también el zorro azul, invitado desde la tarde anterior a volver a reunirse en aquel punto, y diez o doce animales distintos, de los que acostumbraban acudir en las tardes.

El zorro venía acompañado de un jabalí grande y lustroso, que produjo impresión a Nachito y Mariquita; si no hubieran estado bien acompañados, le habría tenido miedo a sus formidables colmillos.

-¿Le son muy útiles esos colmillos? -preguntó Nachito.

-Mucho, pero sobre todo para asustar: pocas veces tengo que usarlos realmente. Pero ¿qué te figuras que me decía el zorro poco antes de venir para acá?

-No me 10 figuro.

-Pues me encontró afilando los colmillos en el tronco de un árbol y me dijo: -"¿Por qué te afilas los colmillos, cuando no hay enemigo que te amenace? Creo que, como dicen los hombres, ves moros con tranchetes". -"le equivocas -le contesté- cuando no hayenemigo al frente es cuando debe uno prepararse. Cuando ya el enemigo está a la vista, otracosa me tocahacer, y no afilar los colmillos".

En eso llegaba un gran lobo, y habló:

-No creoquefuera de buena fe la pregunta delzorro. Nunca habla de buena fe .

-Primo .

-No hayprimo que valga. Acabo de saber 10 quehiciste, contra mi hermano.

-¿Yo? Hace mucho que no veo a nadie de tu familia.

-Entonces fue otro como tú, hermano tuyo...

-¿Pues qué ha sucedido? -preguntó Nachito.

-Imagínense que hace poco rato me encontré a un león cubierto con la piel de mi pobre hermano. Me figuré que estaba loco, porque yo comprendo que haya quiense ponga la piel del león, como hizo el bu-rrro,pero no entiendo cómo el león puede querer disfrazarse de otroani-mal, y sobre todo animal carnicero como él. Todavía se disfrazara de cordero...

-¿Le hat,llaste? -preguntó el zorro.

-No, 00 me pareció prudente. Pero me fui a ver al chacal que sir-ve al león, y me dijo que su rey (el chacal cree siempre que el león es rey) había estado enfermo y habíaechado de menos la visita de los zo-rrros. El lobo, mi hermano, al irlo a visitar le dijo que los zorros no que-ríanvisitarlo y que hablaban mal de él.

. -¿Muy buenas muestras de amistad?

-Yo no decía más que la verdad. Ello es que el chacal se echó a buscar a los zorros y se encontró con uno, al queconvenció de que fue-ra a ver al rey, peroprocurando disipar la malaimpresión que tenía por 10 que le habíacontado el lobo. El zorro llegó con muchas zalamerías, diciendo que sólo sus muchas ocupaciones y su poca salud le habíanimpedido hacer aquella visita, pero que le traía una buena receta. -"¿Y cuál es?" -preguntó el león-. "Pues cubrirte con una piel de lobo". Naturalmente, apenas el lobo, que habíaestado muy atento con el león, llegó de visita, la gran fiera 10 deshizo de un zarpazo, y por eso anda ahora con la piel de mi hermano. No cabedudade queestá trastornado.

-Por 10 que oigo contar -dijo Mariquita-, los chacales no son muy estimados entre los animales.

-No -dijo el oso, que había llegado poco antes-. Son adulado-res, ladrones. Y sobre todo, comen carne muerta. Yo respeto mucho los cadáveres; nunca los toco... Especialmente los de los hombres, a quie-nes respeto mucho.

Nachito y Mariquita comenzaban a ver con simpatía al oso pensando que una fiera grande y poderosa como él respetaba a la especie humana; pero en eso dijo el zorro azul:

-Me convencerías de respetar a los hombres si les tuvieras igual consideración cuando los ves vivos que cuando los ves muertos.

-¿Pues cómo es eso? -preguntó Nachito.

-El oso, es verdad, no se comería nunca un cadáver. Pero si está hambriento y ve a un hombre vivo, sí se lo come.

-Siempre gracioso este zorro -dijo un puercoespín-. ¿No saben lo que me dijo el otro día?

-No sabemos.

-Pues ya supondrán ustedes que el zorro y yo somos buenos amigos. Yo no me como a nadie, como él, pero a nadie me puede comer, porque las puas de mi cuerpo lo impiden.

-¿Y no te pueden matar? -preguntó Nachito.

-Matar sí pueden. ¿Pero quién me ha de matar si no me ha de comer? Eso de matar a quien no nos hemos de comer, no lo hacemos los animales: esas son cosas de los hombres.

-Veo que no tenemos buena reputación entre ustedes -dijo Nachito.

-No; ya lo he podido advertir muchas veces. Pues como les decía: somos amigos el zorro y yo. El otro día, este zorro se cayó al río y en la parte honda, y empezó a nadar como desesperado contra la corriente que se lo llevaba. Después de mucho luchar, pudo salir a tierra, entre unos pantanos llenos de moscas y mosquitos. Andaba yo por allí cerca, y cuando lo vi salir del río me acerqué a ver si necesitaba algo. Lo encontré tirado en el suelo, sin poderse mover del cansancio. Y lo peor era que las moscas y mosquitos se entretenían en molestarlo y chuparle toda la sangre que podían. Entonces me ofrecí a espantarle los insectos para que no se molestara, pero él me dijo con mucho tino: "Déjalos. Éstos que tengo encima ya se van cansando; si me los espantas, vendrán otros que no me han picado, y éstos sí acabarían conmigo".

-Nada, nada -intervino el lobo-- aquí se habla demasiado bien del zorro...

-¿Conque se habla demasiado bien? -dijo el zorro azul-. Les he de contar cómo es el lobo.

-¿Pues qué te ha hecho?

-Ya verás. Un día me caí en un pozo y no sucedió como en la historia de la cabra, que me fue posible salir de allí, aunque dejando a la compañera; allí estaba yo quejándome, cuando llegó este primo mío, y viéndome allí se puso a preguntarme: "-¿Cómo es posible que te hayas caído? ¿Cómo sucedió eso? ¿Hace mucho rato? ¿No tienes frío dentro del agua?" Así estuvo haciéndome preguntas que yo le contestaba como podía, pero de mala gana, hasta que le dije: "-Mejor es



que me busques una soga y me la eches. Déjate de hacerme preguntas y dame ayuda". Entonces parece que tuvo vergüenza y se fue.

-Tal vez me burlaba yo de ti -dijo el lobo-. Bastante mal nos has hecho. Recuerda lo del león.

-Ya lo he sabido -dijo Nachito.

-Recuerda lo que le hiciste a mi hermano cuando le pedías de comer.

-¿Cómo fue eso?-preguntó Nachito.

-Mi hermano vivía en una buena madriguera, y una vez hizo una grancacería, y tenía tanto qué comer, que durante varios días no salía a cazar, y se mantenía de sus provisiones. Este zorro azul se dio cuenta de su ausencia, y se puso a averiguar lo que sucedía. Llegó a la madriguera, y preguntó por el lobo. Mi hermano le dijo que no estaba bien de salud y que no podía salir. El zorro insistió en visitarle, metió la cabeza en la madriguera, y vio las provisiones que el lobo tenía. -"¿No me invitas? -le dijo-. Hace días que como mal. La situación está difícil". -"No puedo darte nada -contestó mi hermano disgustado-. Como estoy enfermo, si se me acaba esto no tendré qué comer, y no puedo salir a buscar más".

-Pero no era verdad. El lobo estaba bueno y sano -dijo el zorro azul.

-Bueno, pero no quería regalar lo que le había costado trabajo conseguir.

-Pues eso debía castigársele -insistió el zorro.

-En todo caso, no como tú lo hiciste. ¿Qué crees que hizo este animal perverso? Se fue a ver a unos pastores, y les contó dónde estaba mi hermano, y los llevó a la madriguera armados de palos y ellos sacaron al lobo y lo mataron. Todavía tuvo este zorro el valor de comerse las provisiones de mi hermano.

-¿Y tú no te has vengado? -preguntó Nachito.

-No -respondió el lobo-. Los animales nos vengamos muy pocas veces. La venganza es fea, y sólo los hombres la practican sistemáticamente.

## CON EL BURRO

- Si quieren ustedes conocer otra historia de nuestros astutos amigos -4jo el mono, disgustado con los zorros, como ya se sabe-, aquí está el burro que la cuenta.

-¿Pues qué fue eso? -preguntó Nachito.

-Pues que un día me escapé de los establos de mi amo -4jo el burro- para salir a pasear. Cada vez que puedo lo hago, como ahora... Pero mi amo no se asusta, porque sabe que yo regreso. Es más seguro comer en el establo que en el campo: a veces hay sequía. Bueno: me encontré con un zorro amarillo, que iba muy contento porque acababa de tener un gran banquete de gallinas, y se había puesto muy amistoso, como siempre que comen bien ellos. El zorro me contaba cosas de los animales a quienes persigue y yo le contaba cómo son las yerbas que me como, y discutíamos cómo sería aquel año, si bueno o malo, si llovería mucho o no, si se morirían muchos animales. Las cosas no iban muy bien en aquel momento, y muchos tenían hambre. Así conversando, vimos llegar a un gran león hambriento que apenas nos ve exclama: "-Al fin tendré qué comer y por partida doble". Yo me eché a temblar, que por poco me caigo al suelo. Yo no creía que hubiera por allí fieras peligrosas: todavía no sabía yo escoger los lugares para pasear, que ahora sí sé por dónde no andan leones. El zorro me dice en voz baja: "-No te muevas, y te salvaré la vida. Déjame ir a decirle dos palabras al león". Yo le creía, y me quedé allí plantado, esperando mi salvación. El zorro amarillo se dirigió hacia el león, haciéndole muchas reverencias, y no acercándose mucho por temor a los zarpazos. Habló con tanta zalamería, haciéndole tantas promesas, que el león consintió en oír lo que quería decirle antes de comernos. Obtenida la promesa del león, el zorro se le acercó y le habló en voz baja Yo no me figuré qué cosas le diría, pero después lo supe.

-¿Pues qué fue? -preguntó Mariquita.

-Le dije al león -nada menos- que él, el zorro, me pondría en lugar seguro para que me devorara, con tal de que le perdonara a él la vida; que en cambio, si no consentía, podía escaparse uno de los dos.

-¡Qué maldad! -4jo Mariquita.

-Después volvió a mi lado, y me dijo que lo acompañara, porque él nos perdonaba la vida con tal de que le señaláramos un lugar donde encontraría mejor caza, y que teníamos que ir hasta un si-tio muy bueno, y el león nos seguiría hasta que se lo indicáramos. Echamos a andar, y el perverso animal amarillo me hizo caer en una trampa que habíadescubierto, puesta contra él precisamente. Entonces le dije al león: -"Aquí está el burro con una pata cogida en la trampa y bien asegurado. Yo medespido". Pero el león le echó un zar-pazo y lo mató, y él me dijo: -"A ti te tengo seguro en la trampa y te puedo devorar mañana. Al zorro me lo como ahora, y tengo dos comidas aseguradas. Los tiempos están muy malos". Así fue castigada la maldad del zorro.

- ¿y tú cómo escapaste? -preguntó Mariquita.

-De casualidad, la trampa aquella la había puesto mi amo, porque las fieras le molestaban mucho a sus animales y pasó por allí aquel mismo día a ver si había caído alguno, me vio y me llevó al establo. Suerte fue porque el zorro ya me había condenado a muerte.

El gallo terció y dijo:

-Seguramente nadie tiene con los zorros tantas relaciones como mi familia. Ellos nos tienen afecto especial. O por lo menos, eso nos dicen cuando nos encuentran. ¿Recuerdan ustedes lo del otro día? Nos quiere tanto, que si nos acercamos mucho a ellos acabamos por formar parte de su cuerpo: vamos a parar a su estómago. Pues no hacemuchos me contó uno de mis parientes, a quien voy a visitar a un buengalli-nero, lo que le había ocurrido con uno de ellos. Yo nunca me dejaría meter en un gallinero, pero mi pariente está contento allí: le dan muy bien de comer y muchas gallinas lo rodean... Pues un día el amo de mi pariente puso una buena trampa, porque los zorros le hacían demasiados estragos en el gallinero; ya no sabían cómo impedirselos; unas veces se colaban por la puerta, y había habido que ponerle candado; otras veces roían la cerca, que era de madera, y fue necesario rodearla de red de alambre; después acabaron por treparse por la red, metiendo las uñas en los huecos... Entonces el amo decidió poner una trampa en el gallinero y dentro de ella una gallina, pero no una gallina real, viva, sino una figura que habían fabricado, en forma de gallina, y a la que le pusieron plumas; estaba muy bien hecha, y hasta el gallo le pasaba cerca haciéndole la rueda. Sólo después que vio que se quedaba inmóvil comprendió que no era "de verdad". Por la noche vino un zorro, y viendo aquella gallina en el suelo, cuando las demás se habían trepado en árboles y palos para dormir, dijo: "Ésta es la mía". Y fue a cogérsela, y la trampa le atrapó una pata. El gallo vio lo que sucedía, y no pudo menos que dejar escapar un grito de alegría, acordándose de las muchas veces que la llegada de los zorros lo obligaba a subirse a toda prisa a los árboles y dar gritos de alarma a todas sus gallinas para que se treparan lo más alto que pudieran, lo cual no impedía que siempre

cayera una, la más torpe para volar, en manos del enemigo. El zorro oyó aquel grito del gallo, y discurrió el modo de salvarse con ayuda de su propia víctima. -"¡Mi querido amigo! -le dijo-. ¡Cuánto me agrada oír tu voz! Hasta aquí vine nada más que por el gusto de saber cómo estabas. ¿Estás bien?" - "Muy bien -contestó el gallo-. ¿Pero desde cuándo te interesas tanto por mi salud? Generalmente, cuando vienes por aquí, te llevas a una de mis esposas". -"Pero a ti nunca te he hecho nada. No puedes decir que soy enemigo tuyo. A tus esposas sí, pero son tantas, y te molestan a veces de tal manera con sus exigencias, que yo creo que te hago favor llevándome a las más tontas ¿verdad?" -"Veo que eres muy inteligente, como siempre". - "Gracias, amigo mío. Y ya que tiene buena opinión de mí ¿por qué no me ayudas? Si me trajeras un palo, lo mete-ría dentro de la trampa, y haciendo palanca la abriría y podría escarparme". -"Voy a ver si traigo el palo" -dijo el gallo-. "Pues ve pronto, porque esta trampa me aprieta mucho la pata, y está cogida de tal manera que difícilmente podríarrancármela". El gallo bajó de su árbol, y fue hasta la puerta de la casa del amo, y se puso a caca-rear con tanta fuerza que el amo despertó y vino al gallinero; apenas vio al zorro, cogió un palo y con él mató al zorro, mientras el gallo le decía: "¿Ya ves? Ahí tienes el palo que querías".

-Francamente -dijo Nachito-, yo creo que se juzga al zorro con mucha injusticia. Ya ven ustedes que no es vengativo...

-Los animales no lo somos -dijo el mono-. Pero acuérdate de que iba a quemarle el nido al águila, yeso es venganza.

-No -dijo el zorro azul-, eso fue para salvarle la vida al cachorro; para que el águila lo devolviera.

-Eso dices ahora -insistió el mono- porque así resultó; pero quién sabe.

-Bueno -terció Mariquita-, dicen que a los hijos debe defenderseles de cualquier modo.

-Y, sobre todo -agregó Nachito-, me gusta el zorro porque no cree en los reyes.

-Buena te va -le dijo el zorro al mono-, a ti que sueñas con ser rey. A propósito: mi padre me contó que cuando él era joven se le tenía a los reyes más respeto que ahora. El león, por lo tanto, era famosito. El zorro que fue mi padre, cuando era cachorro, oía hablar de él con gran asombro. Al fin un día lo vio, y, como él era chico, y el león grande y con gran melena, se asustó mucho y salió huyendo. Pero muchos días después volvió a verlo, y ya no le huyó, sino que se quedó mirándolo para conocerlo bien. Entre tanto, los chacales, que andan siempre haciéndole propaganda al león, le contaron que era muy bueno, y que sólo hacía daño cuando estaba disgustado o tenía hambre. A la tercera vez, el zorro se acercó al león y le habló de tú. No le sucedió nada. -Lo que pasa --continuó diciendo el zorro-,

es que los animales más tontos que yo tienen envidia de mí, como lo he dicho siempre. Por eso no me quiere el lobo. Es más tonto que yo y es más malo.

-Insultos, no -dijo el duende Don Yo-. Recuerden que aquí estamos todos en paz, aunque se discutan los méritos de los diferentes animales. Al decir que el lobo es más malo, das a entender que tú no eres bueno.

-No quise decir eso, sino que él es malo y yo no.

-La primera palabra vale más. Me haces recordar a una familia de cuatro hermanos, todos con aspiraciones políticas, en un país muy turbulento. El hermano que se llamaba Apolinar quería ser personaje importante, pero no lo conseguía; sus otros hermanos sí. Y cuentan que decía:

"No sé por qué no llego yo a ser personaje en este país, cuando mis tres hermanos lo son, cada uno con diferentes elementos, y yo soy tan sabio como mi hermano Emilio, tan valiente como mi hermano Luis y tan malo como mi hermano Manuel".

-Pues la diferencia entre el lobo y yo la verán ustedes en lo que nos sucedió con el caballo -dijo el zorro.

-¿Pues cómo fue eso? -preguntó Nachito.

-Ya verán. Eramos muy jóvenes, apenas acabábamos de salir de cachorros el lobo y yo, cuando vimos por primera vez al caballo. El lobo lo vio antes que yo, y vino a contármelo:

"He visto una hermosa bestia en el campo; alta, gruesa, de pelaje rojizo con crines.

"¿Qué será?" -dije yo-. "¿Crees que podríamos comérsela?"

"Tal vez sí, atacándola entre los dos. Pero tengo gran curiosidad de saber cómo se llama".

"¿Es peligrosa?"

"No no lo parece; no le vi nada con que pudiera atacar, y es muy pacífica".

"Pues vamos allá a verla".

Fuimos a donde el lobo había visto al caballo, y nos acercamos a él muy humildes, para ver bien cómo era el animal y por dónde podría ser atacado, pero como también queríamos satisfacer nuestra curiosidad, que era muy grande, le preguntamos:

"Dustre animal, a quien nunca habíamos visto, te admiramos mucho y quisiéramos saber tu nombre".

Entre tanto, yo me daba cuenta de que sería muy difícil que nosotros matáramos al caballo, que es demasiado grande y tiene la piel muy gruesa: me pareció que matarlo era tarea para el león, pero superior a nuestras fuerzas.

El caballo, que tenía buen humor, nos contestó:

"Mucho me honro en saber que me admiran ustedes. Yo sí conozco sus nombres, don Lobo y don Zorro, y sé todo lo que valen.

Conozco a toda su familia. Mi nombre... Bueno, les diré, me han pro-hibido que lo diga; pero puede leerse en la punta de mis patas de atrás."

El lobo encontró aquello muy interesante; pero yo sospeché algo malo, y dije:

"Siento mucho que sólo leyéndolo en tus patas se pueda conocer tu nombre. Mis padres son pobres y no me enseñaron a leer".

"Nadie lo diría"~ontestó el caballo-. "Hablas bien".

"Ya ves. Parece que aun sin saber leer se puede tener inteligen-cia. Adiós".

Pero el tonto del lobo dijo:

"Yo si sé leer y quiero saber tu nombre".

Se acercó el caballo, y la gran bestia levantó la pata y le dio allo-bo una tremenda patada en la cabeza que lo dejó tendido buen rato.

## CON EL BURRO Y EL RATÓN

-Aunque es costumbre hablar bien del león, tanto. como mal de los zorros-dijo el zorro azul- yo les quiero contarhazañas del llama-do rey de los animales, para que vean que no siempre es justo.

Una vez, estabaenfermo uno de los leones de tierras al norte, don-de andaba yo de visita. A los leones les gusta que los vayan a visitar cuando están enfermos, y ya sabenustedes cómo se aprovechan de es-tas visitas muchas veces. Los zorros tenemos mucha prudencia en ta-les casos, y no nos acercamos a la cueva del león en estas ocasiones, no sea que entremos y no salgamos. Pero esta vez me aseguraron que el león no haría nada, porque los chacales le llevaban buena comida y no pasaba hambre. Fui, pues, acompañado de un oso negro y de un mono gris, porque yendo en compañía disminuía el peligro aún más.

Llegados allí,preguntamos cortésmente al león por su salud. El mono se deshacía en caravanas. Yo procuraba conducirme discreta-mente. Pero el oso, que a veces es muy tonto, se puso inquieto y se veía que no estaba a gusto.

-¿Qué te pasa? -preguntó el león irritado.

-Pues no está nada agradable esta cueva. Se ve que no la lim-pian tus chacales...

-¿Ya ti qué te importa?

-A mí me importa, porque los olores no son nada agradables. El león se encendió en furia, entonces, y de un zarpazo lo tendió muerto en el suelo, diciéndole:

-Toma olores agradables.

El mono, al ver aquello, comenzó a dar de chillidos:

-¡Qué absurdo! ¡Qué ofensa para el rey! ¡OSO estúpido! -No chilles, le gritó el león.

-Es que no puedo tolerarla conducta del oso. ¡Ponerse a censu-rar la mansión real, que sólo huele a perfumes de Arabia!

-No es verdad: el oso tenía razón en lo que decía, y mis chacales son muy sucios, no entienden cómo debe tenerse una casa distin-guida, y me van a obligar a llamar a los gatospara que la limpien. Pe-ro lo que me molesta fue el aire grosero con que habló el oso.

-Pues a mí, de todos modos, me huele aquí a perfumes de Arabia...

El león, a quien le subió de punto el enojo, acabó por darle otro zar-pazo al mono y tenderlo también muerto, en el suelo, con esta frase:

-Toma perfumes de Arabia.

Yo lamentaba haber accedido a aquella visita. Mis dos compañe-ros yacían muertos, y yo no veía el modo de salir de allí.

El león me dijo entonces:

- ¿y a ti cómo te huele?

-¿A mí?-le dije-o No me huele a nada. Tengo catarro.

-Ya me cansan los cuentos del zorro -dijo Mariquita-. No se habla aquí sino de zorros y zorros. Vámonos para casa.

-No -dijo Nachito-. Que nos cuenten todavía otra historia.

-Bueno, una más. Pero mañana ya no volvamos a ver a los ani-males... El duende bien podría inventar otra cosa para nosotros.

-Muy bien, hijos míos, ya veremos qué otra cosa les gusta...

-Pues verás -dijo el ratoncito-. Tengo amigos en las pobla-ciones y a veces los invito a visitarme y a comer conmigo. Cuando vienen les obsequio granos de cereales, que es lo que comemos en el campo. Pero uno de ellos, gran ratón de ciudad, me dijo un día:

"Es pobre tu comida. ¡Si vieras qué bien se come en la ciudad!"

"No ha de ser tanto -contesté yo-o Dicen que tienen ustedes que comer papel".

"¡Oh no! Eso sólo les ocurre a los ratones que viven en las casas de los escritores honrados".

"¿Y por qué en las casas de los escritores honrados? ¿No hay pa-pel en las casas de los escritores que no son honrados?"

"Si hay papel, aunque no mucho que digamos. Pero como los es-critores deshonestos tienen muchas cosas buenas de comer en la des-pensa, a nadie se le ocurre ir a roer el papel".

"¿Entonces los escritores honrados no tienen buenadespensa?"

"No. Se mantienen con muy poca cosa. Viven al día... Así es que a los ratones que viven en esas casas no les queda otro recurso que co-merse el papel. Pero no son muchas esas cosas, no creas, así es que la historia de que los ratones de ciudadnos alimentamos de papel es fal-sa, es una de tantas consejas que corren en el campo. Vamos: te invi-to a que comas conmigo en la casa de uno de esos señores ricos..."

Y dicho y hecho. Aquel mismo día fuimos a la ciudad, cuando iba anocheciendo, y llegamos hasta la casa donde se alojaba mi amigo.

"Espera a que cenén los dueños" -me dijo.

Esperamos, y cuando se levantaron de la mesa los dueños, y las criadas se pusieron a lavar platos, nos metimos en la despensa. Lo malo era que había que atravesar buen trecho de la habitación, desde el agujero abierto en el piso hasta el agujero abierto en la despensa. A mí me pareció peligroso aquello, pero llegamos a la despensa, y co-menzamos a disfrutar de un gran banquete; excelentes bizcochos,



quesos de varias clases, frutas secas, dulces... Cuando estábamos ro-yendo un magnífico queso de Gruyere, oímosruido: una criada venía a abrir la despensa para guardar un bote de dulce. Salimos huyendo a toda prisa, pero la criada nos vio, y agarró un palo para pegarnos, y un gato corrió detrás de nosotros, que yo no sé cómo no nos alcanza-ron antes de llegar al agujero del piso. Pudimos escapar, sin embargo, pero yo le dije a mi amigo el de la ciudad:

"Será muy buena la despensa del escritor rico, pero yo prefiero comer maíz en el campo a comer queso y dulces con tantaintranqui-lidad..."

Entonces Mariquita quiso despedirse, y ella y Nachito se fueron, acompañados por el duende Don Yo de Córdoba, saludando a todos los animales: "Adiós, don Zorro; adiós todos".